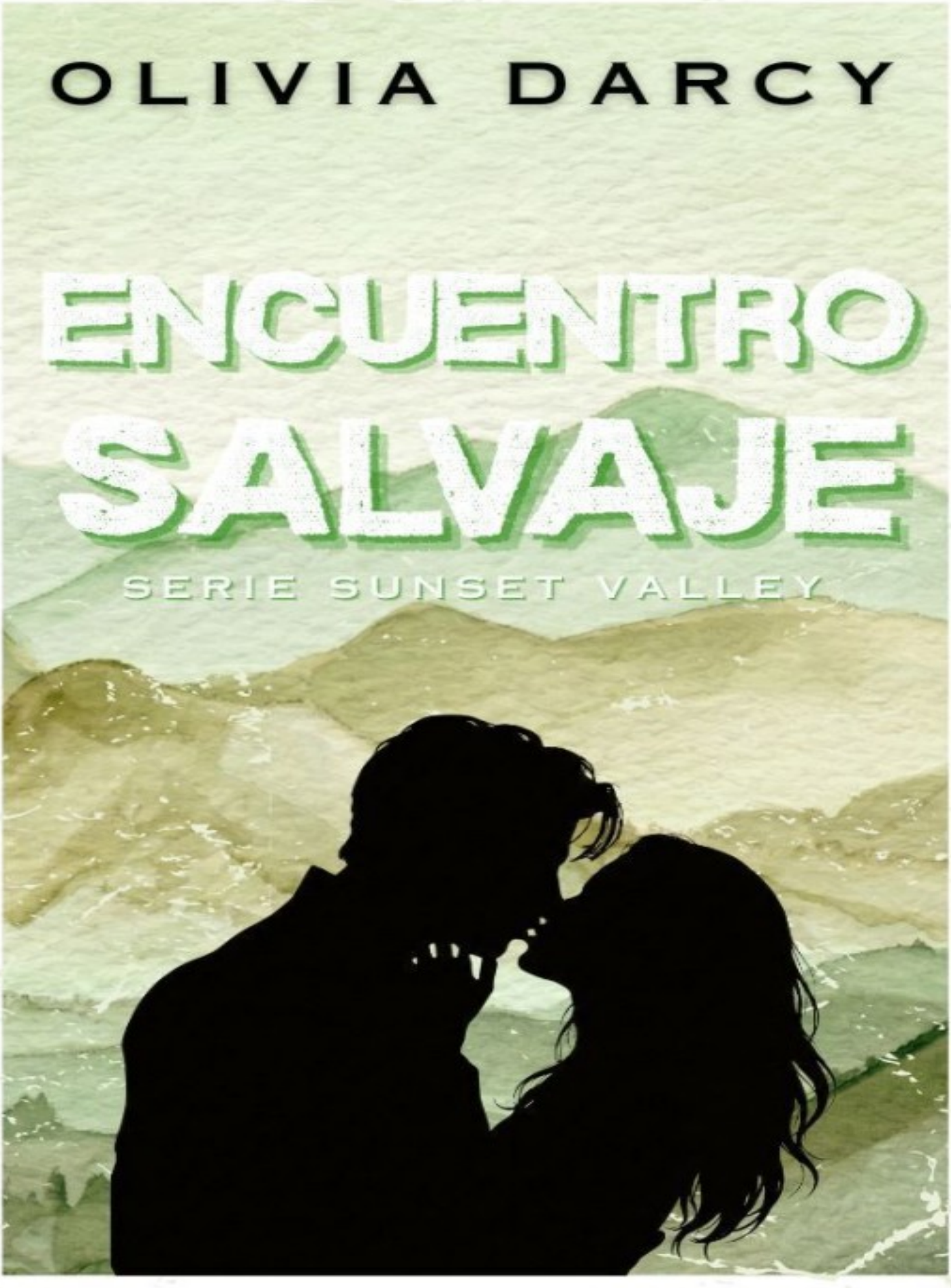
OLIVIA DARCY

ENCUENTRO SALVAJE

SERIE SUNSET VALLEY



ENCUENTRO SALVAJE

SUNSET VALLEY
LIBRO 3

OLIVIA DARCY

Copyright © 2026 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

SAGE

El olor a tiza y a libros nuevos impregna el aire mientras termino de colocar el último cartel de bienvenida en mi aula. Aún faltan dos semanas para el inicio del curso, pero siempre me ha gustado tenerlo todo preparado con antelación. Hay algo reconfortante en organizar el espacio donde pasaré los próximos nueve meses moldeando pequeñas mentes curiosas.

—¡Sage! —la voz de Martha, la secretaria de la escuela, me sobresalta desde la puerta—. ¿Te has enterado ya?

Reprimo un suspiro. Martha es el epicentro neurálgico del sistema de cotilleos de Sunset Valley, un pueblo donde las noticias viajan más rápido que la conexión a Internet (que, seamos sinceros, tampoco es que sea precisamente vertiginosa).

—¿De qué debería haberme enterado, Martha? —pregunto, ajustando la altura de uno de los pupitres.

—¡El nuevo está aquí! —exclama, como si fuese la noticia del siglo—. Ha venido a inscribir a sus niños en nuestra escuela. La directora Richards le está enseñando las instalaciones ahora mismo.

Ah, sí. El misterioso recién llegado. Llevo toda la semana escuchando fragmentos de conversaciones sobre él: en la cafetería de Iris, en la biblioteca, hasta en el supermercado cuando fui a hacer la compra. Un cirujano plástico de Beverly Hills. Un médico de las estrellas. Un viudo con mellizos. Un soltero millonario huyendo de un escándalo. Las teorías son tan variadas como extravagantes, y cada una es más rocambolesca que la anterior.

—Es fascinante…, Martha —respondo, intentando sonar lo más desinteresada posible—, pero tengo que terminar de preparar el aula.

—Dicen que ha comprado la mansión Rutherford al contado —continúa, haciendo caso omiso de mi evidente falta de entusiasmo—. Y que ha llegado en un Aston Martin. ¿Te lo puedes creer? ¡Un Aston Martin en Sunset Valley!

A pesar de mi firme determinación de mantenerme al margen de los cotilleos del pueblo, no puedo negar que un cosquilleo de curiosidad me recorre la espina dorsal. ¿Qué narices pinta un médico estético de la alta sociedad de Beverly Hills en nuestro diminuto pueblo de Montana?

—Tengo que ir a la biblioteca a buscar unos libros —digo, más para escapar de Martha que por verdadera necesidad—. Hablamos luego, ¿vale?

—Claro, claro, Sage. Sigue con tu trabajo.

La biblioteca está al final del pasillo principal. Es un remanso de paz que siempre ha sido mi refugio particular dentro de la escuela. Mientras camino, no puedo evitar preguntarme si me cruzaré con el famoso médico. Puramente por curiosidad profesional, me repito a mí misma. Al fin y al cabo, si tiene niños en edad escolar, lo más probable es que acaben siendo mis alumnos.

La biblioteca está vacía cuando entro. El silencio resulta reconfortante tras el bombardeo de cotilleos de Martha. Me dirijo hacia la sección de literatura infantil, buscando algunos títulos para las primeras semanas de clase, cuando lo oigo.

Una voz. Grave, profunda, con un ligero matiz aterciopelado que parece vibrar en el aire. Una voz que, por alguna razón inexplicable, hace que se me erice hasta el último pelo de la nuca.

—Comprendo su inquietud, señora Richards, pero le aseguro que los niños están recibiendo la mejor atención psicológica disponible. Los está atendiendo el Dr. Peterson.

Me quedo clavada en el sitio. Debería irme o hacerme notar, no quedarme escuchando, pero la curiosidad se apodera de mí. Deben de estar al otro lado de la estantería. Si me asomo, me verán. Pero si me subo a la escalera que utilizamos para alcanzar los estantes superiores...

Antes de poder pensarlo dos veces, me encuentro subiendo sigilosamente los peldaños. Hay un hueco entre los libros del estante

superior y la estantería, lo suficientemente amplio para poder echar un vistazo.

Y entonces lo veo.

Alto. Condenadamente alto. Con un traje oscuro que grita «hecho a medida en Savile Row» y que se ajusta a la perfección a unos hombros tan anchos que parecen ocupar todo mi campo visual. Tiene el pelo negro como la noche, perfectamente peinado, mandíbula cuadrada con una sombra de barba tan precisa que parece dibujada a compás, y un perfil que pertenecería más a una estatua griega que a un ser humano de carne y hueso.

Mi corazón da un vuelco tan inesperado que casi me mareo, y un calor que nada tiene que ver con la temperatura de agosto se extiende desde mi estómago hasta las puntas de mis dedos.

¿Pero qué narices me pasa? No soy una quinceañera. Soy una profesional. Una mujer adulta con un máster en educación y varios años de experiencia docente. No debería estar espiando a nadie desde detrás de una estantería como una colegiala, y desde luego no debería estar teniendo esta reacción visceral, casi primaria, ante un completo desconocido.

—El Dr. Peterson siempre ha sido maravilloso con los niños —está diciendo la directora Richards—, entiendo perfectamente que quiera que sus sobrinos sean atendidos por el mejor, Dr. Kane.

Me doy cuenta en ese instante de dos cosas: la primera, es el hombre nuevo en el pueblo del que todo el mundo habla; y la segunda: son sus sobrinos. Así que no son sus hijos.

Descubrir eso solo alimenta más mi curiosidad.

—Ethan y Emma han pasado por mucho —responde él, y hay una nota de vulnerabilidad en su voz que contradice por completo su apariencia imponente—. La familiaridad es crucial en este momento.

Se gira ligeramente, y por primera vez puedo ver su rostro al completo. Sus ojos son de un azul tan intenso que puedo distinguirlo incluso desde mi posición. Hay algo en su mirada, una mezcla de determinación férrea y cansancio profundo, que me golpea de manera inesperada, casi dolorosa.

Sin darme cuenta, me inclino más para verlo mejor, y un jadeo involuntario se escapa de mis labios.

Es... Dios mío. Es como si alguien hubiera tomado todos los rasgos que secretamente encuentro atractivos en un hombre y los hubiera combinado a la perfección. No de una manera pulida o convencionalmente guapa, sino con una belleza casi agresiva en su masculinidad. Como una tormenta de invierno contenida en forma humana.

Su cabeza se gira bruscamente en mi dirección, esos ojos azules escanean la biblioteca como un radar.

¡Mierda!

En mi pánico por esconderme, mi pie resbala del escalón. Intento agarrarme a algo, cualquier cosa, pero mis dedos solo encuentran aire. Caigo con un golpe sordo, aterrizando dolorosamente sobre mi tobillo izquierdo.

—¡Me cago en la leche! —se me escapa, olvidando por completo que estoy en la escuela primaria.

Pasos apresurados se acercan. Intento incorporarme, pero una punzada de dolor me hace sisear entre dientes.

—¿Se encuentra bien, maestra Wellington? —pregunta la directora Richards, apareciendo con expresión alarmada.

Y justo detrás de ella, como una montaña enfundada en traje italiano y desaprobación, está él. El Dr. Kane. Mirándome directamente con esos ojos que ahora descubro que son incluso más intensos de cerca. Como zafiros líquidos bajo cejas oscuras perfectamente delineadas.

—Estoy perfectamente —miento, intentando incorporarme con toda la dignidad que puedo reunir, que no es mucha—. Solo ha sido un pequeño traspiés.

—Permítame —dice el Dr. Kane, y antes de que pueda protestar, se arrodilla frente a mí.

Sus manos, grandes y sorprendentemente delicadas, toman mi pie. Una corriente eléctrica me recorre entera, desde la planta del pie hasta la nuca, al sentir el contacto. Con movimientos precisos, me quita el zapato de tacón que llevo hoy, algo completamente inusual en mí, pero que me he puesto porque… bueno, porque es el primer día que vuelvo a la escuela y quería sentirme profesional. Estoy cansada de que la gente me trate como si fuese una niña.

—Flexione el pie, por favor —instruye, su voz es profesional.

Obedezco, intentando ignorar lo íntimo que resulta este momento, lo extrañamente vulnerable que me siento sentada en el suelo con este hombre imponente examinando mi pie descalzo. Sus dedos presionan ligeramente diferentes puntos de mi tobillo, y cada roce de su piel contra la mía envía pequeñas descargas eléctricas por mi pierna. No puedo evitar fijarme en lo grandes que son sus manos comparadas con mi pie, en cómo sus dedos largos y elegantes lo rodean por completo.

Un calor totalmente inapropiado comienza a expandirse desde mi vientre hacia zonas que definitivamente no deberían estar reaccionando así al simple tacto médico de un desconocido. Jamás me había pasado algo semejante. Nunca.

—No parece fracturado —diagnostica—. Probablemente solo es un esguince leve.

—Gracias, doctor Cirugía Plástica —respondo, con más veneno del que pretendía, intentando protegerme de estas sensaciones desconcertantes—. Porque, evidentemente, un médico que se pasa el día poniendo bótox sabe muchísimo de torceduras de tobillo.

Sus ojos se entrecierran peligrosamente, convirtiendo ese azul en algo afilado como el hielo, y demasiado tarde me doy cuenta de lo que acabo de revelar.

—Así que ha estado escuchando rumores sobre mí —dice, su voz ahora es tan fría que podría congelar el infierno—. Interesante pasatiempo para una educadora, espiar y cotillear.

Siento el calor subir desde mi cuello hasta mis mejillas. Estoy segura de que estoy más roja que un tomate maduro, y la vergüenza solo intensifica mi incomodidad.

—Es un pueblo pequeño —me defiendo débilmente—. Las noticias vuelan.

—Evidentemente —replica, volviendo a colocarme el zapato con una eficiencia que de alguna manera se siente como un reproche—. Y para su información, estudié medicina general antes de especializarme en cirugía plástica reconstructiva. Creo que estoy más que cualificado para diagnosticar un simple esguince.

Me ayuda a ponerme en pie con un movimiento fluido que parece requerirle cero esfuerzo. Por un instante estamos peligrosamente cerca, tanto que puedo distinguir las motitas más oscuras en el azul de sus iris, y oler su aftershave, algo indudablemente caro y sutil con notas de sándalo y algo más terroso que no sé identificar pero que hace que algo primitivo en mí quiera acercarse más.

—También sé lo suficiente sobre zapatos inadecuados como para sugerir que, si una persona no está habituada a usar tacones, quizás debería abstenerse de hacerlo mientras trepa por escaleras para espiar a desconocidos.

El sarcasmo en su voz es tan afilado que casi podría cortarme.

—¡Yo no estaba espiando! —protesto, aunque los dos sabemos perfectamente que es exactamente lo que estaba haciendo.

—Disculpen —interviene la directora Richards, visiblemente incómoda por nuestra discusión—. Dr. Kane, le presento a Sage Wellington, nuestra maestra de primaria. Señorita Wellington, el Dr. Dominic Kane acaba de inscribir a sus sobrinos, Ethan y Emma, en nuestro centro. Estarán en su clase este curso.

Oh. Oh no.

—Un placer —dice el Dr. Kane, aunque su tono sugiere exactamente lo contrario—. Confío en que sea más experta enseñando a niños que espiando desde escaleras.

Me quedo sin palabras, algo que raramente me sucede. Quiero responder algo mordaz, algo que le borre esa expresión de superioridad de su rostro, pero mi cerebro parece haberse quedado en blanco. Solo puedo notar el persistente hormigueo donde sus dedos han tocado mi piel y el ritmo acelerado de mi pulso.

—Bueno —dice la directora Richards, con una sonrisa tensa—, ¿continuamos con el recorrido, Dr. Kane? Aún no ha visto el gimnasio ni la cafetería.

—Por supuesto —responde él, dedicándome una última mirada penetrante antes de seguir a la directora.

Me quedo allí, apoyada contra la estantería, viéndolos alejarse. Absolutamente conmocionada. Mi tobillo late ligeramente, pero es el menor de mis problemas. No puedo apartar la mirada de su espalda mientras se aleja, de la forma en que el traje se tensa sobre sus

hombros anchos, de cómo se mueve con una elegancia contenida impropia de un hombre de su tamaño.

Es justo en ese instante en el que me doy cuenta de las implicaciones de lo que acaba de suceder.

Uno: acabo de hacer un ridículo espantoso delante del hombre más atractivo que he visto en toda mi vida.

Dos: dicho hombre es un arrogante insoportable.

Tres: voy a tener que verle regularmente durante todo el curso escolar porque sus sobrinos estarán en mi clase.

Cuatro, y quizás lo más perturbador: nunca, jamás, había reaccionado así ante nadie. Como si mi cuerpo entero hubiera despertado de un largo letargo solo con verle, con oír su voz, con sentir su tacto.

Maravilloso. Sencillamente maravilloso.

Con un suspiro de frustración, me inclino para masajear mi tobillo, notando que aún puedo sentir la huella fantasma de sus dedos sobre mi piel. Un escalofrío me recorre al recordar la sensación.

Este curso acaba de complicarse más de lo que podía imaginar.

CAPÍTULO 1

DOMINIC

Me despierto a las seis en punto de la mañana. Como cada día desde hace quince años.

Me incorporo en la cama antes de que el despertador tenga ocasión de sonar, con esa claridad mental que me ha acompañado a través de miles de cirugías y que ahora parece completamente inútil para algo tan básico como conseguir que un niño de siete años se coma el desayuno sin montar un drama.

Una semana. Llevamos exactamente una semana en Sunset Valley, Montana, y cada mañana me despierto con la misma certeza demoledora: no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

El suelo de madera está frío bajo mis pies cuando me levanto. En mi casa de Beverly Hills tenía calefacción radiante en toda la planta. Aquí tengo vistas a montañas que se extienden hasta el horizonte y un silencio tan absoluto que resulta ensordecedor para alguien acostumbrado al ruido constante de Los Ángeles.

Me dirijo hacia la ventana y aparto las cortinas. Fuera, el valle se extiende en todas las direcciones, cubierto de hierba que se mueve con la brisa matinal como las olas de un océano verde. Es hermoso, supongo. Es exactamente el tipo de lugar donde los niños deberían crecer felices y sanos.

Se supone que es perfecto para Emma y Ethan.

Se supone que es muchas cosas.

Pero yo solo siento que no estoy a la altura.

El espejo del baño me devuelve la imagen de siempre: mandíbula cuadrada que necesita un afeitado, cabello negro que se niega a cooperar hasta que no lo domo con gel, ojos azules que mi hermana Isabelle solía decir que eran demasiado intensos. «Relájate un poco,

Dom», me decía normalmente mientras intentaba convencerme de que saliese con alguna de sus amigas. «No todas las conversaciones son tan importantes como una cirugía a corazón abierto.»

El dolor que me atraviesa el pecho es inmediato y brutal. Han pasado tres años y todavía pensar en mi hermana en pasado sigue siendo como recibir un puñetazo que me deja sin aire.

Abro el grifo del agua fría y me echo un chorro generoso en la cara. «Mantente en control, Dominic.» «Es lo único que sabes hacer realmente bien.»

La ducha es rápida y meticulosa. Es una de las pocas rutinas que permanecen inalteradas desde que Emma y Ethan llegaron a mi vida y la pusieron completamente patas arriba.

Cuando bajo a la cocina, Katherine ya está allí, preparando tortitas con esa eficiencia silenciosa que la convierte en la única razón por la que no me he vuelto completamente loco estos tres años. Tiene cincuenta y dos años, un máster en educación infantil y la paciencia infinita que yo claramente no tengo.

—Buenos días, Dr. Kane —me saluda sin apartar la vista de la sartén—. ¿Ha dormido bien?

—Como siempre —miento, sirviéndome café en una taza.

La verdad es que he dormido tres horas. Como mucho. He pasado el resto de la noche mirando al techo, preguntándome si he cometido el error más grande de mi vida al traer a Emma y Ethan aquí. Preguntándome si Isabelle estaría orgullosa o decepcionada de las decisiones que estoy tomando en su nombre.

Preguntándome por qué no puedo sacarme de la cabeza a cierta maestra de ojos verdes que se cayó de una escalera hace unos días.

—Los niños bajarán en cualquier momento —dice Katherine, colocando la mesa con precisión militar—. Ethan se ha despertado temprano otra vez.

Asiento, apretando la mandíbula. Ethan siempre se despierta temprano. A Emma, en cambio, hay que llamarla tres veces y prácticamente arrancarla de la cama. Son tan diferentes como la noche y el día, pero tienen algo en común: esa mirada que a veces los invade, como si estuviesen viendo fantasmas que solo ellos pueden percibir.

Los amo más que a nada en el mundo.

Quizás por eso me siento tan inútil con ellos. Porque no sé cómo aliviar su dolor.

El sonido de pies descalzos corriendo por las escaleras interrumpe mis pensamientos. Emma aparece como un huracán en miniatura, con el cabello castaño convertido en un nido de pájaros y su pijama de unicornios completamente arrugado.

—¡Tío Dom! —grita, lanzándose hacia mí con la confianza absoluta de alguien que sabe que va a ser recogida al vuelo.

La atrapo automáticamente, sintiendo cómo sus bracitos se cierran alrededor de mi cuello. Huele a champú de vainilla y a esa esencia indefinible que tienen todos los niños pequeños, algo entre inocencia y aventuras por descubrir.

—Buenos días, princesa —digo, y mi voz se suaviza automáticamente cuando hablo con ella—. ¿Has dormido bien?

—¡Sí! Y he soñado que teníamos caballos y que vivíamos en un castillo gigante. —Se separa lo suficiente para mirarme con esos ojos que son exactamente iguales a los de Isabelle—. ¿Me vas a enseñar a montar a caballo, tío Dom?

Una mascota ya sería complicado. Un caballo sería directamente un suicidio logístico.

—Ya veremos, princesa —respondo, bajándola al suelo—. Primero desayuna.

—Eso no es un no —dice con una sonrisa traviesa que me recuerda tanto a Isabelle que me duele físicamente.

—Tampoco es un sí.

Ethan aparece un momento después, vestido y peinado como si fuese a una entrevista de trabajo. Siempre hace lo mismo: se ducha, se viste completamente, se peina con una precisión que yo mismo le envidio. Como si la perfección exterior pudiese protegerle de todo lo que está roto por dentro.

Ese niño y yo tenemos más en común de lo que me resulta cómodo admitir.

Pero es demasiado joven para comportarse de esta manera.

—Buenos días, tío Dominic —dice con esa formalidad que me destroza algo en el pecho cada vez que la escucho.

—Buenos días, Ethan —respondo, poniéndome a su altura—. ¿Qué tal has dormido?

Se encoge de hombros. Es su respuesta universal para cualquier pregunta que implique hablar de emociones.

—He leído sobre Montana —dice en su lugar—. ¿Sabías que este estado tiene más de tres mil especies de plantas diferentes?

—No lo sabía —contesto, y no estoy mintiendo. La capacidad de mi sobrino para retener información es francamente impresionante —. ¿Te ha gustado el libro?

Otro encogimiento de hombros, pero esta vez viene acompañado de algo que podría ser el fantasma de una sonrisa.

El desayuno transcurre con la precisión de una operación militar que he perfeccionado durante esta semana. Emma devora sus tortitas con sirope de arce como si llevase días sin comer. Ethan corta las suyas en cuadrados perfectos, masticando cada bocado con precisión antes de tragar.

Yo bebo café y reviso emails médicos en mi teléfono, manteniendo un ojo en los niños mientras finjo que tengo todo bajo control.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunta Emma, balanceando las piernas bajo la mesa.

—Había pensado que podríamos explorar más el terreno de la casa —respondo, cortando mi propia comida en trozos precisos—. Ver si encontramos un buen sitio para construir un columpio.

Los ojos de Emma se iluminan como si acabase de prometerle la luna.

—¡Sí! ¡Y podemos buscar piedras bonitas! Katherine dice que en Montana hay piedras muy especiales.

—¿Qué tipo de piedras? —pregunta Ethan, claramente intrigado a pesar de sus esfuerzos por parecer desinteresado.

—Granates, cuarzos, ágatas... —Emma enumera con el entusiasmo de una geóloga en miniatura—. ¡Y a lo mejor encontramos oro!

—El oro en Montana está principalmente en los ríos —corrige Ethan con esa precisión enciclopédica que me resulta tan familiar—. Y se necesita un equipo especializado para extraerlo.

—Pero podríamos intentarlo —insiste Emma, con esa lógica aplastante de los niños de siete años.

Los veo hablar, veo cómo Emma consigue arrancar pequeñas sonrisas a su hermano, veo cómo se van animando con la idea de explorar su nuevo hogar, y algo en mi pecho se afloja por primera vez en semanas.

Quizás no lo estoy haciendo tan mal después de todo.

El resto del día transcurre en un borrón de actividades cuidadosamente planificadas. Exploramos cada centímetro del terreno que rodea la casa, Emma recogiendo piedras que considera «mágicas» mientras Ethan cataloga mentalmente cada tipo de árbol que encuentra. Y, por primera vez desde que llegamos, los veo relajados de verdad.

Por la tarde, mientras Katherine prepara la cena, ayudo a Emma a construir una casa para hadas con las piedras que ha recogido. Ethan se une a nosotros después de terminar sus deberes de verano, aportando sugerencias que hacen que la construcción sea más sólida.

A las siete, después de la cena y los baños, nos instalamos en el salón para el tiempo de lectura obligatorio. Emma se acurruca contra mi costado izquierdo con un libro ilustrado sobre caballos. Ethan se sienta a mi derecha con una enciclopedia sobre geología que pesa más que él.

—¿Tío Dom? —dice Emma de repente, interrumpiendo mi lectura de un informe médico.

—¿Sí, princesa?

—Me gusta nuestra casa nueva.

Las palabras me golpean con una intensidad inesperada. Emma ha dicho «nuestra casa». No «tu casa» o «la casa». *Nuestra*.

—Me alegro, Emma. A mí también me gusta.

—¿Y a ti, Ethan? —pregunta Emma, girándose hacia su hermano —. ¿Te gusta?

Ethan levanta la vista de su enciclopedia y nos mira con esos ojos demasiado serios.

—Es diferente —dice finalmente—. Pero está bien.

Viniendo de Ethan, eso es prácticamente una declaración de amor.

A las ocho y media los acompaño a sus habitaciones. Emma me deja leerle un cuento sobre una princesa que vive en las montañas y que se hace amiga de todos los animales del bosque. Ethan acepta mi abrazo de buenas noches sin la rigidez habitual, e incluso me deja revolverle el cabello antes de irse a la cama.

—¿Estarás aquí cuando nos despertemos? —me pregunta Emma, como hace cada noche desde que me hice cargo de ellos.

—Estaré aquí —respondo, como hago cada noche.

—¿Y no te irás a ningún sitio?

—No me iré a ningún sitio.

A pesar de que llevamos repitiendo la misma conversación desde que los tengo, cada día se me parte el corazón.

Odio que hayan perdido a sus padres. Es algo por lo que ningún niño pequeño debería de pasar.

Cuando por fin llegó a mi habitación, son las nueve y media y me siento... bien. Por primera vez en mucho tiempo, me siento como si quizás, solo quizás, esté haciendo algo correcto.

Los niños parecen estar adaptándose. Han explorado su nuevo hogar con entusiasmo. Emma ha dicho que le gusta nuestra casa. Ethan ha sonreído más veces hoy que en toda la semana pasada.

Quizás el cambio de ambiente está funcionando después de todo.

Me desnudo y me pongo el pijama con movimientos automáticos, sintiendo esa satisfacción extraña de haber tenido un día realmente bueno con Emma y Ethan. Por primera vez desde que se convirtieron en mi responsabilidad, siento que quizás sí puedo hacer esto.

Quizás sí puedo ser lo que necesitan.

Que dejar todo atrás y venir aquí ha sido una buena idea.

Me meto en la cama king size que domina mi habitación y por primera vez en semanas, no tengo que luchar contra la ansiedad que normalmente me mantiene despierto. Los niños están bien. Están contentos. Están empezando a sentirse como en casa.

Todo está bien.

Cierro los ojos y me permito relajarme de verdad por primera vez desde que llegamos. El sueño llega rápido y profundo, libre de las

pesadillas habituales sobre si estoy cagándola espectacularmente o si Isabelle estaría decepcionada conmigo.

Es el peso lo que me despierta.

Un peso pequeño y cálido acurrucándose contra mi costado izquierdo, seguido inmediatamente por otro que se aprieta contra mi lado derecho. Mi cerebro, entumecido por el sueño, tarda unos segundos en procesar lo que está pasando.

Emma. Ethan.

En mi cama.

Los dos temblando ligeramente bajo sus pijamas, aunque la habitación no está fría.

—¿Qué pasa? —susurro, mi voz ronca por el sueño y preocupación inmediata—. ¿Habéis tenido pesadillas?

Emma solloza contra mi pecho, sus lágrimas empapando mi camiseta de pijama. Ethan está rígido como una tabla, pero sus brazos pequeños me rodean con una fuerza desesperada que me parte algo fundamental por dentro.

—No queremos estar solos —dice Emma entre hipidos, su voz tan pequeña que tengo que inclinarme para oírla—. Tengo miedo.

—¿Miedo de qué, princesa?

—De que desaparezcas también.

Las palabras me golpean como un martillo en el estómago. Porque ahí está la verdad que he estado negando durante toda esta semana de falso progreso: mis sobrinos siguen rotos. Siguen aterrorizados. Siguen esperando que la siguiente persona que aman los abandone también.

—No voy a desaparecer —digo, acercándolos más a mí, mis brazos rodeándolos con toda la protección que soy capaz de ofrecer. Con todo el amor que siento por ellos—. Os lo prometo.

—¿Lo prometes de verdad? —susurra Ethan contra mi hombro, y es la primera vez que lo oigo sonar como el niño de siete años que es.

—Lo prometo de verdad.

Y ahí, en la oscuridad de mi habitación, mientras sostengo a dos niños rotos que confían en mí para arreglar lo que yo mismo no sé

cómo arreglar, comprendo con una claridad devastadora lo poco preparado que estoy para esto.

Porque no importa cuántas casas nuevas compremos o cuántos pueblos idílicos exploremos. No importa cuántas tardes buenas tengamos o cuántas sonrisas consiga arrancarles. Estos niños han perdido a sus padres de la forma más brutal posible, y yo no tengo ni idea de cómo ayudarles a sanar.

No tengo ni idea de cómo ser lo que necesitan que sea.

Soy un cirujano. Sé cómo cortar, cómo reparar, cómo coser. Pero esto... esto requiere algo que no enseñan en la facultad de medicina. Esto requiere algo que claramente no poseo.

Me quedo despierto el resto de la noche, escuchando sus respiraciones que gradualmente se vuelven más regulares, sintiendo el peso de su confianza en mí como algo precioso y aterrador a la vez.

Pensando en cómo alguien que puede cambiar vidas en un quirófano puede ser tan completamente incompetente para algo tan básico como cuidar de dos niños que ama.

Pensando en ojos verdes y una sonrisa que ilumina habitaciones enteras, y preguntándome si cierta señorita Wellington sabría qué hacer en una situación como esta.

Preguntándome si tendré el valor de pedir la ayuda que claramente necesito.

Preguntándome si alguien como yo merece la oportunidad de intentarlo.

CAPÍTULO 2

SAGE

Me despierto con una sonrisa en los labios y una sensación cálida extendiéndose por todo el pecho, como si acabase de despertarme del sueño más bonito de mi vida.

Lo cual es extraño, porque no recuerdo haber soñado con nada en particular.

Bueno, no es del todo cierto. Sí que recuerdo fragmentos: una casa grande con ventanas enormes, niños corriendo por un jardín lleno de flores, risas que llenaban cada rincón, esa sensación perfecta de hogar que siempre he imaginado cuando pienso en mi futuro. En la familia que quiero tener algún día.

Pero había algo más. Alguien más.

Una figura masculina alta y sólida, con hombros anchos y manos seguras. Alguien que me miraba como si fuese la cosa más preciosa del mundo, como si...

Oh, no.

Oh, no, no, no.

La imagen se forma con una claridad devastadora en mi mente: cabello negro, ojos azules intensos, mandíbula cuadrada cubierta por una barba perfectamente recortada. El hombre más guapo y más insoportable que he tenido la desgracia de conocer.

Dominic Kane.

¿En serio? ¿En serio mi subconsciente ha decidido meter al cirujano plástico arrogante en mis sueños románticos sobre mi futura familia perfecta?

Esto es un desastre. Esto es una traición total de mi propio cerebro.

Me incorporo en la cama tan rápido que me mareo un poco, pasándome las manos por el pelo para intentar borrar las imágenes que siguen flotando en mi cabeza como humo obstinado que se niega a desaparecer.

—Venga ya, Sage —murmuro en voz alta, porque a veces hablar conmigo misma me ayuda a centrarme—. Solo has visto una vez al tipo y ya has conseguido hacer el ridículo delante de él. No es material de sueños románticos, es material de pesadillas.

Pero mi corazón traicionero sigue latiendo un poco más rápido de lo normal, y hay una parte de mí, una parte muy pequeña y muy molesta, que no puede negar que la sensación de protección y solidez que irradiaba esa figura onírica era... agradable.

Más que agradable.

Dios.

Me levanto de un salto y me dirijo hacia la ventana de mi pequeña cabaña, apartando las cortinas de flores que cuelgan del marco. Fuera, el sol está empezando a calentar el valle, pintando las montañas de un color dorado precioso que normalmente me llena de energía y optimismo.

Hoy, solo consigue recordarme que hay un hombre nuevo en el pueblo. Un hombre que vive en una mansión y que tiene unos ojos azules que parecen ver directamente a través de mí.

Un hombre en el que no debería estar pensando.

Un hombre con el que definitivamente no debería estar soñando.

—Vale, basta —me digo con firmeza, alejándome de la ventana—. Ha sido solo un sueño tonto. No significa nada.

Para ya, Sage. Para ahora mismo.

Me dirijo hacia la cocina de mi cabaña, que es básicamente cuatro pasos desde mi dormitorio porque la casa entera tiene el tamaño de lo que probablemente sea el vestidor de Dominic Kane. Pero es mía, es acogedora, está llena de plantas y libros y cosas bonitas, y normalmente me hace sentir perfectamente contenta con mi vida.

Hoy, por alguna razón, me parece pequeña.

Me sirvo una taza de café de la cafetera que programé anoche, añadiéndole una cantidad obscena de leche y azúcar porque me gusta que sepa más a postre que a café. Es una de las muchas

cosas que me hacen sentir como si tuviese doce años en lugar de veinticuatro.

Veinticuatro años y nunca he tenido una relación. Veinticuatro años y sigo viviendo en una cabaña en el terreno de mis padres. Veinticuatro años y mi idea de una cita perfecta sigue siendo una película y salir a cenar.

Me siento en mi sofá favorito, acurrucándome con las piernas cruzadas mientras sostengo la taza entre mis manos. La cafeína empieza a hacer efecto, despejando la neblina matutina de mi cerebro y permitiéndome pensar con más claridad.

Y lo que pienso es esto: tengo que hacer algo con mi vida.

No puedo seguir viviendo esperando que la vida me pase. No puedo seguir soñando con el futuro perfecto sin hacer nada para conseguirlo. Y definitivamente no puedo seguir obsesionándome con hombres que están completamente fuera de mi alcance solo porque son los únicos que han conseguido que mi corazón lata más rápido.

Es hora de tomar el control.

Me levanto con determinación renovada y voy hacia mi ordenador portátil, que descansa sobre la mesa del comedor. Lo abro y tecleo rápidamente en el buscador: «cómo cambiar tu vida a los veinticuatro años».

Los resultados son abrumadores. Cientos de artículos, videos, podcasts, todos prometiendo que puedo reinventar mi existencia entera si sigo sus consejos infalibles. La mayoría están dirigidos a personas que quieren cambiar de carrera o mudarse a otro país, pero hay una sección entera dedicada a «transformación personal» que llama mi atención.

Hago clic en el primer video: «Treinta días para convertirte en la mujer que siempre has querido ser».

El vídeo lo está haciendo una mujer rubia impecable con dientes perfectos y una sonrisa que podría iluminar el estado entero de Montana. Lleva un traje rosa que solo podría quedarle bien a ella y habla con esa seguridad que solo poseen las personas que nunca han hecho el ridículo.

«Hola, hermosa», dice con una voz que suena como miel caliente. «Soy Amanda Sterling, y estoy aquí para recordarte que no tienes

que esperar al uno de enero para cambiar tu vida. Puedes empezar hoy mismo, ahora mismo, en este mismo segundo.»

A pesar del escepticismo inicial, me encuentro asintiendo. Tiene razón. ¿Por qué esperar? ¿Por qué seguir viviendo como si fuese una versión en borrador de mí misma?

«El primer paso», continúa Amanda Sterling con su sonrisa cegadora, «es entender que si quieres atraer al amor de tu vida, primero tienes que convertirte en la mujer que él va a querer amar. Piénsalo como la jardinería, cariño. No puedes salir a cazar mariposas. Tienes que plantar el jardín más hermoso posible y dejar que ellas vengan a ti.»

Eso... eso tiene sentido. Un sentido poético y hermoso que hace que algo en mi pecho se expanda lleno de posibilidades.

Paso las siguientes dos horas viendo videos. Con títulos como «Cómo desarrollar confianza magnética», «El arte de ser irresistible sin esfuerzo» y «Conviértete en la protagonista de tu propia vida».

Cuando termino, tengo tres páginas de notas escritas a mano y un plan de acción que incluye ejercicio diario, meditación matutina, una nueva rutina de cuidado personal y lo que Amanda Sterling llama «radiante energía femenina».

También tengo la extraña sensación de que puedo conseguir cualquier cosa que me proponga.

Es una sensación embriagadora.

Me levanto del sofá con energía renovada y me dirijo hacia mi armario para elegir ropa de deporte. Según Amanda Sterling, el ejercicio es fundamental para desarrollar confianza y disciplina personal. Y dado que nunca he sido precisamente lo que se podría llamar una persona atlética, es hora de cambiar eso.

Elijo mis mallas favoritas, que son de un color fucsia brillante con rayas doradas por los lados, y una camiseta sin mangas en un tono turquesa que me encanta porque hace que mis ojos parezcan más verdes. Añado mis zapatillas de deporte nuevas, que son blancas con detalles en rosa chillón y que compré el mes pasado en un arrebato de optimismo deportivo que hasta ahora no había puesto en práctica.

Me recojo el pelo en una cola de caballo alta, me aplico protector solar y me miro en el espejo de cuerpo entero que tengo en mi habitación.

No está mal. De hecho, estoy bastante mona con la ropa de deporte. Los colores brillantes me dan vida, y por primera vez en mucho tiempo, me siento como si fuese exactamente quien quiero ser: joven, optimista, llena de posibilidades.

Vamos, que estoy lista para empezar mi nueva vida.

El timbre del teléfono interrumpe mi momento de autocontemplación.

—¿Diga?

—Buenos días, cariño —dice la voz cálida de mi madre al otro lado de la línea—. ¿Te he despertado?

—No, mamá. Llevo levantada un par de horas.

—Perfecto. Te llamo porque quería preguntarte si este fin de semana puedes venir a casa a ayudarme con los preparativos para la fiesta del lago del sábado.

La fiesta del lago. La celebración anual del fin del verano que organiza la familia cada año para dar la bienvenida al nuevo curso escolar. Es una de mis tradiciones favoritas: toda la familia Wellington, la gente del pueblo, comida casera, juegos para los niños, música en directo y esa sensación perfecta de comunidad que hace que me enamore de Sunset Valley una y otra vez.

—¡Por supuesto! —respondo, sintiendo cómo la emoción me burbujea en el estómago—. ¿Qué necesitas que prepare?

—Había pensado que podrías encargarte de las actividades para los niños. Ya sabes lo mucho que te adoran todos, y con el nuevo curso empezando el lunes, será perfecto para que se vayan conociendo.

Los niños. Mi debilidad absoluta. Una de las razones por las que adoro ser maestra es esa capacidad infinita que tienen los niños para encontrar alegría en las cosas más simples, esa honestidad brutal que hace que nunca tengas que preguntarte qué están pensando. Ellos mismos te lo dicen.

—Me encanta la idea —digo—. ¿Qué tipo de actividades habías pensado?

—Lo dejo en tus manos creativas, cariño. Tú sabes mejor que nadie lo que les gusta.

—¿A qué hora quieres que vaya?

—Cuando puedas, cariño. Ya sabes que me encanta tenerte en casa.

Cuelgo la llamada con mi madre y me meto de nuevo en el papel de mi nueva yo.

Necesito convertirme en esa mujer segura y competente que Amanda Sterling dice que puedo ser.

Necesito salir a correr. Ahora.

Agarro mis auriculares y mi teléfono, compruebo que tengo las llaves de casa y salgo de la cabaña con determinación renovada. El aire es cálido, pero no agobiante, perfecto para mi primera incursión seria en el mundo del ejercicio regular.

Empiezo con un trote suave por el sendero que rodea el terreno de mi familia. Es un camino que conozco como la palma de mi mano, bordeado de árboles que proporcionan sombra moteada y el sonido relajante de los pájaros cantando en las ramas.

Durante los primeros cinco minutos, me siento fantástica. Como si fuese una de esas mujeres de las revistas que corren maratones antes del desayuno y siempre tienen un aspecto impecable. Como si el ejercicio fuese lo más natural del mundo.

A los diez minutos, empiezo a jadear un poco.

A los quince minutos, me duele el costado y tengo calor. Mucho calor.

A los veinte minutos, estoy sudando como si acabase de correr el maratón entero de Boston y mi respiración suena como la de una locomotora de vapor.

Esto es mucho más difícil de lo que parece en los videos de YouTube.

Me detengo junto a un árbol grande para recuperar el aliento, apoyando las manos en las rodillas mientras intento que mis pulmones recuerden cómo funciona la respiración normal. El sudor me está goteando por la frente y probablemente parece como si acabase de sobrevivir a un desastre natural.

Perfecto. Exactamente la imagen de elegancia femenina que estaba intentando cultivar.

Cuando por fin consigo respirar sin sonar como si me estuviese muriendo, decido continuar.

Empiezo a trotar de nuevo, aunque mi versión de trotar es más bien como un paseo rápido con ocasionales saltos patéticos. Pero me estoy moviendo, y eso es lo que cuenta, ¿no?

El camino serpentea a través de un bosque de pinos que huele a resina y tierra húmeda. Es precioso y tranquilo, y empiezo a entender por qué Amanda Sterling dice que el ejercicio es bueno para el alma además de para el cuerpo. Hay algo liberador en moverse, en sentir cómo tu corazón late más fuerte y tu sangre corre más rápida.

Claro que la mayor parte de mi aceleración cardíaca probablemente tiene que ver con estar completamente fuera de forma, pero prefiero pensar que es parte del despertar espiritual.

Estoy tan concentrada en intentar coordinar mi respiración con mis pasos que no me doy cuenta de que hay alguien más en el sendero hasta que es demasiado tarde.

Una figura aparece corriendo hacia mí desde la dirección opuesta, moviéndose con una facilidad natural que solo poseen las personas que están realmente en forma. Una figura alta, de hombros anchos, con el cabello negro y...

Oh, no.

Oh, no, no, no.

Es él. Es Dominic Kane corriendo hacia mí como si fuese la cosa más natural del mundo, como si correr cuesta arriba a través de un bosque de montaña fuese tan fácil como caminar hasta el buzón.

Y yo estoy aquí, sudando como un pollo, jadeando como si acabase de correr por mi vida.

Esto es un desastre. Este es exactamente el tipo de encuentro humillante que mi nueva yo confiada y elegante se suponía que iba a evitar.

Sin pensarlo, me lanzo hacia los arbustos que bordean el sendero.

Literalmente me tiro detrás de un arbusto como si fuese una criminal huyendo de la policía.

Me agacho entre las ramas, intentando controlar mi respiración entrecortada mientras él pasa corriendo. Quizás no me ha visto. Quizás puedo esconderme aquí hasta que se aleje lo suficiente y luego salir discretamente y volver a casa como si nada hubiera pasado.

Quizás pueda fingir que este encuentro nunca ha tenido lugar.

Mi corazón está latiendo tan fuerte que estoy segura de que puede oírse desde kilómetros de distancia. El sudor me está goteando en los ojos, tengo ramitas en el cabello y probablemente hay una araña en algún lugar de mi camiseta, pero al menos estoy escondida.

Al menos he evitado otro encuentro humillante con el hombre que está protagonizando mis sueños románticos contra mi voluntad.

El sonido de pasos se detiene justo delante de mi escondite.

Mierda.

—¿Me estás siguiendo, señorita Wellington?

La voz grave y contrariada de Dominic Kane me llega desde arriba, y sé sin tener que mirar que me está observando directamente. Probablemente puede ver perfectamente mi camiseta turquesa brillante entre las hojas verdes.

Quiero que me trague la tierra. Quiero desaparecer de la faz de la tierra y no volver a aparecer jamás.

En lugar de eso, me incorporo lentamente desde detrás del arbusto, intentando mantener el último vestigio de dignidad que me queda.

Lo cual, seamos sinceros, no es mucho.

CAPÍTULO 3

DOMINIC

Me despierto antes del amanecer con el cuerpo dolorido y la mente hecha un caos.

Me he pasado toda la noche abrazando a dos niños que tiemblan en mis brazos porque tienen miedo de que desaparezca como desaparecieron sus padres. Me he pasado toda la noche procesando la realidad devastadora de que mi amor por ellos no es suficiente para curar sus heridas.

El agua caliente de la ducha me golpea los hombros, pero no consigue aliviar la tensión que se ha instalado permanentemente en mi cuello. Me afeito con movimientos precisos, ignorando las ojeras que el espejo me devuelve sin piedad. He sobrevivido a guardias de treinta y seis horas, pero nunca me he sentido tan agotado como me siento ahora.

Cuando bajo a la cocina, Katherine ya está allí, como si hoy fuese otro día cualquiera, cuando no lo es. Hoy se va. Después de tres años a nuestro lado, se marcha de vuelta a California.

Y yo me quedo solo.

Completamente solo con dos niños que necesitan mucho más de lo que sé cómo dar.

—Buenos días, Dr. Kane —me saluda—. Su café ya está preparado.

—Buenos días, Katherine —respondo, dirigiéndome hacia la cafetera como un hombre hacia su última comida.

Hemos hablado de esto durante semanas. Katherine quiere volver a California, estar cerca de su familia. Lo entiendo. Lo respeto. De hecho, solo ha venido con nosotros a Sunset Valley para ayudarnos a instalarnos.

Eso no significa que no me aterrorice la perspectiva de quedarme solo.

—¿Está seguro de su decisión, Dr. Kane? —pregunta Katherine por enésima vez—. Puedo recomendarle varias agencias excelentes que...

—No —la interrumpo, quizás con más firmeza de la necesaria—. No voy a traer a más extraños a sus vidas. Bastante han perdido ya.

Katherine me mira con esa expresión que significa que está a punto de decirme algo que no quiero oír.

—Cuidar de dos niños las veinticuatro es muy duro, Dr. Kane.

—Lo sé.

—¿De verdad lo sabe? Porque va a necesitar ir al supermercado, va a necesitar tiempo para usted mismo...

—Me las arreglaré —digo, y mi voz sale más dura de lo que pretendía.

Pero Katherine lleva demasiados años trabajando conmigo para que la intimide.

—¿Cómo? ¿Va a llevar a los niños a todas partes?

—Katherine —la interrumpo, agarrando mi taza de café con más fuerza de la necesaria—. Si he traído a Emma y Ethan aquí es precisamente para poder ser yo quien cuide de ellos. Para poder ser por fin la figura paterna que necesitan.

La expresión de Katherine se suaviza ligeramente, pero la preocupación sigue ahí.

—Dr. Kane, usted ya hace mucho por ellos.

—¿En serio? —La pregunta me sale más amarga de lo que pretendía—. Porque anoche los dos acabaron en mi cama temblando, Katherine. Después de una semana aquí, después de una casa nueva y un pueblo nuevo y todas las promesas que les he hecho, siguen teniendo miedo de que me muera.

El silencio se alarga entre nosotros. Katherine conoce las pesadillas de Emma y Ethan mejor que nadie.

—Los niños han pasado por mucho, Dr. Kane. Necesitan tiempo para sanar.

—Necesitan a alguien que sepa cómo ayudarlos a sanar —replico —. Y ese alguien debería ser yo. Soy lo único que les queda,

Katherine. No puedo seguir delegando en otras personas algo que debería ser mi responsabilidad.

Katherine asiente lentamente, como si entendiera que mi decisión es final.

No tengo nada pensado. Pero tengo que hacerlo funcionar porque la alternativa —admitir que no puedo cuidar de Emma y Ethan yo solo— no es una opción.

Estos niños lo han perdido todo. Sus padres, su casa, la única vida que habían conocido. No van a perder también la seguridad de tener a alguien que los ama incondicionalmente cuidando de ellos.

Aunque ese alguien sea un desastre absoluto fingiendo saber lo que hace.

—¿Te importa si salgo a correr esta mañana? —pregunto, necesitando desesperadamente despejar mi cabeza—. Aprovechando que estás aquí. No sé muy bien cómo me voy a organizar cuando esté solo.

Katherine sonríe por primera vez en toda la conversación.

—Por supuesto, Dr. Kane. Los niños no se despertarán hasta dentro de una hora como mínimo.

Subo a mi habitación y me cambio de ropa: pantalones cortos negros, camiseta técnica gris, zapatillas de running. Correr siempre ha sido mi forma de mantener el control cuando todo lo demás se desmorona.

Voy a necesitar esa sensación de control más que nunca.

Cuando esté solo con Emma y Ethan, voy a tener que reorganizar completamente mi vida.

En el colegio. Ahí es donde van a pasar la mayor parte del día, donde van a estar seguros. Es en ese instante cuando pienso en ella.

Sage Wellington.

La imagen se forma automáticamente en mi cabeza antes de que pueda evitarlo: ojos verdes como la hierba de primavera y ese cuerpo que debería estar prohibido en un centro educativo. La forma en que se sonrojó cuando la pillé espiando, cómo sus labios se entreabrieron cuando mis manos tocaron su piel...

Para ya, Dominic. Para ahora mismo.

Sage Wellington es demasiado joven. Demasiado inocente. Mi situación ya es demasiado complicada sin añadir a nadie más a la ecuación.

Es la hermana pequeña de uno de los pocos amigos que tengo. Va a ser la profesora de mis sobrinos. Es todo lo que no puedo permitirme querer.

Por mucho que esos ojos verdes aparezcan en mis pensamientos con una frecuencia que me resulta preocupante.

Salgo de casa y empiezo con un trote suave, sintiendo cómo el aire fresco de la mañana llena mis pulmones. Aquí, corriendo por senderos vacíos rodeados de montañas, puedo fingir que tengo todo bajo control.

Que sé exactamente cómo voy a criar a dos niños traumatizados yo solo.

Que no me aterra la posibilidad de fallarles cuando más me necesiten.

Acelero el ritmo, sintiendo cómo mis músculos se calientan, cómo mi respiración se vuelve más profunda. Es lo único que me funciona cuando la ansiedad amenaza con abrumarme: correr hasta que lo único que existe es el ritmo de mis pies contra el suelo y el latido de mi corazón.

El sendero serpentea a través de un bosque de pinos, luego desciende hacia una zona más abierta donde las vistas del valle son espectaculares. Es aquí donde puedo ver el pueblo entero extendido como una maqueta entre las montañas, donde puedo recordar por qué he elegido este lugar para intentar reconstruir la vida de Emma y Ethan.

Estoy tan concentrado en mis pensamientos que casi no veo la figura al principio.

Alguien corriendo hacia mí desde la dirección opuesta, aunque «corriendo» es una descripción muy generosa. Es más bien un trote errático.

Y entonces esa figura hace algo completamente inesperado.

Se lanza literalmente hacia los arbustos que bordean el sendero.

Como una fugitiva huyendo de la policía.

Me detengo automáticamente, observando incrédulo cómo se agacha detrás de un arbusto como si su vida dependiese de permanecer oculta. Es tan absurdo, tan completamente ridículo, que algo en mi pecho se afloja por primera vez en días.

Me acerco sigilosamente, y es entonces cuando veo un destello de color turquesa brillante entre las hojas verdes.

Turquesa. Fucsia. Colores tan llamativos que podrían verse desde el espacio.

Y un pelo que, pese a haber visto solo una vez, reconocería en cualquier sitio.

Es Sage Wellington.

Estoy completamente seguro de ello.

Una sonrisa amenaza con formarse en mis labios. La primera sonrisa genuina que he sentido desde anoche, cuando encontré a Emma y Ethan temblando en mi cama.

Por supuesto que es ella. Por supuesto que la primera persona que me encuentro en mi carrera matutina es la mujer que hace que mi cerebro se desconecte.

Y por supuesto que se está escondiendo de mí detrás de un arbusto como si fuese una cría que ha hecho algo malo.

Digamos que nuestro primer encuentro fue un poco tenso.

No debería de haberme puesto tan borde con ella, pero que me pareciese tan atractiva hizo que me enfureciese. No tengo tiempo para ninguna distracción.

Me detengo justo delante de su escondite, esforzándome por mantener una expresión seria cuando lo que realmente quiero es reírme. Puedo oír su respiración entrecortada, puedo ver perfectamente su ropa brillante entre las ramas, puedo casi sentir su mortificación desde aquí.

Es ridículo. Completamente, adorablemente ridículo.

Y eso debería preocuparme mucho más de lo que lo hace.

—¿Me estás siguiendo, señorita Wellington? —pregunto, cruzándome de brazos y usando esa voz que hace que los residentes de cirugía plástica se pongan firmes.

Silencio absoluto. Como si pensase que, si se queda muy quieta, voy a asumir que soy víctima de una alucinación y me voy a ir.

—Porque esta es la segunda vez que me encuentro contigo escondiéndote —continúo, disfrutando más de lo que debería de su evidente mortificación—. La primera fue en la biblioteca del colegio, ahora en un arbusto. Empiezo a ver un patrón.

Las ramas se mueven ligeramente, como si estuviese debatiéndose entre salir o cavar un túnel hacia China.

—¿Sabes que puedo verte perfectamente? —añado, y esta vez no consigo evitar que la diversión se cuele en mi voz—. El turquesa brillante no es exactamente camuflaje natural.

Finalmente, muy lentamente, emerge desde detrás del arbusto como un animal acorralado que se ha rendido.

Y joder.

La primera vez que la vi llevaba ropa profesional, esa combinación de maestra recatada que gritaba competencia.

Pero esto... esto es una tortura completamente diferente.

Las mallas fucsia se ajustan a sus piernas como una segunda piel, marcando cada curva, cada línea, cada centímetro de esas extremidades que son mucho más largas de lo que recordaba. La camiseta sin mangas en turquesa brillante se pega a su torso por el sudor, sugiriendo la forma de sus pechos de una manera que hace que mi boca se seque instantáneamente.

Tiene el cabello recogido en una coleta alta que deja al descubierto la línea elegante de su cuello, y está sonrojada por el ejercicio de una forma que hace que su piel brille como si tuviese luz propia.

Está sudando, despeinada, claramente agotada, con hojas pegadas en la ropa y una expresión entre mortificación e indignación.

Y es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Algo primitivo y peligroso se despierta en mi estómago, algo que no he sentido en años y que definitivamente no debería estar sintiendo por una mujer que está fuera de mi alcance en todos los sentidos.

—Así que —digo, dando un paso hacia ella, disfrutando de cómo sus ojos se dilatan ligeramente—, ¿vas a seguir fingiendo que esto es una casualidad?

—¡No te estoy siguiendo! —explota finalmente, y hay un fuego en sus ojos verdes que hace que algo en mi pecho se contraiga—. ¡Por favor! ¿Qué tipo de ego tienes que tener para pensar que alguien te seguiría?

—¿El tipo de ego que viene de encontrar a la misma mujer escondiéndose de mí dos veces en una semana?

—¡No me estaba escondiendo!

—¿No? —alzo una ceja, disfrutando de cómo sus mejillas se sonrojan aún más—. ¿Entonces qué estabas haciendo detrás de ese arbusto? ¿Meditando?

—Había visto algo —dice, levantando la barbilla con una actitud desafiante que me resulta peligrosamente atractiva.

—¿Algo?

—Sí, algo. Algo... interesante.

—¿Y qué era esa cosa tan interesante?

La veo luchar internamente, buscando desesperadamente una excusa. Sus ojos verdes vuelan hacia todos lados excepto hacia mí, y puedo ver el momento exacto en que decide inventarse algo.

—Un... un pájaro —dice finalmente.

—¿Un pájaro?

—Sí. Un pájaro muy... muy raro.

—¿Qué tipo de pájaro?

—Un... —mira desesperadamente a su alrededor— ¡Un águila calva!

La miro con la expresión que reservo para los pacientes que me mienten sobre haber seguido las instrucciones postoperatorias.

—¿Un águila calva? ¿En un arbusto?

—Sí. Estaba... descansando.

—Las águilas calvas no descansan en los arbustos, Sage. Anidan en árboles altos.

—Bueno, esta era especial.

—Especial.

—Muy especial.

Nos miramos fijamente, y puedo ver cómo lucha entre la terquedad y la mortificación. Es una batalla que se refleja en sus

ojos expresivos, y es tan transparente, tan genuina, que tengo que apretar los puños para resistir el impulso de acercarme más.

—¿Sabes qué creo? —digo, dando otro paso hacia ella, disfrutando de cómo su respiración se acelera ligeramente.

—¿Qué?

—Creo que me viste corriendo y decidiste esconderte porque todavía te da vergüenza lo que pasó en la biblioteca.

—¡Eso es... eso es...! —balbucea, claramente indignada.

—¿Ridículo? ¿Imposible? —sugiero, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. ¿O simplemente es una observación que está demasiado cerca de la verdad?

Sus ojos verdes brillan con rabia y cuando se acerca un paso más hacia mí, desafiante, puedo oler su champú. Algo floral y dulce que hace que quiera enterrar la cara en su cuello.

—¿Quieres saber la verdad? —dice, y su voz tiene un tono duro.

—Me muero por saberla.

—La verdad es que eres increíblemente arrogante. ¿En serio piensas que eres tan importante que las mujeres se esconden en arbustos para evitarte?

—No todas las mujeres —digo, y mi sonrisa se vuelve más depredadora—. Solo tú.

—¡Eres...! —Se queda sin palabras, claramente buscando el insulto perfecto—. ¡Eres un prepotente!

—¿Prepotente?

—¡Sí! ¡Crees que eres tan irresistible que cualquier mujer que se cruce contigo va a caer rendida a tus pies!

—¿Y tú no vas a caer rendida a mis pies?

La pregunta sale antes de que pueda detenerla, cargada de una provocación que hace que el aire entre nosotros se vuelva eléctrico.

Juro que en ningún momento he pretendido tontear con ella, pero es que mi cerebro parece tener vida propia.

Sage me mira con esos ojos verdes encendidos, la respiración acelerada, las mejillas rojas de indignación.

—Ni en tus mejores sueños —dice, pero su voz sale un poco ronca, un poco menos convincente de lo que pretendía.

—¿No? —me acerco otro paso, y ahora estamos tan cerca que puedo ver las motitas doradas en sus iris—. Porque por la forma en que me estás mirando ahora mismo, diría que...

—¿Que qué? —me desafía, pero puedo ver cómo sus ojos bajan involuntariamente hacia mis labios antes de volver a mi cara.

—Que estás pensando en cosas que una buena maestra de pueblo no debería estar pensando sobre el médico arrogante.

El rubor se extiende desde sus mejillas hacia su cuello, y veo cómo traga saliva.

—Eres... eres...

—¿Qué soy, Sage?

Mi nombre en sus labios suena como una caricia, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no cerrar la distancia que nos separa.

—Imposible —susurra finalmente.

—¿Imposible?

—Imposiblemente arrogante, imposiblemente prepotente, imposiblemente...

—¿Imposiblemente qué?

Se queda callada, mordiéndose ese labio inferior de una forma que hace que todos mis buenos propósitos se vayan al infierno.

—No voy a alimentar tu ego más de lo que ya está —dice finalmente.

—Mi ego está perfectamente bajo control, gracias.

—¡Ja! Tu ego tiene su propio código postal.

A pesar de mí mismo, me echo a reír. Una risa genuina que sale desde algún lugar profundo que había olvidado que existía.

Y esa risa hace algo extraño en su cara. La indignación se suaviza, se convierte en algo más cálido, más real.

—¿Acabas de... reírte? —pregunta, como si no pudiese creerlo.

—No.

—Sí que lo has hecho. Te has reído.

—No me he reído.

—Te has reído y ha sido... ha sido...

—¿Qué ha sido, Sage?

—Sorprendente —admite, y luego se sonroja aún más por haber dicho eso en voz alta—. Quiero decir, menos arrogante.

—¿Menos arrogante?

—Solo un poco.

Nos quedamos mirándoos en silencio, y de repente puedo sentir cómo la tensión entre nosotros cambia, se vuelve más densa, más peligrosa. Puedo ver cómo sus ojos se oscurecen ligeramente, puedo notar cómo su respiración se vuelve más superficial.

Puedo sentir esa atracción prohibida tirando de mí hacia ella como un imán, susurrándome que dé un paso más cerca, que descubra si esos labios saben tan dulces como parecen.

Y entonces lo recuerdo. Es demasiado joven. Es la hermana de Liam. Es la profesora de mis sobrinos.

—Debería irme —digo, dando un paso atrás antes de que pueda hacer algo estúpido—. Los niños se van a despertar pronto.

—Claro —dice rápidamente, claramente aliviada de tener una excusa para escapar—. Yo también debería volver.

—¿En qué dirección vas?

—Hacia... hacia allí —señala vagamente en la dirección por la que he venido.

—Esa es la dirección hacia mi casa.

—Bueno, entonces voy hacia... hacia allá —señala en la dirección opuesta.

Nos miramos durante un momento cargado de tensión, y puedo ver cómo lucha entre querer huir y querer quedarse. Es una batalla que reconozco porque la estoy librando yo también.

—Que tengas un buen día, señorita Wellington —digo finalmente, antes de hacer algo estúpido.

—Que tengas un buen día, doctor Kane —responde, con una formalidad que suena ridícula después de la conversación que acabamos de tener.

Empiezo a alejarme, pero algo me hace darme la vuelta una última vez.

—Sage.

—¿Sí?

—La próxima vez que veas un águila calva descansando en un arbusto, asegúrate de hacerle una foto. Sería un avistamiento muy interesante para los ornitólogos locales.

Y con eso, me alejo corriendo, luchando contra la sonrisa que amenaza con partirme la cara en dos.

Detrás de mí, puedo oír cómo balbucea algún tipo de respuesta indignada, pero no me doy la vuelta para escucharla.

Porque si lo hago, podría volver atrás y hacer algo completamente imprudente.

Como averiguar si esa química entre nosotros es tan incendiaria como sospecho.

Y eso sería un desastre para todos los implicados.

Aunque, joder, sería un desastre muy interesante.

CAPÍTULO 4

DOMINIC

Regreso a casa con la respiración aún acelerada, pero no por el ejercicio.

El encuentro con Sage Wellington ha conseguido lo que treinta minutos de carrera intensa no habían logrado: desestabilizarme por completo. Cada vez que cierro los ojos veo esas mallas fucsia ajustándose a unas piernas que parecían diseñadas para torturarme, esa camiseta turquesa empapada de sudor marcando curvas que no debería estar notando.

Y esa indignación. Esa maldita forma en que se puso roja de rabia cuando le dije que me estaba siguiendo, como si la idea de que alguien pudiese acusarla de algo así fuese el mayor insulto del mundo.

Me paso una mano por el pelo, intentando borrar la imagen de sus ojos verdes brillando con fuego cuando se acercó a mí, desafiante, oliendo a champú floral y a esa esencia indefinible que hace que algo primitivo en mí quiera marcar territorio.

Gracias a Dios que recordé todas las razones por las que esa mujer está completamente prohibida para mí.

Cuando entro en la cocina, Katherine ya está desayunando con Emma y Ethan, que charlan animadamente.

Esto es lo importante. Estos dos niños que confían en mí para darles la estabilidad que perdieron. No las piernas infinitas de cierta maestra de ojos verdes.

—¿Qué tal la carrera, Dr. Kane? —pregunta Katherine.

—Entretenida —respondo, lo cual es técnicamente cierto.

—¿Tío Dom? —Emma levanta la vista de sus tortitas—. ¿Cuándo vamos a conocer a la gente del pueblo?

—Todavía no, princesa. Pero pronto conoceréis a muchas personas.

—¿Niños de nuestra edad? —pregunta Ethan con esa cautela que me rompe algo en el pecho cada vez que la oigo.

—Muchos niños de vuestra edad. El lunes empezáis el colegio, ¿lo recordáis?

Emma da un saltito en su silla, pero Ethan se pone visiblemente tenso. El colegio sigue siendo una fuente de ansiedad para él, la idea de estar lejos de mí durante horas le resulta aterradora.

—Va a ir todo estupendamente, Ethan —le digo, poniéndome a su altura—. Vuestra profesora parece muy... agradable.

Agradable. Sí, esa es una forma segura de describir a una mujer que acaba de acusarme de tener un ego con código postal propio.

El timbre de la puerta interrumpe mis pensamientos, y a través de la ventana de la cocina puedo ver la familiar Ford F-150 de Liam aparcada en el camino de entrada.

—Esperad aquí —les digo a los niños, dirigiéndome hacia la puerta principal.

Cuando la abro, Liam está de pie en el porche con una sonrisa que me devuelve inmediatamente a nuestros días universitarios. Lleva vaqueros y una camisa de franela que grita «alcalde de pueblo pequeño» en lugar del traje que llevaba cuando nos vimos el primer día.

—Dom —dice, extendiéndome la mano—. He pensado que ya era hora de hacerte una visita como es debido. Ya llevas aquí una semana.

—Liam —respondo, estrechándole la mano—. Pasa, por favor.

Lo guío hacia la cocina, donde Emma y Ethan siguen terminando su desayuno bajo la supervisión de Katherine.

—Chicos, quiero presentaros a alguien muy importante —digo—. Este es Liam Wellington. Es el alcalde de Sunset Valley y también es un viejo amigo mío.

Emma se baja de su silla inmediatamente y se acerca con esa confianza natural que siempre me sorprende.

—Hola, señor alcalde —dice con una sonrisa que podría derretir glaciares—. Soy Emma Kane.

—Es un placer conocerte, Emma —responde Liam, agachándose para ponerse a su altura—. Y tú debes de ser Ethan.

Ethan asiente desde su silla, pero no se acerca. Liam no lo presiona, lo cual agradezco. Hay demasiada gente que intenta forzar interacciones con él cuando consiguen el efecto contrario, que se aleje de ellos.

—Mi mujer Iris tiene una cafetería en el centro del pueblo —le dice Liam a Emma—. Hace los mejores dulces de todo el condado. Magdalenas, galletas, tartas... todo lo que te puedas imaginar.

Los ojos de Emma se iluminan como luces de Navidad.

—¿Podemos ir, tío Dom? ¿Podemos conocer a la señorita Iris?

—Claro, princesa. Iremos otro día cuando estemos más instalados.

—¡Por favor! Ethan también quiere ir, ¿verdad, Ethan?

Ethan asiente tímidamente, y puedo ver el fantasma de una sonrisa en sus labios.

—Chicos, ¿por qué no vais a por vuestros libros? —sugiero—. Podéis leer o pintar en la mesa de la terraza mientras Liam y yo charlamos un poco.

Emma coge a Ethan de la mano y los dos salen corriendo hacia sus habitaciones, y el sonido de sus pasos en las escaleras me llena de esa satisfacción profunda que solo siento cuando los veo comportarse como niños normales.

—Dios, Dom, la casa es preciosa —dice Liam cuando nos sentamos con café recién hecho.

—Gracias por conseguírmela. No sé cómo te las arreglaste para convencer a los propietarios de que la vendieran.

—Los Rutherford son gente estupenda. Cuando les expliqué la situación —que eras un médico con dos niños pequeños buscando un nuevo comienzo— prácticamente me suplicaron que te diese su número.

Me acomodo en mi sillón de cuero, observando a Liam mientras examina las estanterías llenas de libros médicos y las pocas fotografías familiares que he traído de Los Ángeles.

—Me sigue pareciendo increíble que hayas elegido Sunset Valley —dice—. Cuando me llamaste hace un año preguntando sobre

pueblos pequeños de Montana, pensé que me estabas tomando el pelo.

—Necesitaba un cambio —digo, lo cual es una versión muy simplificada de la verdad.

—¿Y los niños? ¿Cómo se están adaptando?

Miro hacia la terraza, donde Emma y Ethan se han instalado en la mesa de hierro forjado. Emma charla animadamente mientras colorea lo que parece ser un unicornio púrpura, Ethan está concentrado en su libro.

—Mejor de lo que esperaba —admito—. Emma está emocionada con todo lo nuevo. A Ethan le cuesta un poco más, pero se está esforzando.

—¿Siguen yendo al psicólogo?

—Dos veces por semana por videoconferencia con el Dr. Peterson de Los Ángeles. No quería interrumpir esa continuidad justo ahora.

Liam asiente, y puedo ver la comprensión genuina en sus ojos. Es una de las cosas que siempre me gustó de él en la universidad: su capacidad para entender situaciones complicadas sin hacer preguntas incómodas.

—¿Te acuerdas de aquel examen de patógenos que tuviste al final de la carrera? —dice, cambiando claramente de tema hacia territorio más seguro—. Te pasaste tres días sin pegar ojo estudiando.

—Y tú aparecías cada mañana con café porque sabías que si suspendía me volvería loco.

—Y después te emborrachaste tanto celebrándolo que acabaste cantando en el karaoke en español.

—No sé hablar español.

—Exacto. Por eso fue tan épico.

Nos echamos a reír, y por un momento puedo sentir el peso de los últimos tres años aliviándose ligeramente. Es reconfortante tener un amigo que me conocía antes de que todo se complicase, antes de que me convirtiese en el tío traumatizado que no tiene ni idea de cómo criar niños.

—Hablando de celebraciones —dice Liam—, este sábado tenemos la fiesta anual del lago. Es una tradición familiar de final de verano. Viene todo el pueblo, hay comida, música, juegos para los niños...

Una tradición familiar de los Wellington.

Lo cual significa que Sage estará allí. Sage y su personalidad efervescente.

Mi estómago se contrae ante la posibilidad de otro encuentro con ella, y no precisamente de la forma buena.

—No sé si es una buena idea —digo—. Los niños todavía se están adaptando.

—Por eso mismo deberíais venir —me interrumpe Liam—. Es la forma perfecta de que conozcan a otros niños del pueblo en un ambiente relajado. Y para que tú también conozcas a más familias.

Familias. Personas normales con vidas normales que van a juzgar cada uno de mis movimientos como figura paterna. Que van a preguntarse qué clase de hombre abandona una carrera médica lucrativa para mudarse a un pueblo perdido de Montana.

Lo que no saben es que he ganado mucho más dinero del que podré gastar yo o los niños en una vida en solo unos años.

—Además —añade Liam—, es importante que conozcas a mi hermana Sage antes de que empiece el curso. Va a ser la profesora de Emma y Ethan, así que os conviene establecer una relación de trabajo fluida desde el principio.

Sage.

Solo oír su nombre hace que mi cerebro conjure inmediatamente la imagen nuestro encuentro: mallas fucsia, camiseta empapada de sudor, ojos verdes brillando con indignación cuando me acusó de ser un prepotente.

Una relación de trabajo fluida. Eso es exactamente lo que no necesito con la mujer que hace que mi autocontrol se tambalee de formas preocupantes.

Si Liam supiese que ya he conocido a su hermana y que, a pesar de que tiene catorce años menos que yo me he fijado en ella…

—Sage es fantástica con los niños —continúa Liam, completamente ajeno a la tensión que se está acumulando en mi mandíbula—. Tiene un instinto natural para hacer que se sientan seguros y queridos. Emma y Ethan van a estar en muy buenas manos.

Fantástica. Instinto natural. Manos que, técnicamente, van a estar cuidando de lo más preciado que tengo durante siete horas al día, cinco días a la semana.

Manos que esta mañana quise sentir en mi piel cuando se acercó a mí con esa actitud desafiante que hizo que algo primitivo en mí rugiera de aprobación.

—¿Dom? —Liam me mira con curiosidad—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo... estaba pensando en los horarios.

—¿Qué horarios? Es una fiesta informal junto al lago. Traes a los niños, comes demasiado, dejas que Emma y Ethan conozcan a otros críos del pueblo, y todos contentos. Además, mi sobrina Luna también estará allí y tienen prácticamente la misma edad.

Suena sencillo. Suena normal. Suena exactamente como el tipo de evento familiar al que debería llevar a Emma y Ethan para ayudarles a sentirse parte de una comunidad.

Miro hacia la terraza, donde Emma le está enseñando a Ethan su unicornio terminado. Él sonríe —una sonrisa real, no esas sonrisas educadas que usa con los extraños— y le señala algo en su propio dibujo. Ella aplaude con entusiasmo genuino.

Estos niños necesitan amigos. Necesitan sentirse parte de algo más grande que nuestro pequeño mundo de tres personas. Necesitan ver que la vida puede incluir celebraciones y tradiciones familiares y momentos de alegría pura.

No puedo negarles eso solo porque me ponga tenso tener que ver a su futura profesora otra vez.

—De acuerdo —digo finalmente—. Iremos.

—¡Estupendo! —Liam sonríe como si acabase de ganar unas elecciones—. Va a ir fenomenal, Dom. Los niños se lo van a pasar en grande.

—Eso espero.

—Y tú también. Ya es hora de que empieces a vivir un poco en lugar de limitarte a sobrevivir.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Porque tiene razón. Los últimos tres años han sido pura supervivencia: levantarme cada día, ir a trabajar, cuidar de Emma y Ethan lo mejor

que sabía, colapsar en la cama cada noche sin energía para nada más.

Quizás sea hora de intentar algo parecido a vivir de verdad.

Aunque eso signifique enfrentarme a Sage Wellington otra vez.

Aunque eso signifique poner a prueba mi autocontrol de una forma que no estoy seguro de estar preparado para manejar.

—Gracias, Liam —digo—. Por todo. Por la casa, por recibirnos tan bien, por...

—Para eso están los amigos —responde, levantándose—. Y ahora será mejor que me vaya antes de que Iris mande una partida de búsqueda para encontrarme.

Lo acompaño hasta la puerta, donde se despide de Emma y Ethan con promesas de presentarles a toda su familia el sábado en la fiesta. Los niños están claramente emocionados, y mientras veo a Liam alejarse en su camioneta, pienso que quizás, solo quizás, he tomado la decisión correcta.

Tanto al mudarme aquí como al aceptar ir a esa fiesta.

Aunque signifique pasar el sábado entero intentando mantener una distancia profesional apropiada con la mujer que consigue ponerme nervioso con solo pensar en ella.

Aunque signifique descubrir si mi autocontrol es tan sólido como siempre he creído.

Porque al final del día, esto no va de mí. Va de Emma y Ethan, y de darles la oportunidad de ser felices.

CAPÍTULO 5

SAGE

El sábado me despierto en mi antigua habitación en la casa de mis padres con mariposas revoloteando en el estómago.

Hoy es la fiesta del lago. El día que marca el final del verano y el comienzo de un nuevo curso escolar. Mi día favorito del año, aunque esta vez hay algo diferente. Siento una tensión que no sabría explicar, como si algo importante fuese a pasar.

—¡Sage! —La voz de mi madre me llega desde abajo—. ¿Puedes ayudarme con las ensaladas?

—¡Ya voy!

Me visto rápidamente con un vestido de verano melocotón y sandalias cómodas. Perfecto para correr detrás de los niños todo el día.

Cuando entro a la cocina es un caos organizado. Mamá está coordinando todo con precisión militar mientras mis hermanos van y vienen cargando cosas para llevarlas al lago. Liam aparece con refrescos, Cole con una nevera, Henry con sillas plegables. El ritual de siempre, la tradición que me tranquiliza y me emociona a partes iguales.

Una hora después estamos en el lago montando todo para la celebración. Yo me dirijo hacia mi zona favorita: el espacio sombreado donde instalo mis actividades infantiles. Extiendo mantas coloridas y abro mi kit de pintura de caras.

Es lo que más me gusta del mundo. Ver cómo los niños se transforman, cómo brillan cuando pueden ser lo que sueñan ser.

Las familias empiezan a llegar al mediodía, y el lago se llena de vida. Y entonces, como cada año, empiezan a acercarse.

—¡Señorita Sage! —Tommy Morrison corre hacia mí—. ¿Me pintas un dragón?

—¡Yo quiero ser una mariposa! —grita su hermana.

En minutos tengo una cola de niños esperando, todos hablando a la vez. Mi momento favorito: hacer magia real en pequeñas caras expectantes.

Estoy terminando un león en las mejillas de Jake cuando una nueva voz me llama la atención.

—¿Eres tú la que pinta caras?

Levanto la vista hacia una niña que no conozco. Cabello castaño en coletas despeinadas, vestido amarillo precioso. Pero son sus ojos lo que me hace contener la respiración.

Azul. Intenso. Imposible de olvidar.

Mi corazón se acelera sin que entienda por qué.

—Sí, soy yo —digo—. ¿Cómo te llamas?

—Emma. Emma Kane.

Kane.

El aire a mi alrededor se vuelve más denso, como si una tormenta se aproximara. Él está aquí. En algún lugar cerca.

—Hola, Emma —consigo decir—. Soy Sage. Voy a ser tu profesora este año.

Los ojos de Emma se iluminan como luces de Navidad.

—¿En serio? ¡Qué genial!

—¿Te gustaría que te pintase la cara?

—¡Sí! ¿Podrías pintarme una princesa de las montañas? Y... ¿podrías pintar a mi hermano Ethan también?

—Por supuesto.

—¡Bien! Voy a buscarlo.

Emma sale corriendo hacia la multitud, y entonces lo veo.

Dominic Kane está junto a la mesa de bebidas, hablando con mi padre. Lleva unos vaqueros oscuros y una camisa azul que hace que sus ojos parezcan aún más intensos. El sol ilumina su cabello negro y esa mandíbula que debería estar prohibida.

Y me está mirando directamente.

No solo me está mirando. Me está taladrando con la mirada como si fuese una amenaza que necesita evaluar. Como si no se fiara de

mí cerca de su sobrina.

Hay algo feroz en esa mirada, algo protector que hace que un escalofrío me recorra la espalda.

Emma llega hasta él y tira de su camisa, señalándome con emoción. Veo cómo él asiente, cómo sus rasgos se suavizan ligeramente al hablar con ella, pero sus ojos vuelven a mí inmediatamente.

Entonces veo a Ethan.

Medio escondido detrás de su tío, observando con una cautela que me encoge el corazón. Físicamente es similar a Emma, pero donde ella irradia luz solar, él parece cargar con un peso invisible.

Emma le habla animadamente, gesticulando hacia su cara. Veo la resistencia de Ethan deshacerse gradualmente hasta que finalmente asiente.

Los tres se dirigen hacia mí.

Mi corazón late más rápido con cada paso. No lo he visto desde el encuentro del arbusto, y tenerlo cerca otra vez hace que mi piel se sienta demasiado ajustada.

Agradezco cuando aparta esa mirada penetrante para hablar con Emma.

—Señorita Wellington —dice cuando llegan, su voz grave hace que algo se derrita en mi estómago.

—Dr. Kane —respondo, intentando sonar profesional.

—Este es mi hermano Ethan —dice Emma—. Ethan, esta es Sage, va a ser nuestra profesora.

Ethan me mira con esos ojos azules llenos de cautela.

—Hola, Ethan —digo suavemente, agachándome—. ¿Te gustaría que te pintase algo?

Mira a su tío, que asiente casi imperceptiblemente.

—¿Podrías pintarme una montaña? —pregunta en voz baja.

—Una montaña sería perfecta. ¿Con nieve?

Por primera vez, veo el fantasma de una sonrisa.

—Sí. Con nieve.

Mientras preparo los colores, siento la mirada de Dominic como una presencia física. Intensa, evaluándome, catalogando cada movimiento.

Y empiezo a entender algo.

Estos niños no son solo sus sobrinos. Son su mundo entero.

Emma se deja pintar charlando alegremente. Ethan empieza rígido, pero se relaja gradualmente. Y yo veo algo en ambos: una fragilidad sutil, esa forma de comprobar constantemente que Dominic sigue ahí.

Algo terrible les ha pasado.

Cuando termino las montañas de Ethan, él se mira en el espejo con una sonrisa real.

—Es perfecta —dice, sonando encantado.

—Gracias, señorita Wellington —dice Dominic, y hay algo en su voz que sugiere que las gracias son por más que pintura de caras.

—Sage —le corrijo automáticamente.

Sus ojos se endurecen ligeramente, y veo cómo se pone esa máscara de formalidad que ya reconozco.

—Prefiero mantener las cosas profesionales, señorita Wellington —dice con esa voz controlada que no admite discusión—. Va a ser la profesora de mis sobrinos.

Sus palabras me golpean como agua fría. No era una petición, era una declaración. Una línea en la arena que no está dispuesto a que cruce.

Y por un momento, mientras veo cómo se alza esa barrera invisible entre nosotros, me pregunto qué tipo de heridas lleva él también. Porque nadie se protege así de algo tan simple como un nombre de pila sin una razón.

—Por supuesto —digo, intentando que mi voz suene tan profesional como la suya—. Como prefiera, doctor Kane.

Asiente una vez, claramente satisfecho de haber establecido los límites.

—Vamos, chicos —dice finalmente—. Dejemos que la señorita Wellington atienda a otros niños.

Mientras se alejan, Emma saltando, Ethan con más prudencia, Dominic protegiéndolos con esa ferocidad silenciosa, me quedo con preguntas que no puedo quitarme de la cabeza.

¿Qué les ha pasado a estos niños?

¿Cómo ha acabado Dominic cuidándolos?

Y ¿qué le pasó a él para que tenga tanto miedo de dejar entrar a alguien, aunque sea solo lo suficiente para que lo llamen por su nombre?

CAPÍTULO 6

DOMINIC

La fiesta se está alargando más de lo que esperaba, y está empezando a hacer estragos en mi autocontrol.

Por su culpa.

Sage Wellington se ha quitado el vestido para revelar un bikini que debería estar prohibido por la ley. Azul marino con pequeños lazos a los lados que hacen que mis dedos se contraigan involuntariamente, imaginando lo fácil que sería deshacerlos con un simple tirón.

Está en el agua hasta las rodillas, rodeada de una docena de niños que chapotean y gritan de alegría mientras ella organiza algún tipo de juego acuático. El agua le llega hasta los muslos, y cada vez que se agacha para ayudar a un niño más pequeño, el bikini muestra sus pechos de una forma que hace que mi boca se seque como el desierto de Sahara.

Sus piernas son largas y tonificadas, su cintura se curva de manera perfecta hacia unas caderas que mi cerebro reptiliano quiere agarrar. Cuando se ríe —y lo hace constantemente, porque es imposible estar cerca de esos niños sin sonreír— todo su cuerpo vibra con una alegría que es tan contagiosa como peligrosa.

«Es muy joven», me repito como un mantra. «Es muy joven.» «Es la profesora de tus sobrinos.» «Es la hermana de tu amigo.»

Pero mi cuerpo no parece estar escuchando mi lógica.

Emma está en el agua con ella, aferrada a su cintura mientras Sage la ayuda a «nadar» en círculos. Mi sobrina está radiante, más feliz de lo que la he visto desde que llegamos aquí. Ethan está sentado en la orilla, con los pies en el agua, observando pero no participando. Es un progreso para él.

Parece a gusto con Sage.

Sage, que está ahora mismo levantando a Emma en brazos y haciéndola girar, provocando unos gritos de alegría que me llegan directamente al pecho.

Sage, cuyo trasero en ese bikini está haciendo que mi ropa vaquera se sienta incómodamente ajustada.

—Es muy buena con los niños, ¿verdad?

La voz me sobresalta tanto que casi doy un salto. Me giro para encontrarme con Dorothy Wellington de pie a mi lado, siguiendo mi mirada hacia el agua con una sonrisa maternal que sugiere que ha notado exactamente a qué —o más bien a quién— estaba mirando.

Mierda.

—Sí —consigo decir, aclarándome la garganta e intentando sonar como un adulto funcional en lugar de como un adolescente hormonalmente desequilibrado—. Parece que... le gusta mucho su profesión.

Dorothy asiente, y hay algo en su expresión que me hace sentir como si estuviera siendo evaluado.

—Sage siempre ha tenido un don especial con los pequeños —dice—. Desde que era una cría ella misma. Solía recoger animales heridos, en realidad cualquier cosa que necesitase cuidado.

Hay algo en la forma en que lo dice, un orgullo maternal mezclado con algo más profundo, que me hace pensar en mi hermana Isabelle. En cómo ella también tenía esa luz natural, esa capacidad de hacer que el mundo fuese un poco más brillante solo con su presencia.

—Estoy segura de que mi hija va a darles mucho cariño a tus sobrinos —continúa Dorothy, y su voz se suaviza—. Siento mucho la pérdida de tu hermana, Dominic. No puedo ni imaginar lo difícil que debe de haber sido para ti y para esos angelitos.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. No porque sean crueles —todo lo contrario—, sino porque son exactamente lo que necesitaba oír y lo que más me duele escuchar al mismo tiempo.

—Gracias —digo, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. Ella... Isabelle habría adorado este lugar. Habría adorado ver a

Emma y a Ethan así de felices.

Dorothy me pone una mano en el brazo, un gesto maternal que hace que algo en mi pecho se contraiga peligrosamente.

—Estás en el lugar indicado para formar una familia, Dominic —dice con esa sabiduría que solo poseen las madres—. Sunset Valley es perfecto para criar niños. Y si no... —me sonríe con cariño— siempre puedes juntarte con la nuestra.

El pánico se apodera de mí como una marea fría. Me siento expuesto, como si Dorothy pudiese leer cada pensamiento inapropiado que he tenido sobre su hija en los últimos diez minutos. Como si supiera exactamente lo que estaba haciendo cuando me pilló mirando hacia el agua.

—Dom, mamá —la voz de Liam aparece como un salvavidas, interrumpiendo nuestra conversación—. ¿De qué estáis hablando?

Liam se acerca con una cerveza en la mano y una sonrisa relajada que solo aparece cuando está rodeado de familia. Lleva un bañador y una camiseta que está empapada, sugiriendo que también ha estado en el agua en algún momento.

—De tu hermana —responde Dorothy sin apartar esa mirada evaluadora de mí—. De lo buena que es con los niños.

Los ojos de Liam se iluminan como si acabasen de darle la mejor noticia del mundo.

—Oh, ¿verdad que sí? —dice, dando una palmada en mi hombro con entusiasmo genuino—. Dom, si alguna vez necesitas que alguien cuide de Emma y Ethan porque tienes alguna emergencia o simplemente necesitas un descanso, no dudes en decírselo. Sage estará encantada de ayudarte. Le encantan los críos, y ya has visto lo bien que se le dan.

Las palabras de Liam me golpean como un tren de mercancías y hacen que me imagine cosas que no debería.

Sage. En mi casa. Cuidando de Emma y Ethan.

Sage moviéndose por mi cocina, preparando la cena para mis sobrinos.

Sage sentada en mi sofá, leyendo cuentos antes de dormir.

Sage en mi espacio personal, llenando cada rincón de mi casa con esa energía luminosa que parece irradiar de ella de forma natural.

Sage quedándose hasta tarde, hasta que Emma y Ethan estén profundamente dormidos, y entonces...

Mi cuerpo reacciona de forma inmediata e incontrolable a la imagen. La sangre se precipita hacia el sur tan rápido que me deja mareado, y de repente mis vaqueros están peligrosamente ajustados.

Joder.

Me he puesto duro como una roca.

—Eso es... eso es muy amable —consigo decir, aunque mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos.

Intento disimuladamente ajustar mi erección, girándome ligeramente para que la postura me proporcione algo de cobertura. Lo último que necesito es que la madre de Sage note que su hija me pone duro solo de pensar en ella en mi casa.

—No es amabilidad —dice Liam, completamente ajeno a mi crisis interna—. Es lo que significa tener una familia. Y tú ya eres parte de la nuestra, te guste o no. Lo comenzaste a ser cuando decidiste mudarte a nuestro pueblo.

Familia. La palabra resuena en mi cabeza de formas que no puedo procesar ahora mismo, no cuando estoy luchando contra una erección que amenaza con hacerse evidente para toda la celebración.

Miro hacia el agua otra vez, buscando alguna distracción que me ayude a calmarme, y es el peor error que podría haber cometido.

Sage está saliendo del agua, y el bikini empapado se pega a cada curva de su cuerpo como una segunda piel. Las gotas se deslizan por su piel bronceada, desde el valle entre sus pechos hasta la curva de su cintura, y cuando se agacha para recoger una toalla, la vista de su trasero perfecto en ese bikini hace que algo primitivo en mí gruña de aprobación.

Es en ese momento cuando ella se gira y mira en mi dirección.

Nuestros ojos se encuentran a través del espacio que nos separa, y puedo ver el momento exacto en que nota mi mirada. Sus mejillas se sonrojan, pero no aparta los ojos. Durante un segundo que se alarga como una eternidad, siento como si fuésemos las únicas dos personas en toda la fiesta.

Como si pudiera leer la tensión que está consumiéndome de adentro hacia afuera.

Como si supiera exactamente lo que me está haciendo y le gustase.

Y entonces un niño corre hacia ella gritando, y el momento se rompe.

Pero el daño ya está hecho.

Mi cuerpo está completamente tenso, cada músculo contraído, mi respiración superficial. Si no me alejo de aquí ahora mismo, voy a hacer algo de lo que me arrepienta.

—Será mejor que vaya a comprobar cómo están los niños —digo bruscamente, alejándome de Liam y Dorothy antes de que puedan responder.

Pero mientras camino hacia donde Emma está construyendo montañas de piedra con renovado entusiasmo, puedo sentir la mirada de Sage siguiéndome.

Y esa sensación hace que cada paso sea una tortura exquisita.

Porque al final del día, no importa cuánto me repita que es demasiado joven, demasiado inocente, demasiado complicado.

No importa cuánto intente convencerme de que mantener la distancia es lo correcto.

Mi cuerpo ya ha tomado una decisión.

Y Sage Wellington va a ser mi perdición.

CAPÍTULO 7

SAGE

Me despierto antes de que suene el despertador con mariposas del tamaño de águilas revoloteando en mi estómago.

Hoy es el primer día de clases. El día que llevo esperando y temiendo a partes iguales durante todo el fin de semana.

Y no sólo porque vaya a conocer oficialmente a mi nueva clase de veinte pequeños que van a depender de mí durante los próximos nueve meses. No, las mariposas tienen más que ver con cierto doctor de ojos azules y mandíbula cincelada que va a aparecer por mi aula en... —miro el reloj— dos horas y media.

Dominic. El hombre que me mira como si fuese una molestia que tiene que soportar, y que por alguna razón inexplicable, consigue ponerme más nerviosa que cualquier inspector de educación.

Me levanto de la cama con las piernas un poco temblorosas y me dirijo hacia la ducha. El agua caliente debería relajar la tensión que se ha instalado en mis hombros, pero no funciona. Nada va a funcionar hasta que pase este primer encuentro y me demuestre a mí misma que puedo ser la profesional competente que se supone que soy.

Me visto cuidadosamente con un vestido azul marino que me llega hasta las rodillas —apropiado, serio, que grita «soy una educadora respetable»— y me recojo el cabello en un moño bajo que espero que me haga parecer mayor y más experimentada. Los zapatos de tacón bajo completan el conjunto, el uniforme perfecto para una maestra que tiene todo bajo control.

Aunque por dentro me sienta como si fuese a vomitar.

Llego al colegio una hora antes de que empiecen las clases, necesitando tiempo para asegurarme de que todo está perfecto. Mi

aula es mi santuario, el espacio que he diseñado con amor obsesivo durante las últimas dos semanas. Las paredes están cubiertas de colores alegres, rincones de lectura acogedores, estaciones de actividades que invitan a explorar y crear.

Es el aula que siempre soñé tener cuando era pequeña. El lugar donde puedo hacer que mis niños se enamoren del aprendizaje.

Repaso mi lista mental por quinta vez: nombres de todos los alumnos memorizados, actividades del primer día planificadas al minuto, materiales preparados, contacto de emergencia de cada familia archivado. Todo controlado. Todo perfecto.

Excepto que mis manos tiemblan ligeramente cuando reorganizo los lápices de colores por sexta vez.

El sonido de voces en el pasillo me alerta de que las primeras familias han empezado a llegar. Mi corazón se acelera automáticamente, pero consigo respirar hondo y activar mi sonrisa de profesora: cálida, acogedora, competente.

Los primeros niños que entran son Sarah y Tommy Morrison, acompañados por su madre, que me saluda con una familiaridad que viene de años de interacción en el pueblo. Después llegan los gemelos Peterson, luego Jake Sullivan con su padre, después Amy y Lucas...

Y entonces la puerta se abre y mi mundo entero se tambalea.

Dominic Kane aparece en el marco de la puerta como una aparición salida de mis fantasías más inquietantes. Lleva un traje gris oscuro que se ajusta a su cuerpo de una manera que debería ser imposible, ¿cómo puede tener tantos músculos si es un cirujano?, y esa camisa blanca que contrasta perfectamente con su piel bronceada. Está recién afeitado, su cabello negro peinado con esa perfección casual que debe requerir más producto del que yo uso en una semana.

Está absolutamente impresionante.

Y me está mirando con una expresión fría que ya conozco, como si mi sola presencia fuese una inconveniencia que tiene que tolerar por el bien de sus sobrinos.

Emma aparece inmediatamente a su lado, radiante con un vestido rosa y su pelo recogido en coletas perfectas. Pero es Ethan quien

capta mi atención: medio escondido detrás de su tío, aferrado a su pierna como si fuese un salvavidas, con esos ojos azules llenos de una ansiedad que me parten el corazón.

—Buenos días —digo, y milagrosamente mi voz suena normal—. Emma, Ethan, me alegro muchísimo de volver a veros.

—¡Buenos días, señorita Sage! —Emma prácticamente salta de emoción—. ¡Qué bonita es la clase! Hay libros y pinturas y... ¿podemos sentarnos donde queramos?

—Cada uno tiene su sitio especial —explico, dirigiéndome hacia ellos, pero manteniendo cuidadosamente la distancia con Dominic—. Te he puesto junto a la ventana porque me dijiste que te gustaban las montañas.

Los ojos de Emma se iluminan llenos de felicidad.

—¿En serio? ¿Puedo ver las montañas desde mi mesa?

—Claro, te lo enseño.

Emma corre hacia donde le señalo, pero Ethan no se mueve ni un milímetro. Sus pequeños dedos están aferrados al pantalón de su tío con tanta fuerza que los nudillos se le han puesto blancos.

Es entonces cuando no tengo más remedio que mirar directamente a Dominic. Sus ojos azules me estudian con una intensidad que hace que se me seque la boca, pero no hay nada cálido en esa mirada. Es evaluación pura, como si estuviese catalogando cada uno de mis defectos para decidir si soy lo suficientemente buena para cuidar de lo más preciado que tiene.

La conclusión, claramente, es que no.

—Ethan —digo suavemente, agachándome para ponerme a su altura e intentando ignorar la tensión que emana de su tío—, ¿te acuerdas de mí? Soy Sage, la que te pintó la montaña en el lago.

Ethan me mira con esos ojos que han visto demasiado para un niño de su edad, pero asiente casi imperceptiblemente.

—Tu mesa está justo al lado de la de Emma —continúo—, y ¿ves ese rincón de allí? Está lleno de libros sobre rocas y montañas. He pensado que te gustaría explorarlo cuando terminemos nuestras actividades.

Veo el momento exacto en que la curiosidad empieza a ganar la batalla contra el miedo. Sus ojos se mueven hacia el rincón que le

he señalado, donde he colocado estratégicamente una colección de libros de ciencias adaptados para niños.

—¿Hay libros sobre rocas de verdad? —pregunta con esa voz baja que me encoge el corazón.

—Claro. Tengo libros sobre rocas, minerales, volcanes... todo lo que se te ocurra.

—¿Y... y si necesito hablar con mi tío?

La pregunta me golpea directamente en el pecho. Este niño pequeño y dolido está intentando ser lo suficientemente fuerte como para separarse de la única persona en la que confía completamente.

—Podemos llamarle cuando quieras —digo—. ¿Te gustaría que cogiese su número ahora para que puedas comprobar que funciona?

Ethan asiente con tal alivio que tengo que parpadear rápidamente para no emocionarme.

—Doctor Kane —digo, mirando hacia Dominic sin conseguir descifrar su expresión—, ¿podrías darme tu número para que Ethan sepa que podemos contactar contigo si lo necesita?

Dominic recita su número con voz profesional y controlada y por alguna razón su frialdad me saca de quicio. Cuando marco y su teléfono suena inmediatamente, Ethan sonríe por primera vez desde que ha entrado en el aula.

—Funciona —dice, claramente aliviado.

—Perfecto. Ahora, ¿quieres que te enseñe tu mesa?

Ethan asiente y, milagrosamente, suelta la pierna de su tío para seguirme hacia donde Emma ya está explorando su nuevo territorio.

—Gracias —dice Dominic detrás de mí, y su voz tiene esa cualidad grave que hace que se me erice la piel—. Por... por entender lo que necesitaba.

Me giro hacia él, luchando por mantener mi expresión profesional a pesar de que su proximidad hace que el aire parezca más denso.

—Simplemente estoy haciendo mi trabajo, doctor Kane —digo, y mi voz sale más cortante de lo que pretendía. No quiero que por nada del mundo se dé cuenta de que me parece atractivo. Estoy segura de que si lo descubriese sacaría a los niños no solo de la escuela sino también se los llevaría de Sunset Valley—. Cuidar de mis alumnos es exactamente para lo que me pagan.

Algo cambia en su expresión, algo que podría ser sorpresa o quizás decepción. Sus ojos se endurecen ligeramente.

—Por supuesto —dice, y ahora su voz es igual de fría que la mía —. Simplemente... cuídelos bien, señorita Wellington.

—Siempre lo hago.

Nos miramos durante un momento tenso, como si fuésemos dos extraños evaluándose mutuamente. Y supongo que es exactamente lo que somos: dos personas que claramente no se caen bien pero que están obligadas a interactuar por el bien de Emma y Ethan.

—Tío Dom, ¿ya te vas? —la voz de Emma interrumpe nuestra batalla silenciosa.

—Sí, tengo algunas cosas que hacer —dice Dominic, su voz se vuelve inmediatamente más suave al dirigirse a sus sobrinos—. Pero vendré a recogeros esta tarde, ¿vale?

—¿Lo prometes? —pregunta Ethan, y hay una tensión en su voz que me hace pensar que ha hecho esa pregunta demasiadas veces antes.

—Lo prometo —dice Dominic, agachándose para abrazar a ambos niños con una ternura que contrasta brutalmente con la frialdad que me ha mostrado a mí—. Y si necesitáis cualquier cosa, la señorita Wellington tiene mi número.

Se incorpora, me dedica una última mirada que no sé cómo interpretar, y se dirige hacia la puerta.

—Que tengáis un buen día —dice desde el marco, aunque sus ojos están fijos en mí cuando lo dice, como si fuese más una advertencia que un deseo.

—Gracias —respondo, manteniendo mi tono profesional hasta el final.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, puedo sentir cómo toda la tensión que he estado manteniendo en mis hombros se libera de golpe. Lo he conseguido. He sobrevivido a este nuevo encuentro sin hacer el ridículo.

Entonces, ¿por qué me siento como si acabase de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando?

—Señorita Sage —dice Emma—, ¿estás bien? Pareces un poco triste.

—Estoy perfectamente, cariño —miento, activando mi sonrisa de profesora—. ¿Estáis listos para empezar el mejor año escolar de vuestras vidas?

Y mientras veinte pequeñas voces gritan «¡SÍ!» al unísono, me obligo a centrarme en lo único que realmente importa: hacer que estos niños se sientan seguros, queridos y emocionados por aprender.

Aunque eso signifique ignorar el hecho de que su tío acaba de conseguir que mi primer día como profesora titular sea infinitamente más complicado de lo que debería ser.

Y que, por alguna razón que no consigo entender, me molesta mucho más de lo que debería que Dominic Kane claramente no me soporte.

CAPÍTULO 8

DOMINIC

Una semana después

Salgo del colegio después de dejar a Emma y Ethan con esa sensación de alivio que siento cada mañana cuando consigo evitar cualquier interacción innecesaria con Sage Wellington.

Ha pasado una semana. Una semana entera de «Buenos días, doctor Kane» y «Buenos días, señorita Wellington» intercambiados con la frigidez de dos desconocidos educados. Una semana fingiendo que no noto cómo se le iluminan los ojos cuando ve a mis sobrinos, o cómo se muerde el labio inferior cuando está nerviosa.

Una semana intentando convencerme de que esta rutina de distancia profesional es exactamente lo que deseo.

—¡Dom! ¡Dominic, espera!

La voz de Liam me hace detenerme justo cuando estoy a punto de salir del recinto. Me giro para verlo corriendo hacia mí desde el aparcamiento del colegio con una expresión que conozco demasiado bien. Es la misma cara que ponía en la universidad cuando necesitaba que alguien le ayudase a hacer algún trabajo.

—Liam —digo, sin molestarme en ocultar mi fastidio—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Te estaba buscando. He visto tu coche en el aparcamiento y he pensado que aún estarías dentro. —Se detiene frente a mí, claramente sin aliento—. Necesito hablar contigo. Es urgente.

—¿Qué ha pasado?

—El doctor Harrison ha tenido un percance. Se ha roto el brazo y la pierna en un accidente de moto esta mañana. Va a estar de baja al menos dos meses.

Siento una punzada de genuina preocupación. Harrison es un buen hombre, y la idea de que esté herido me sienta mal.

—Joder. ¿Está bien? Quiero decir, aparte de las fracturas...

—Estará bien, pero necesita tiempo para recuperarse. —Liam se pasa una mano por el pelo—. El problema es que no podemos quedarnos sin médico en el pueblo durante dos meses. Dom, necesito pedirte un favor.

Y ahí está. Puedo ver exactamente hacia dónde va esta conversación y no me gusta ni un pelo.

—No —digo antes de que pueda continuar.

—Ni siquiera has oído lo que iba a pedirte.

—No necesito oírlo. Sé lo que vas a decirme y la respuesta es no.

—Dom...

—Liam, he venido aquí para alejarme de la medicina, ¿recuerdas? Para centrarme en Emma y Ethan. No para meterme de cabeza otra vez en consultas y pacientes.

—Solo serían dos meses. Cuatro horas por la mañana, cuatro por la tarde. Nada del otro mundo.

—¿Nada del otro mundo? —Le miro como si se hubiera vuelto loco—. Liam, soy cirujano plástico. No he trabajado como médico de cabecera desde la residencia.

—No me vaciles, Dom —dice con esa sonrisa que me recuerda por qué éramos amigos en la universidad—. Sabes perfectamente cómo ser médico de cabecera. Tenías las mejores notas de tu promoción en medicina interna.

—Eso fue hace más de quince años.

—La medicina no se olvida y lo sabes.

Me apoyo contra la valla, sintiendo cómo la trampa se cierra a mi alrededor. Liam siempre ha sido jodidamente persuasivo, pero esto es diferente. Esto es personal.

—Aunque quisiera hacerlo, que no quiero, no podría. Tengo dos niños pequeños que cuidar, Liam. No puedo dejarlos con cualquiera.

—¿No tienes niñera?

—No. Katherine solo vino con nosotros para que nos instalásemos. Yo soy el que me estoy haciendo cargo de ellos porque es lo que he querido. Y no pienso contratar a ninguna

desconocida para meter en sus vidas. Emma y Ethan ya han sufrido bastantes cambios en los últimos años.

Liam se queda callado durante un momento, y puedo ver cómo las ruedas giran en su cabeza. Conozco esa expresión. Es la misma que tenía cuando ideaba planes para hacer alguna fiesta loca en la universidad.

—¿Y si no fuese una desconocida? —dice de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Ven conmigo.

Antes de que pueda protestar, ya está caminando hacia la entrada del colegio. Le sigo, principalmente porque quiero terminar esta conversación ridícula cuanto antes.

Liam se dirige directamente hacia el aula de Sage, y mi estómago se contrae automáticamente. Joder. ¿Por qué tiene que estar siempre tan condenadamente hermosa tan temprano por la mañana?

Está de pie junto a la ventana, vigilando a sus alumnos mientras juegan. Lleva un vestido verde que hace que sus ojos parezcan esmeraldas, y el sol matutino se filtra por su pelo creando un halo dorado que no tiene ningún derecho a resultar tan atractivo.

Liam golpea suavemente en el cristal de la puerta, y cuando ella se gira y nos ve, puedo observar el momento exacto en que su expresión se tensa. Sus ojos van de Liam a mí, y puedo ver la pregunta no formulada en su rostro.

Abre la puerta con cautela.

—Liam, doctor Kane —dice, manteniendo esa distancia profesional que hemos perfeccionado durante la última semana—. ¿Pasa algo?

—Sage, necesito hablar contigo. Con los dos, en realidad. ¿Puedes salir un momento?

—Estoy con mis alumnos...

—Es urgente. Es un asunto del pueblo.

La veo vacilar, mirando hacia su clase llena de niños.

—Señora Richards —le grita Liam a la directora, que para mi desgracia acaba de aparecer por el pasillo—. ¿Podría supervisar la clase de Sage un momentito? Es un asunto municipal urgente.

La directora asiente y se dirige hacia el aula sin hacer preguntas. El privilegio de ser el alcalde, supongo.

—Muy bien —dice Sage, saliendo al pasillo y cerrando la puerta tras de sí cuando entra la directora—. ¿De qué se trata?

—El doctor Harrison ha tenido un accidente —explica Liam—. Va a estar de baja dos meses. Necesitamos que Dom le sustituya.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —pregunta Sage, claramente confundida.

—Dom no puede sustituirle porque no tiene quién cuide de Emma y Ethan. Pero tú podrías hacerlo.

El silencio que sigue a sus palabras es tan denso que podría cortarse con un bisturí.

No me jodas.

—¿Qué? —La voz de Sage sale como un graznido.

—Es perfecto —continúa Liam, como si acabase de resolver el mayor problema del mundo—. Ya conoces a los niños, eres su profesora, tienes experiencia...

—No —decimos Sage y yo al mismo tiempo, con tal vehemencia que Liam parpadea sorprendido.

—¿Por qué no? Es la solución perfecta.

—Es una idea terrible —dice Sage, y puedo ver cómo el pánico se apodera de ella—. No puedo... yo no...

—Estoy de acuerdo con la señorita Wellington —digo, ignorando cómo mi cuerpo reacciona al estar tan cerca de ella en este pasillo estrecho—. Es completamente inapropiado.

—¿Por qué? —insiste Liam—. ¿Hay algún problema entre vosotros dos?

Sage y yo nos miramos durante una fracción de segundo, y la tensión es tan palpable que estoy seguro de que Liam puede sentirla.

—No hay ningún problema —miento—. Simplemente no creo que sea apropiado mezclar las responsabilidades profesionales de la señorita Wellington con el cuidado infantil.

—Su trabajo ES el cuidado infantil —replica Liam—. Y Emma y Ethan ya la conocen. Ya confían en ella.

—Liam —dice Sage con esa voz que usa cuando intenta ser razonable—, estoy segura de que el doctor Kane preferiría encontrar alguna otra solución...

—¿Qué otra solución? ¿Una niñera que viene de fuera? ¿Alguien que no conoce a los niños ni sus circunstancias? ¿O dejar al pueblo sin médico?

Liam está jugando sucio, y lo sabe.

—Mira —continúa—, sé que no es ideal, pero es solo por dos meses. Solo hasta que Harrison se recupere. Y el pueblo realmente nos necesita. La señora Morrison tiene diabetes y necesita revisiones regulares. Los Peterson tienen un bebé que necesita seguimiento. ¿Y si hay alguna emergencia? ¿Si alguien se rompe algo o tiene un infarto?

Maldito sea por usar el bienestar del pueblo contra nosotros.

—No es justo —murmura Sage.

—¿Qué no es justo?

—Usar a la gente para chantajearnos emocionalmente.

Liam tiene la decencia de parecer avergonzado durante exactamente dos segundos.

—No es un chantaje. Es la realidad. Necesitamos ayuda, y vosotros sois las únicas personas que podéis dárnosla.

Miro a Sage, que está mordiendo nerviosamente su labio inferior. Puedo ver la batalla interna que está librando, y una parte de mí —una parte muy pequeña y muy molesta— se pregunta si la idea le resulta tan absolutamente terrible como parece.

¿Tanto me odia?

La verdad es que Emma y Ethan ya confían en ella. La verdad es que no hay nadie más en este pueblo en quien confiaría para cuidar de mis sobrinos. La verdad es que, si tengo que dejarlos con alguien, prefiero que sea con ella que con cualquier desconocida.

La verdad también es que la idea de tener a Sage Wellington en mi casa todos los días, moviéndose por mi espacio personal, cuidando de lo más preciado que tengo, me aterra de una forma que no quiero analizar.

—¿Doctor Kane? —dice finalmente—. ¿Qué opina?

La miro durante un largo momento, estudiando su rostro. Puedo ver la aprensión en sus ojos, pero también algo más. Algo que podría ser determinación.

—Dos meses —digo finalmente, las palabras saliéndome como si fuesen cristales rotos—. Solo dos meses, y después se acaba.

—Solo dos meses —confirma, aunque su voz suena tan poco convencida como me siento yo.

—Genial —dice Liam, como si acabase de solucionar la paz mundial—. Dom, puedes empezar mañana mismo. La consulta abre a las ocho. Sage, ¿podrías pasarte por casa de Dom esta tarde para coordinaros?

—¿Esta tarde? —pregunta, y puedo ver cómo se le dilatan ligeramente las pupilas.

—Mejor cuanto antes —digo, tomando el control de la situación—. Si vamos a hacer esto, prefiero que sepas exactamente cómo funcionan las cosas en mi casa.

Hay algo en mi tono que hace que sus ojos verdes brillen con desafío.

—Por supuesto —dice—. A las seis, ¿te parece bien... *don mandón*?

Las palabras cuelgan en el aire entre nosotros como un reto. Puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de lo que acaba de decir, cómo sus mejillas se sonrojan ligeramente, pero no retira el comentario.

Don mandón.

Algo primitivo y peligroso se despierta en mi estómago. Nadie me ha hablado así desde... bueno, desde nunca. Nadie ha tenido las agallas de plantarme cara de esta manera, especialmente no una profesora de pueblo de veinticuatro años que debería sentirse intimidada por mí.

Pero no lo está. No está ni remotamente intimidada, y eso me pone más duro de lo que debería.

—Perfecto —digo, ignorando completamente su comentario, aunque mis ojos se entrecierran peligrosamente—. Nos vemos a las seis.

Me dirijo hacia la salida, pero me detengo justo antes de doblar la esquina.

—Y señorita Wellington —digo sin darme la vuelta—, espero que entienda que cuando se trata de Emma y Ethan, no acepto medias tintas.

—Entendido —responde, y el acero que detecto en su voz hace que algo en mi pecho se contraiga.

Cuando salgo del colegio, tengo las manos temblorosas y una tensión en la entrepierna que no debería estar ahí.

¿En qué coño me he metido?

Dos meses. Voy a pasar dos meses trabajando como médico de pueblo mientras Sage Wellington cuida de Emma y Ethan en mi casa. En mi espacio personal. Llenando cada rincón con esa energía que hace que mi autocontrol se tambalee.

Y, por si fuera poco, ha tenido las agallas de llamarme «don mandón» como si yo fuese algún tipo de dictador imposible, en lugar de un hombre intentando hacer lo correcto por dos niños traumatizados.

Subo al coche y me quedo sentado durante un momento, con las manos apretando el volante.

No tiene la culpa, me repito. Sage Wellington no tiene la culpa de ser tan condenadamente atractiva. No tiene la culpa de que mi cuerpo reaccione como si tuviese dieciséis años cada vez que está cerca. No tiene la culpa de que ver cómo trata a Emma y Ethan despierte instintos que no sabía que tenía.

Soy yo. Soy yo el que tiene que comportarse como el hombre controlado que siempre ha sido. Soy yo el que tiene que sobrevivir a dos meses de tenerla cerca sin hacer algo de lo que me arrepienta durante el resto de mi vida.

Soy yo el que tiene que resistir esa chispa desafiante en sus ojos que hace que quiera averiguar qué más se esconde debajo de toda esa dulzura profesional.

Dos meses.

Joder, estos dos meses van a matarme.

CAPÍTULO 9

DOMINIC

Estamos en la cocina terminando de merendar cuando me doy cuenta de que no puedo postergar esta conversación durante más tiempo. Emma está haciendo formas con las migas de su sándwich, creando lo que ella insiste en que es «un castillo de pan». Ethan ha terminado su merienda con esa precisión meticulosa que le caracteriza, no ha mezclado ni una pieza de fruta con otra.

Llevo tres años cuidando de ellos y todavía me fascina lo diferentes que son. Donde Emma ve aventuras, Ethan ve sistemas que entender. Donde ella encuentra el caos divertido, él busca patrones reconfortantes.

Y ahora tengo que alterar esos patrones.

—Chicos —digo, apartando mi propio plato—. Tengo que contaros algo importante.

Emma deja inmediatamente de jugar con sus migas y me mira con esos ojos azul claro que son un regalo y una tortura a la vez. Cada vez que la miro veo a Isabelle, veo a la hermana que perdí demasiado pronto.

—¿Es algo malo? —pregunta, con esa franqueza brutal que tienen los niños.

—No, pequeña. Pero sí va a cambiar un poco nuestras rutinas.

Ethan se pone inmediatamente tenso. Puedo ver cómo sus pequeños hombros se cuadran, cómo sus dedos se aferran al borde de la mesa. Los cambios siempre le asustan, le recuerdan que las cosas seguras pueden desaparecer sin previo aviso.

—¿Qué tipo de cambios? —pregunta con esa voz cuidadosa que usa cuando está preparándose para lo peor.

—El médico del pueblo se ha hecho daño en un accidente y no podrá trabajar durante un tiempo, así que me han pedido que lo sustituya.

—¿Vas a volver a ser médico? —La pregunta de Emma tiene un matiz de curiosidad más que de miedo.

—Solo temporalmente. Durante dos meses nada más. Pero eso significa que, por las tardes, cuando salgáis del colegio, tendré que estar trabajando.

Y aquí está la parte que he estado temiendo desde que salí de esa reunión con Liam y Sage. Su sicólogo me ha preparado para esto: los niños que han perdido a sus padres se aferran a las rutinas como salvavidas. Cualquier cambio puede desencadenar esa ansiedad primitiva de abandono que tienen metida en los huesos desde el accidente.

Me preparo para las lágrimas de Emma. Para la mirada de pánico absoluto que aparece en los ojos de Ethan cuando algo amenaza con alterar nuestro mundo cuidadosamente construido.

—Pero no os preocupéis —me apresuro a añadir—. Vais a estar con alguien muy especial. Alguien a quien ya conocéis y que se preocupa mucho por vosotros.

—¿Con quién? —pregunta Emma curiosa, inclinándose hacia delante en su silla.

—Con vuestra profesora. Con la señorita Sage.

Lo que sucede después me deja completamente descolocado.

Los ojos de Emma se agrandan hasta ocupar prácticamente toda su cara, y un grito de pura alegría sale de su garganta.

—¿¡LA SEÑORITA SAGE!? —chilla, saltando literalmente de su silla —. ¿¡La señorita Sage va a venir a casa!?

—Sí, ella va a...

—¡ETHAN! —se gira hacia su hermano con una energía que podría alimentar toda Montana—. ¡Va a estar aquí! ¡En nuestra casa! ¡Con nosotros!

Y entonces veo algo que no había visto en meses: Ethan sonríe. No una sonrisa educada, sino una sonrisa real que hace que toda su cara se ilumine.

—¿De verdad? —pregunta, y por primera vez en esta conversación no hay ansiedad en su voz—. ¿De verdad ella va a cuidarnos?

—De verdad —confirmo, todavía procesando su reacción.

—¡Es la persona más amable del mundo entero! —explota Emma —. ¡Tío Dom, no sabes lo genial que es! ¡Siempre huele como las flores y cuando alguien está triste ella lo nota enseguida y lo abraza hasta que se siente mejor!

—Y sabe muchas cosas interesantes —añade Ethan, con esa timidez que me desarma cada vez—. Me enseñó que hay rocas que brillan en la oscuridad. Y me dijo que podía llevar mi colección de minerales para enseñársela a la clase.

—¡Y pone las voces más divertidas cuando lee cuentos! —continúa Emma—. ¡Como cuando lee sobre el dragón, hace una voz súper grave que da risa! ¡Y cuando lee sobre las princesas hace una voz muy elegante!

Los observo, completamente atónito. Durante tres años he luchado por ver exactamente esto: emoción genuina en sus caras. Alegría pura sin rastro de la tristeza que llevan cargando desde que sus padres murieron.

Y lo han encontrado en Sage Wellington.

Una parte de mí —la parte sensata— se siente aliviada. Si Emma y Ethan adoran a Sage, no voy a tener que lidiar con llantos cada tarde cuando llegue a casa después del trabajo. No voy a tener que convencer a Ethan de que sigo aquí, de que no he desaparecido para siempre.

Pero hay otra parte —una parte más profunda y más complicada — que se retuerce incómodamente ante su reacción. Porque sus caras no se iluminan así cuando hablan de pasar tiempo conmigo. Porque la perspectiva de estar con ella les emociona más que cualquier plan que yo haya hecho para nosotros.

Porque en apenas una semana, Sage ha conseguido llegar a ellos de una manera que yo, después de tres años de dedicar cada momento de mi vida a su bienestar, sigo intentando conseguir.

—Muy bien —digo, aclarándome la garganta—. Me alegra saber que os parece bien el plan. Pero ahora tenemos que seguir con

nuestras rutinas de la tarde. Emma, Ethan, id a lavaros las manos y después os ponéis a practicar piano.

La expresión de felicidad de Emma se atenúa ligeramente.

—¿Tenemos que practicar hoy también?

—Sí. Hay que practicar todos los días —digo con firmeza—. La constancia es la única manera de mejorar en cualquier tarea. Si queréis tener éxito en la vida, tenéis que aprender disciplina desde pequeños.

Ethan suspira casi imperceptiblemente, pero obedece sin protestar. Emma arrastra los pies de manera apenas perceptible, pero también se dirige hacia el baño.

Mientras los veo marcharse, puedo oír sus susurros emocionados sobre Sage, sobre lo fantástico que va a ser tenerla aquí, sobre todas las cosas divertidas que van a poder hacer con ella.

Y algo en mi pecho se contrae de una forma que prefiero no analizar demasiado.

CAPÍTULO 10

SAGE

Llego a la casa de Dominic exactamente a las seis, como hemos quedado, pero me quedo sentada en mi coche durante dos minutos completos simplemente... mirando a la mansión.

Dios mío. Esto no es una casa. Esto es una declaración.

La mansión se alza frente a mí como algo salido de una revista de arquitectura de lujo: tres plantas de piedra natural y madera que parecen crecer orgánicamente de la ladera de la montaña. Los ventanales enormes reflejan el cielo dorado del atardecer, y los jardines se extienden en terrazas perfectamente diseñadas hasta perderse entre los árboles.

Es impresionante. Es intimidante.

Es exactamente el tipo de casa donde una familia enorme sería increíblemente feliz.

La imagen se forma automáticamente en mi cabeza antes de que pueda detenerla: esta casa llena de niños corriendo por los pasillos, risas rebotando en esos techos altos, una cocina enorme llena del caos hermoso de preparar comidas para una docena de personas. Columpios en el jardín trasero, juguetes esparcidos por el salón, esa calidez acogedora que viene cuando una casa está realmente viva.

Y por alguna razón inexplicable, en esa fantasía no puedo evitar imaginar a Dominic en el centro de todo. Dominic riéndose mientras un niño pequeño trepa por su espalda. Dominic en la cocina ayudando con los deberes mientras se prepara la cena. Dominic...

Para ya, Sage. Para ahora mismo.

Estoy loca. Eso nunca va a suceder.

Salgo del coche antes de que mi imaginación pueda llevarme por caminos aún más peligrosos, pero mientras camino hacia la puerta

principal tengo que admitir algo que he estado evitando durante semanas: he dejado de engañarme a mí misma.

Dominic Kane me atrae. Me atrae de una manera que es completamente irracional, probablemente poco saludable, y definitivamente complicada. No puedo seguir fingiendo que esa tensión que siento cada vez que está cerca es solo incomodidad profesional.

Pero reconocer la atracción no significa que tenga que hacer algo al respecto. Significa que tengo que ser más cuidadosa, más profesional, más consciente de mantener los límites apropiados.

Puedo controlar esto. Puedo controlarme a mí misma.

Al menos, eso espero.

Toco el timbre y escucho el sonido profundo y elegante resonando dentro de la casa. Después, pasos acercándose por lo que debe de ser un vestíbulo enorme.

Cuando la puerta se abre, Dominic aparece delante de mí y mi determinación de mantener el control se tambalea inmediatamente.

Se ha cambiado el traje que llevaba esta mañana por unos vaqueros oscuros que se ajustan a sus piernas musculosas y una camisa de franela azul marino que hace que sus ojos parezcan aún más intensos.

Huele a esa colonia cara que ya reconozco y a algo más personal —jabón limpio, calidez masculina— que hace que quiera acercarme más.

—Sage —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre hace que algo se derrita en mi estómago—. Llegas puntual.

—Siempre lo soy —respondo, intentando sonar tranquila.

Se hace a un lado para dejarme entrar, y cruzo el umbral hacia... bueno, hacia lo que solo puede describirse como la perfección más absoluta.

El vestíbulo es enorme, con techos abovedados y una escalera curva que se eleva hacia el segundo piso como algo salido de una película. El suelo es de mármol y una araña de cristal cuelga como una joya suspendida del techo.

Pero no es solo la magnificencia lo que me deja sin aliento. Es la sensación de hogar que tiene todo. Los juguetes de Emma y Ethan

esparcidos por una mesa auxiliar. Una chaqueta pequeña colgada en el perchero junto a otra mucho más grande…

—Es preciosa —digo, girando lentamente para absorberlo todo.

—Gracias —responde, pero puedo sentir su mirada sobre mí mientras exploro.—. Ven, te enseño el resto.

Me guía a través de la planta baja, y cada habitación es más impresionante que la anterior. La cocina parece sacada de un programa de cocina profesional, toda en granito negro y electrodomésticos de acero inoxidable. El salón principal tiene ventanales que ofrecen vistas panorámicas del valle, con sofás de cuero que parecen lo suficientemente cómodos como para perderse en ellos durante horas.

Pero lo que más me llama la atención no son los acabados caros o las vistas espectaculares. Es cómo Dominic se mueve por su espacio: con esa confianza silenciosa de alguien que ha creado exactamente el refugio que necesitaba.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunto mientras pasamos por un comedor formal que claramente no se usa a menudo.

—Desde que nos mudamos a Sunset Valley.

Cuando llegamos a la sala de música, puedo oír el sonido del piano antes de verlos. Emma y Ethan están sentados en un banco compartido frente a un piano de cola negro que probablemente vale más que mi salario de tres años.

Emma está tocando algo que reconozco vagamente como una escala, pero sus deditos siguen perdiendo el ritmo. Ethan la espera pacientemente cada vez que se equivoca, y luego sigue con su parte.

Es adorable y ligeramente desgarrador al mismo tiempo. Son tan pequeños, tan serios, tan concentrados en hacer las cosas bien.

—¡Señorita Sage! —Emma me ve a través de la puerta de cristal e inmediatamente abandona el piano—. ¡Has venido de verdad!

—Por supuesto que he venido —digo, sonriendo automáticamente —. ¿Qué estabais tocando? Sonaba precioso.

—Escalas —dice Ethan con una resignación que me parte el corazón—. Tenemos que practicar una hora todos los días.

—¿Una hora? Vaya. Eso es mucho tiempo para unos músicos tan jóvenes.

Puedo sentir la mirada de Dominic sobre mí, y cuando me giro hacia él, su expresión es... indescifrable.

—Seguid practicando —les dice a los niños—. La señorita Sage y yo vamos a hablar en mi despacho.

Me guía por un pasillo hasta una habitación que grita «santuario masculino» en cada detalle. Estanterías llenas de libros médicos que van desde el suelo hasta el techo, un escritorio de madera oscura que podría alojar a una familia de cuatro personas, ventanas que dan a los jardines traseros.

—Siéntate —dice, señalando una silla de cuero frente a su escritorio.

Me siento en la silla, que es tan cómoda que podría quedarme dormida en ella, y saco un cuaderno pequeño del bolso. Si vamos a hacer esto, voy a hacerlo bien. Quiero que se dé cuenta de lo profesional que soy.

Dominic se instala detrás de su escritorio, y el cambio en su postura es inmediato. Se convierte en el ejecutivo, el hombre al mando, el que dicta las reglas.

—Vamos a repasar exactamente cómo van a funcionar las cosas —dice, con esa voz autoritaria que he llegado a reconocer.

—Adelante —digo, bolígrafo en mano.

—Cuando salgáis del colegio a las tres y media los traes directamente aquí. Sin paradas, sin desviaciones, sin actividades espontáneas.

Escribo en mi cuaderno, pero algo en su tono ya me está poniendo tensa.

—Cuando lleguéis a casa, tienen treinta minutos para merendar. Algo nutritivo: fruta, yogur natural, quizás algún sándwich. Nada de bollería industrial, nada de azúcar procesado, nada de porquerías.

—Entendido —murmuro, y sigo escribiendo.

—Después de la merienda, tienen que practicar una hora completa de piano. Sin excepciones. Emma va a intentar convencerte de que puede saltárselo, pero no puedes ceder ni una sola vez. La disciplina es fundamental para su desarrollo.

Levanto la vista del cuaderno.

—¿Una hora completa? ¿Para niños de siete años?

—Una hora completa —confirma sin pestañear—. Después del piano, es la hora de deberes: cualquier tarea que les hayas asignado, lectura supervisada, repaso de las lecciones del día. Quiero un registro detallado de todo lo que hacen y cómo lo hacen.

Dejo el bolígrafo sobre el escritorio.

—¿Algo más? —pregunto, intentando mantener mi voz neutral.

Aunque creo que está loco.

—Sí. Nada de televisión entre semana, nada de videojuegos, nada de tiempo libre no estructurado. Si hace buen tiempo, pueden jugar en el jardín trasero después de los deberes, pero siempre bajo supervisión directa.

Lo miro fijamente, procesando todo lo que acaba de decirme.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo finalmente.

—Por supuesto.

—¿Estás criando niños o entrenando soldados?

Veo el momento exacto en que mis palabras lo golpean. Sus ojos se entrecierran peligrosamente, puedo ver cómo se le hinchan las aletas de la nariz, cómo aprieta la mandíbula de una manera que sugiere que está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no responderme de una forma que probablemente me haría salir corriendo.

Es fascinante, la verdad. Es como ver a alguien conteniendo una explosión por pura fuerza de voluntad.

Y no puedo evitarlo. Me echo a reír.

—Dios mío —digo, riéndome hasta el punto de que me duelen las costillas—. No sabía que tenías tanto autocontrol. Es como ver a alguien aguantar la respiración bajo el agua.

Su expresión se vuelve aún más tensa, si eso es posible.

—Tranquilo —continúo, limpiándome las lágrimas de los ojos—. He escuchado todo lo que me has dicho. Quieres horarios militares, comida orgánica, piano obligatorio, diversión programada. Lo he pillado perfectamente.

Durante un momento largo e incómodo, nos miramos fijamente a través del escritorio. Puedo ver la lucha interna en sus ojos, esa

batalla entre la irritación y algo más que no sé identificar.

—Por supuesto —dice finalmente con voz controlada—, este es un acuerdo profesional. Te compensaré apropiadamente por las horas adicionales. El doble de tu salario como profesora debería ser...

—Para —le interrumpo, y mi diversión se evapora instantáneamente—. Para ahora mismo.

—¿Perdón?

—¿De verdad acabas de ofrecerme dinero? —me levanto de la butaca tan rápido que se tambalea—. ¿En serio piensas que estoy haciendo esto por dinero?

La confusión en su rostro me enfurece aún más.

—No soy tu empleada, Dominic —digo, y su nombre sale de mis labios como una acusación—. No soy tu niñera, no soy tu subordinada, y desde luego no soy alguien a quien puedes comprar.

—Sage...

—No —le corto—. Que te quede muy claro: estoy haciendo esto por Emma y Ethan, que se merecen estar con alguien que conocen y los aprecia. Lo estoy haciendo por la señora Morrison, que necesita sus revisiones de diabetes. Lo estoy haciendo por los Peterson y su bebé. Pero no lo estoy haciendo por ti.

Puedo ver cómo sus ojos se oscurecen, cómo algo cambia en su expresión. Hay una intensidad nueva ahí, algo que hace que el aire en la habitación se sienta súbitamente más denso.

—Entendido —dice con voz ronca.

—Bien —respondo, aunque mi corazón está latiendo tan rápido que estoy segura de que puede oírlo—. Y otra cosa más: deja de tratarme como si fuese tu empleada o como si fuese una cría. No soy ninguna de las dos cosas.

Se levanta lentamente de detrás del escritorio, y cuando saca una copia de llaves de la casa de un cajón y me las ofrece, nuestros dedos se rozan durante un momento que dura demasiado tiempo.

La descarga eléctrica es inmediata y devastadora.

—Empezamos mañana —dice, y su voz suena diferente. Más profunda, más áspera—. Cuando salgáis del colegio.

—Perfecto —consigo decir, guardando las llaves en mi bolso con dedos que no están del todo firmes.

Me acompaña hasta la puerta principal en un silencio que está cargado de algo que no sé cómo nombrar. Cuando llegamos al vestíbulo, me giro para mirarlo una última vez.

—Para que quede claro —digo—, voy a cuidar de Emma y Ethan como si fuesen míos. Pero no voy a convertirlos en pequeños soldados para satisfacer tu necesidad de control absoluto.

Sus ojos azules me estudian con una intensidad que hace que me sienta desnuda.

—Ha quedado claro —dice.

Cuando salgo de la casa y camino hacia mi coche, puedo sentir su mirada siguiéndome. Y justo antes de cerrar la puerta del conductor, escucho algo. Una voz masculina, tan baja que casi podría habérmela imaginado:

—Desgraciadamente, ya me he dado cuenta de que no eres una niña.

Me quedo inmóvil durante un momento, con la mano en la puerta del coche, preguntándome si realmente he oído lo que creo haber oído.

Pero cuando miro en su dirección, la puerta ya está cerrada.

Y mientras conduzco de vuelta a casa, no puedo quitarme de la cabeza la forma en que sonó su voz cuando dijo esas palabras.

Ni la forma en que algo en mi estómago se ha derretido al escucharlas.

CAPÍTULO 11

DOMINIC

Me despierto a las cinco y media de la mañana con una sensación que no había experimentado desde mi primer día de residencia: nervios puros y duros.

Hoy empiezo como médico de cabecera en Sunset Valley. Después de más de diez años dedicándome exclusivamente a la cirugía plástica de alta gama, voy a volver a los fundamentos básicos de la medicina. A las consultas generales.

Cuando llego al vestidor, me quedo de pie frente al armario. En Beverly Hills la elección era fácil: trajes de diseñador, camisas de seda, gemelos de oro. El uniforme del cirujano de élite.

Pero aquí... aquí no tengo ni idea de qué ponerme.

Al final opto por un traje gris oscuro de Hugo Boss, camisa blanca almidonada y corbata azul marino. Es mi armadura. Lo que me hace sentir competente, profesional, en control.

Cuando termino de vestirme, voy a despertar a Emma y Ethan. Los encuentro acurrucados en sus camas, con esa tranquilidad que solo tienen los niños cuando duermen.

—Buenos días, pequeños —digo suavemente, abriendo las cortinas para dejar entrar la luz dorada del amanecer.

Ethan se despierta inmediatamente, estirándose como un gato.

—¿Ya es hora de ir al colegio? —pregunta con voz somnolienta.

—Sí, campeón. Vamos a levantarnos.

Emma tarda más en despertarse, como siempre. Le ayudo a sentarse en la cama mientras frota sus ojos azules.

—¿Tío Dom? —dice con esa voz pequeña de recién despierta—. ¿Hoy empiezas a ser médico?

—Sí, princesa. Pero no te preocupes, todo va a seguir igual.

Los ayudo a vestirse: Emma elige su vestido rosa favorito, Ethan quiere ayuda para elegir su camiseta. Es una rutina que tenemos perfectamente coordinada después de tres años.

En la cocina, preparo sus desayunos mientras ellos se sientan en sus sillas habituales. Cereales integrales para los dos, fruta cortada en trozos pequeños, zumo natural. Todo medido, todo controlado, todo como debe ser.

—¿Vas a curar a la gente hoy? —pregunta Emma, balanceando las piernas bajo la mesa.

—Eso espero —digo, sirviéndome café que me sabe a cartón por los nervios.

Cuando llegamos al colegio Sage está en la puerta recibiendo a sus alumnos con esa sonrisa luminosa que hace que algo se afloje en mi pecho. Lleva un vestido amarillo que la hace brillar como un rayo de sol.

—Buenos días —me dice cuando Emma corre hacia ella gritando su nombre con pura alegría.

—Buenos días —respondo, intentando no fijarme en cómo Ethan también se acerca a ella con una timidez que está desapareciendo poco a poco—. Intentaré llegar a casa lo más pronto posible esta tarde.

—No te preocupes —dice, agachándose para abrazar a Emma—. Nosotros nos lo vamos a pasar genial. ¿Verdad, chicos?

Emma asiente con tanto entusiasmo que sus coletas rebotan. Ethan sonríe tímidamente, pero asiente también.

Hay algo en la forma en que lo dice, una calidez genuina que hace que me sienta... aliviado. Y eso me incomoda más de lo que debería.

—Gracias —digo, alejándome antes de que pueda convertirse en algo más complicado.

La consulta del doctor Harrison está en Main Street, en un edificio de ladrillo que debe de tener al menos cien años. Cuando entro, me recibe el olor a desinfectante mezclado con café recién hecho.

La sala de espera es... pintoresca. Hay sillas de plástico verde, revistas del 2019, y moqueta con un patrón floral que probablemente era ya fea incluso cuando era nueva. Es el opuesto absoluto de mi clínica de Beverly Hills, con sus suelos de mármol, sillones de cuero italiano y música ambiental.

—¿Doctor Kane?

Me giro hacia una mujer de unos sesenta años con un jersey de punto con gatitos estampados.

—Soy Sarah, su enfermera —dice, mirando mi traje con una expresión que podría ser admiración o lástima—. ¡Vaya, sí que viene elegante! Aquí somos más... informales.

Miro a mi alrededor. Sarah lleva vaqueros y zapatillas deportivas. A través de la ventana veo pasar a varios habitantes del pueblo en ropa de trabajo: franelas, botas, nada que cueste más de cincuenta dólares.

Me siento tan imbécil como si acabase de aparcar un Lamborghini en un aparcamiento de tractores.

—¿Todo bien? —pregunta Sarah, notando mi incomodidad.

—Perfecto —miento, aflojándome discretamente la corbata.

Me enseña la consulta: una habitación pequeña pero funcional con camilla, escritorio de metal y una ventana que da a un callejón donde un gato duerme al sol.

Es... rústico.

En Beverly Hills a esta hora ya estaría revisando las cirugías del día: rinotoplastias de quince mil dólares, aumentos de pecho de veinte mil. Procedimientos que requieren años de entrenamiento especializado, precisión milimétrica.

—Su primer paciente llegará en cinco minutos —dice Sarah—. La señora Collins. Viene por su «problema de espalda».

El tono sugiere que hay una historia ahí, pero no tengo tiempo de preguntar porque ya suena la campanilla de la entrada.

—¡Buenos días! ¡He venido a ver al nuevo médico guapo!

Perfecto. Simplemente perfecto.

Me siento en mi silla y entra una mujer de unos setenta años con el pelo de un color que la naturaleza jamás ha producido y me mira de arriba abajo como si fuese un postre particularmente apetitoso.

—¡Madre mía! —exclama—. Está usted como un tren, doctor Kane.

Y así es como empiezo mi primera consulta en Sunset Valley: siendo evaluado visualmente por una paciente que podría ser mi abuela.

—Buenos días, señora Collins —digo—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Mi espalda me está matando —dice, instalándose en la camilla con familiaridad—. Tengo un dolor terrible.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me caí en el jardín.

—¿Cuándo se cayó?

—En el otoño del 92.

Me quedo mirándola, procesando lo que dice.

—¿1992? ¿Hace treinta y cuatro años?

—Exacto. El doctor Harrison dice que no es nada, pero yo sé que algo me pasa. A lo mejor usted puede ver algo que él no veía. Al fin y al cabo, es cirujano.

En Beverly Hills acabaría de facturar cinco mil dólares por una consulta de rinotoplastia. Aquí estoy investigando un dolor de espalda de la era Clinton.

Paso quince minutos examinándola exhaustivamente. Todo está normal. Perfecto para una mujer de setenta años.

—Físicamente todo está bien, señora Collins.

—¿Pero el dolor está ahí! —protesta.

Claro que está ahí. Lleva treinta y cuatro años ahí. Probablemente va a estar ahí cuando colonicemos Marte.

—Le voy a recetar antiinflamatorio y fisioterapia —digo con la paciencia que me queda.

—¿Eso es todo? Pensaba que usted sabría algo más.

La expectativa en su voz me golpea. Soy «el especialista». El salvador. El que va a curar treinta años de dolor con magia médica superior.

—Señora Collins, algunas veces el dolor requiere un enfoque multidisciplinar...

—¿Puedo volver la semana que viene para contarle cómo me va?

—Por supuesto. Estaré encantado de atenderla —*miento, porque ¿qué más puedo decir?*

Mi segundo paciente es Bill Peterson, un hombre que parece un leñador y habla como si estuviese al borde de la muerte.

—Doctor, esto es terrible —dice, tocándose el cuello—. Nunca me había pasado algo así.

—¿Qué le ha pasado exactamente?

—Me quedé dormido en el sofá viendo la tele y ahora no puedo girar el cuello.

Me quedé dormido en el sofá. En el sofá. Y eso justifica una visita médica urgente...

Lo examino. Tiene una contractura muscular leve. Lo que en términos médicos se llama «tortícolis de sofá» y se cura con ibuprofeno.

—Del uno al diez, ¿qué nivel de dolor tiene? —pregunto por protocolo.

—Un nueve —dice dramáticamente—. Quizás un diez cuando giro así.

Un diez. La escala de dolor donde diez significa «córteme la pierna sin anestesia» y este hombre dice que su cuello de sofá es un diez.

—Tiene una contractura muscular, señor Peterson. Se cura con antiinflamatorio y estiramientos.

—¿Es grave?

—Para nada. Le durará dos o tres días máximo.

—¿Y si empeora?

—No va a empeorar.

—¿Y si necesito fisioterapia?

—No la necesita.

—¿Pero puedo volver si no mejora?

Por supuesto. Vuelva cuando se duerma en el otro sofá.

—Si no mejora en una semana, claro.

Mi tercera paciente llega estornudando como una epidemia andante. Ojos rojos, nariz congestionada, la imagen perfecta de la alergia estacional.

—Esto está siendo terrible este año —dice entre estornudos—. Mucho peor que otros años. Creo que puede ser algo serio.

Alergia estacional en otoño en Montana. Claramente debe ser la peste bubónica.

—¿Desde cuándo tiene síntomas?

—Desde que empezó la temporada de polen otoñal. Pero los estornudos son más... fuertes este año.

—¿Más fuertes?

—Y la mucosidad es más abundante.

Mucosidad más abundante. He pasado de reconstruir narices de modelos a discutir la abundancia relativa de mucosidad estacional.

—Es alergia estacional, señora Morrison. Le recetaré antihistamínicos, igual que han hecho todos los años.

—¿Está seguro de que no es algo más serio?

—Completamente seguro.

—¿Y si los medicamentos no funcionan este año?

—Funcionarán.

—¿Puedo llamarle si tengo dudas?

Claro. Llámeme cuando su mucosidad cambie de color o consistencia. Estaré esperando con anticipación.

—Por supuesto.

Mi último paciente de la mañana es Tyler. Tiene diecisiete años y entra con una expresión de terror absoluto.

—Tengo un bulto —susurra como si fuese un secreto de estado—. En la cara. Apareció ayer.

Se gira y se señala la frente, donde hay un bulto rojo e inflamado que cualquier adolescente del planeta reconocería inmediatamente.

Es un grano. Un grano impresionante, sí, pero un grano.

—Tyler, esto es acné.

—¿No es un tumor? Porque he mirado en internet y...

Internet. El destructor de la medicina moderna y la paz mental adolescente.

—Nunca busques síntomas médicos en internet. Es un grano. Te recetaré crema antibiótica y desaparecerá en una semana máximo.

—¿Está seguro? Porque es muy grande...

—Tyler, he estudiado durante medicina durante muchos años. Es acné.

—¿Y si no desaparece?

—Desaparecerá.

—¿Y si me queda cicatriz?

—No te quedará cicatriz si no te lo tocas.

Aunque probablemente te lo vas a tocar. Porque eres adolescente y eso es lo que hacen los adolescentes.

Cuando el chico se va, me quedo sentado en silencio, procesando mi mañana.

Cuatro pacientes. Dolor de espalda de treinta años, contractura de sofá, alergia estacional y acné adolescente.

En Beverly Hills estaría terminando alguna operación que habría requerido dos años de planificación. Estaría usando quince años de entrenamiento especializado para crear algo hermoso y funcional.

Aquí estoy explicando que los granos no son tumores.

Sarah asoma la cabeza.

—¡Qué bien lo ha hecho en su primera mañana! Los pacientes de la tarde llegan a las dos.

Más pacientes. Por supuesto.

Cuando se va, me aflojo la corbata y miro por la ventana hacia el gato, que sigue durmiendo plácidamente en el callejón. Parece tener la vida resuelta.

Al menos Sage estará cuidando de Emma y Ethan esta tarde. Al menos no tendré que preocuparme de eso también.

Es un gran consuelo.

Incluso si ese consuelo viene con sus propias complicaciones muy atractivas y peligrosamente tentadoras.

Solo tengo que sobrevivir durante dos meses.

Van a ser los dos meses más largos de mi vida.

CAPÍTULO 12

SAGE

Cuando suena la campana que marca el final de la jornada escolar, siento una burbuja de emoción expandiéndose en mi pecho. Hoy no es un día cualquiera. Hoy empiezo mi primera tarde oficial cuidando de Emma y Ethan.

—¡Sage! —grita Emma mientras recoge su mochila—. ¿Podemos irnos ya a casa?

—Casi, cariño. Primero tenemos que esperar a que todos vuestros compañeros se vayan con sus familias.

Veo cómo los otros niños salen corriendo hacia sus padres que esperan en el patio, y Emma y Ethan se quedan pacientemente a mi lado mientras yo termino de recoger mis cosas. Pero no es la paciencia resignada que me esperaba. Es expectación pura.

—¿De verdad vamos a pasar toda la tarde juntos? —pregunta Ethan, y hay algo en su voz que me dice que esto es tan especial para él como lo es para mí.

—Toda la tarde —confirmo, sonriendo—. ¿Estáis listos para vuestra primera aventura oficial conmigo?

Emma prácticamente rebota de emoción.

—¡Listos!

Mientras caminamos hacia mi coche, no puedo evitar sentir una burbuja de emoción expandiéndose en mi pecho. Por primera vez desde que los conozco, no voy a tener que mantener una distancia profesional con estos dos pequeños que se han metido directamente en mi corazón. Por primera vez, puedo simplemente... quererlos.

El trayecto hasta la mansión dura quince minutos, llenos de la charla incesante de Emma sobre todo lo que quiere mostrarme y las ocasionales contribuciones más tranquilas de Ethan sobre sus libros

favoritos y su colección de minerales. Cuando aparco frente a la casa, la sensación de hogar me golpea otra vez con una intensidad que me deja sin respiración.

Esta casa está hecha para ser amada. Está hecha para estar llena de risas y caos y vida.

—Vamos, vamos —dice Emma, tirando de mi mano en cuanto salimos del coche—. ¡Te voy a enseñar mi habitación!

Pero antes de que pueda seguirla escaleras arriba, me detengo en el vestíbulo y realmente absorbo el espacio. Sin Dominic aquí proyectando esa energía controlada e intensa, la casa se siente... diferente. Más cálida. Más acogedora. Como si pudiese respirar.

—¿Sabéis qué? —digo de repente—. Antes de ver vuestras habitaciones, ¿qué os parece si hacemos algo divertido?

—¿Qué tipo de divertido? —pregunta Ethan con esa cautela automática que me rompe algo por dentro.

—¿Os gusta cocinar?

Los ojos de Emma se agrandan como platos.

—¡Sí! ¡Pero tío Dom no nos deja tocar nada en la cocina porque dice que es peligroso!

Por supuesto que no los deja. Por supuesto que la cocina de su propia casa es territorio prohibido para dos niños de siete años.

Una chispa de rebeldía se enciende en mi pecho.

—Bueno —digo, sonriendo—, pues hoy vamos a hacer algo especial. Vamos a hacer galletas.

—¿Galletas? —Ethan se ilumina de una forma que no había visto antes—. ¿De verdad?

—De verdad de la buena. Pero primero tenemos que merendar algo sano, ¿vale?

Los llevo hacia la cocina, que es tan impresionante como recordaba: granito negro, electrodomésticos de acero inoxidable que brillan como espejos, una isla central que podría alojar a media docena de cocineros profesionales.

También está absolutamente impoluta. Tan limpia y ordenada que parece más un museo que un lugar donde cocina gente real.

—Vale —digo, abriendo la nevera—. Vamos a ver qué tenemos por aquí.

La nevera está perfectamente organizada, por supuesto. Frutas en un cajón, verduras en otro, todo etiquetado y fechado como si fuese un laboratorio. Saco manzanas, uvas y queso, y preparo un plato de merienda que cumple con los estándares nutricionales de Dominic.

—Muy bien —digo, poniéndoles el plato delante—. Primero comemos esto, y después hacemos galletas. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —dice Emma, atacando las uvas con entusiasmo.

Mientras ellos comen, exploro los armarios de Dominic, buscando los ingredientes para hacer galletas. Tiene todo lo que necesito: harina, azúcar, mantequilla, huevos, incluso chips de chocolate. Por supuesto que los tiene. Probablemente tiene todos los ingredientes del mundo, perfectamente organizados y sin usar jamás.

Porque estoy segura de que este hombre no ha hecho galletas en su vida.

—¿Estáis listos? —pregunto cuando terminan de merendar.

—¡SÍ! —gritan al unísono.

Y entonces empiezo a recordar las reglas que me dio Dominic. La hora de piano. Los horarios estrictos. La comida controlada.

«Después de la merienda, una hora completa de práctica de piano», escucho su voz grave y autoritaria en mi cabeza. *«Sin excepciones. La disciplina es fundamental.»*

Miro a Emma y a Ethan, que me están observando con esas caras de expectación pura, y tomo una decisión.

Al diablo con las reglas. Son unos niños.

—Vale, chicos —digo, atándome un delantal que encuentro en un cajón—. Vamos a hacer una clase de cocina. Ethan, tú vas a ser mi ayudante principal. Emma, tú vas a ser la jefa de mezclar. ¿Listos?

Lo que sigue es una hora de puro caos hermoso. Siento a Ethan en la encimera para que pueda alcanzar todos los ingredientes, y coloco a Emma en un taburete alto para que esté a la altura perfecta para ayudar. Les enseño a medir harina (la mitad acaba en el suelo), a mezclar mantequilla y azúcar (Emma se las arregla para mancharse hasta las orejas), y a formar bolitas perfectas de masa de galletas.

—¡Mira, Sage! —grita Emma, sosteniendo una bola de masa que más bien parece un meteorito deforme—. ¡He hecho una estrella!

—Es la estrella más bonita que he visto nunca —digo, ayudándola a colocarla en la bandeja.

Ethan está más concentrado, formando galletas perfectamente redondas con esa precisión que debe de haber heredado de su tío. Pero está sonriendo. Está sonriendo de verdad, y sus mejillas están sonrosadas de emoción, y en algún momento del proceso ha dejado de parecer un niño demasiado serio y ha empezado a parecer simplemente... un niño.

—¿Sabéis qué? —digo mientras meto la primera bandeja en el horno—. Sois los mejores ayudantes de cocina que he tenido nunca.

—¿En serio? —pregunta Ethan.

—De verdad de la buena. Y cuando vuestro tío Dom vuelva a casa, va a pensar que tiene a los mejores chefs del mundo viviendo con él.

Emma se ríe tan fuerte que resuena por toda la cocina, y el sonido es tan perfecto, tan lleno de alegría pura, que algo dentro de mi pecho se derrite completamente.

Esto. Esto es lo que estos niños necesitan. No horarios militares y práctica de piano obligatoria. Necesitan esto: risas, caos, la libertad de ser niños y ensuciarse y cometer errores.

Necesitan que alguien los vea como algo más que pequeños proyectos que perfeccionar.

Me encanta la sensación de poder estar con ellos.

DOMINIC

Llego a casa con la sensación de que me han atropellado mental y emocionalmente. Después de ocho horas navegando por las dolencias imaginarias del pueblo —incluyendo una mujer que estaba convencida de que tenía un tumor porque le había salido una verruga, y un hombre que quería que le recetase algo para la «fatiga existencial»—, lo único que quiero es silencio, orden, y quizás una copa de whisky muy grande.

Pero cuando abro la puerta principal, lo que me recibe no es el silencio habitual de mi casa perfectamente organizada.

Son... risas.

Risas altas, contagiosas, del tipo que no he oído en mi casa desde... bueno, desde nunca.

Me detengo en el vestíbulo, escuchando. Son Emma y Ethan, claramente, pero suenan... diferentes. Suenan como niños normales. Niños felices. El tipo de felicidad sin complicaciones que he estado intentando conseguir durante tres años sin éxito.

El sonido viene de la cocina, así que me dirijo hacia allí, aflojándome la corbata mientras camino. Probablemente Sage les esté leyendo algo, o quizás les haya puesto algún programa educativo mientras hacen los deberes.

Eso espero.

Pero cuando llego al marco de la puerta de la cocina y veo lo que está pasando dentro, me detengo tan abruptamente que casi tropiezo con mis propios pies.

La escena que tengo delante es tan inesperada, tan absolutamente opuesta a todo lo que esperaba encontrar, que por un momento mi cerebro simplemente se niega a procesarla.

Mi cocina —mi cocina inmaculada y perfectamente organizada— parece como si hubiese estallado. Hay harina espolvoreada por todas las superficies, huevos rotos, y lo que parece ser una explosión de azúcar en polvo cubriéndolo prácticamente todo.

Pero eso no es lo que me deja sin aliento.

Lo que me deja sin aliento es la mujer que está en el centro de todo ese caos hermoso.

Sage está descalza en mi cocina. Descalza. Sus zapatos están abandonados junto a la puerta como si se los hubiera quitado en cuanto entró, y hay algo sobre esa comodidad doméstica que hace que mi corazón lata demasiado rápido.

Lleva el mismo vestido de esta mañana, pero ahora tiene un delantal atado a la cintura —mi delantal, uno que ni siquiera sabía que tenía—, y está cubierta de harina desde el cabello hasta las muñecas. Su pelo se ha escapado de la cola de caballo y le cae en ondas desordenadas alrededor de la cara, y tiene una mancha de lo que parece ser masa de galletas en la mejilla.

Está preciosa. Está tan jodidamente preciosa que duele mirarla.

Pero es lo que está haciendo lo que realmente me destroza.

Ethan está sentado en mi encimera de granito, con las piernas colgando y una sonrisa que no le había visto desde... desde que Isabelle estaba viva. Sage tiene una mano apoyada en su espalda para asegurarse de que no se caiga, y con la otra le está ayudando a formar pequeñas bolas de masa.

Emma está de pie en un taburete alto, y Sage está prácticamente abrazándola desde atrás para mantenerla estable mientras ella mete galletas ya formadas en una bandeja. Está charlando animadamente sobre algo, gesticulando con las manos llenas de masa, y cada pocos segundos se gira hacia Sage para preguntarle algo o simplemente para sonreírle.

Y Sage... Sage las está respondiendo con esa paciencia infinita que he visto en el colegio, pero multiplicada por mil. Está completamente absorta en ellos, completamente presente en este momento, riéndose de sus bromas y celebrando sus pequeños logros como si fuesen los eventos más importantes del mundo.

La escena es tan hogareña, tan perfectamente familiar, tan exactamente lo que siempre imaginé que sería tener una familia real, que algo dentro de mi pecho se contrae hasta el punto del dolor físico.

Porque esto es lo que podría ser mi vida. Esto es lo que podría tener si las cosas fuesen diferentes. Si yo fuese diferente. Si fuese el tipo de hombre que merece tener algo así.

Si Sage no fuese catorce años más joven que yo.

Si no estuviese completamente jodido emocionalmente.

Si fuese capaz de hacerla feliz.

Si pudiese conseguir que alguien tan perfecto, tan luminoso, se fijase en mí como algo más que el tío controlador de sus estudiantes.

Pero incluso mientras mi corazón se parte con esa conclusión, otra reacción mucho más primitiva se apodera de mí.

Verla ahí, en mi cocina, descalza y maternal, cuidando de lo más preciado que tengo con esa naturalidad que parece nacer de algún lugar profundo dentro de ella... es la cosa más erótica que he visto en mi vida.

Quiero caminar hasta ella. Quiero rodearla con mis brazos desde atrás. Quiero sentir su cuerpo caliente contra el mío mientras susurro su nombre contra su cuello. Quiero averiguar si sabe tan dulce como parece.

La intensidad de mi deseo es tan repentina, tan abrumadora, que me deja literalmente sin respiración.

Y eso me aterra.

Me aterra lo mucho que la deseo. Me aterra lo perfecta que se ve en mi espacio. Me aterra lo fácil que sería enamorarme de ella completamente, irrevocablemente, si me permito dar, aunque sea un paso en esa dirección.

Así que hago lo de siempre cuando algo me asusta: ataco. Creo distancia.

—¿Qué está pasando aquí?

Mi voz sale mucho más dura de lo que pretendía, cargada de una autoridad que hace que los tres se sobresalten. Emma se tambalea ligeramente en su taburete, y Sage inmediatamente la estabiliza mientras gira hacia mí con esos ojos verdes muy abiertos.

—Dominic —dice, y puedo ver el momento exacto en que nota mi expresión—. Has llegado pronto.

—He llegado a la hora correcta —replico, entrando en la cocina y examinando el desastre—. ¿Qué es todo esto?

—Estábamos haciendo galletas —dice Sage, y hay algo defensivo en su voz que hace que mi temperamento empeore.

El horno pita en ese momento, y ella se gira para sacarlo, bajando primero a Emma del taburete con cuidado y apartando a Ethan de la encimera antes de dirigirse hacia el horno con guantes térmicos.

La veo moverse por mi cocina con una familiaridad que no debería tener, manejando mis cosas como si le pertenecieran, y algo feroz y territorial se despierta en mi estómago.

—Chicos —digo, sin apartar los ojos de Sage mientras saca una bandeja de galletas doradas del horno—. Id a lavaros las manos.

—Pero tío Dom... —empieza Emma.

—Ahora.

Salen corriendo, claramente percibiendo la tensión en mi voz, y me quedo solo con Sage en la cocina destrozada.

—¿Han practicado piano? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—No —dice, colocando la bandeja sobre la encimera sin mirarme.

—¿Perdón?

—Que no han practicado piano —repite, girándose hacia mí con esa actitud desafiante que me vuelve loco—. Han estado cocinando.

—Te dije específicamente...

—Me dijiste muchas cosas —me interrumpe, quitándose los guantes con movimientos bruscos—. La mayoría de ellas ridículas.

—¿Ridículas?

—Sí. —Se quita el delantal y lo deja sobre la encimera—. Sí, ridículas.

La rabia que siento es completamente desproporcionada con la situación, pero no puedo controlarla. No cuando está ahí de pie, desafiándome en mi propia casa, cuestionando cada decisión que he tomado sobre cómo criar a Emma y Ethan.

No cuando sé que tiene razón, y odio que la tenga.

—No tienes derecho —digo, acercándome a ella—. No tienes derecho a cambiar sus rutinas sin consultármelo.

—¿Sus rutinas? —Sage se acerca también, y ahora estamos demasiado cerca, tanto que puedo oler su champú mezclado con el aroma a vainilla de las galletas—. ¿Te refieres a esas rutinas que los tienen más tensos que adultos en miniatura?

—Esas rutinas les dan estabilidad.

—Esas rutinas les dan ansiedad.

—No sabes de qué hablas.

—Sé exactamente de qué hablo —dice, y hay fuego en sus ojos—. He visto a cientos de niños, Dominic. Y esos dos necesitan jugar, necesitan reírse, necesitan ser niños. No soldaditos perfectos.

Estamos tan cerca ahora que si me inclino apenas unos centímetros podría rozar sus labios con los míos. Puedo ver las motitas doradas en sus ojos verdes, puedo contar las pecas que tiene en la nariz, puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

Y quiero besarla tanto que me duelen hasta los dientes.

—Mañana —dice, abriendo los ojos abruptamente como si hubiera sentido la misma electricidad que yo—, seguiré tus instrucciones de

carcelero al pie de la letra. Porque aparentemente eso es lo que crees que les viene bien.

Antes de que pueda responder, Emma y Ethan irrumpen en la cocina corriendo.

—¿Podemos probar las galletas ya? —pregunta Emma, rebotando de la emoción—. ¡Huelen súper bien!

Sage y yo nos separamos como si nos hubiesen pillado haciendo algo que no debíamos, y puedo ver cómo se sonroja ligeramente.

—Por supuesto que podéis —dice, dirigiéndose hacia las galletas con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Pero primero dejadme recoger esto y...

—No —digo, más brusco de lo necesario—. Déjalo. Ya lo recojo yo.

Sage me mira durante un largo momento, y puedo ver la herida en sus ojos antes de que se agache para dar un beso en la frente a Emma y después a Ethan.

—Nos vemos mañana en el colegio, ¿vale? —les dice con una ternura que hace que algo se me rompa por dentro.

—¿Ya te vas? —pregunta Ethan, claramente decepcionado.

—Tengo que irme. Pero mañana seguiremos con las aventuras.

Los abraza una vez más, recoge sus zapatos y sale de la cocina sin mirarme.

Escucho la puerta principal cerrarse un momento después, y me quedo ahí de pie en mi cocina desordenada, rodeado del aroma a galletas caseras y con dos niños que me miran como si acabase de arruinar el mejor día de sus vidas.

Lo cual, probablemente, es exactamente lo que he hecho.

—¿Por qué has sido malo con la señorita Sage? —pregunta Emma en voz baja.

No sé qué responder a eso. Porque la verdad —que estoy aterrorizado de lo que siento por ella, que verla en mi cocina me ha mostrado exactamente lo que quiero y nunca podré tener— no es algo que pueda explicarle a una niña de siete años.

—No he sido malo —miento—. Solo... tenía que hablar con ella de cosas de adultos.

Pero incluso mientras lo digo, sé que es mentira. He sido un gilipollas porque estoy asustado. He sido cruel porque la deseo tanto que me duele físicamente.

Y mientras limpio la harina de mis encimeras y recojo los restos de la tarde perfecta que Sage había creado para mis sobrinos, una realidad se asienta en mi pecho como una piedra fría.

Tener a Sage Wellington en mi casa, cuidando de Emma y Ethan, siendo parte de nuestras vidas, aunque sea temporalmente, va a ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

Porque ya no se trata solo de resistir la atracción.

Se trata de resistir la tentación de permitirme imaginar que esto puede ser real.

Y no estoy seguro de tener la fuerza para hacerlo.

CAPÍTULO 13

SAGE

Me despierto con un nudo en el estómago que no consigo explicarme del todo.

Bueno, sí que puedo explicármelo. Es la culpa. La culpa por haber desafiado a Dominic ayer en su propia casa, por haber ignorado completamente sus instrucciones, por haber convertido su cocina inmaculada en una zona de guerra cubierta de harina.

Pero también es por algo más. Es por el recuerdo de la imagen de sus ojos cuando me miraba en la cocina, esa intensidad que hizo que el aire se volviera espeso entre nosotros. Es la forma en que se acercó tanto a mí que podía sentir el calor de su cuerpo, oler su aftershave mezclado con algo más personal y masculino que hizo que algo instintivo dentro de mí se despertase.

Y es la forma en que se puso borde inmediatamente después, como si mi presencia fuese una molestia que tenía que soportar.

Me ducho intentando lavarme la frustración, me visto con un conjunto azul marino que grita «profesional y competente», y me recojo el cabello en un moño bajo que espero que me haga parecer seria. Hoy voy a seguir sus instrucciones al pie de la letra. Voy a ser la niñera perfecta que claramente quiere que sea.

Aunque me mate por dentro.

El día en el colegio pasa en una nube de actividades rutinarias: matemáticas, lectura, arte. Emma y Ethan participan como siempre, pero puedo ver algo diferente en sus ojos. Una expectación que no estaba ahí antes de ayer. Como si ahora supieran que las tardes pueden ser algo más que horarios y obligaciones.

Cuando suena la campana del final del día, siento esa familiar burbuja de emoción, pero esta vez viene mezclada con aprensión.

—¿Listos para irnos a casa? —pregunto, intentando sonar alegre.

—¡Sí! —grita Emma—. ¿Vamos a hacer más galletas?

—Hoy no, cariño. Hoy vamos a seguir vuestras rutinas habituales.

Veo cómo su cara se ensombrece ligeramente, pero asiente sin protestar. Ethan no dice nada, pero puedo ver la decepción en sus ojos.

El trayecto hasta la mansión es más silencioso que ayer. No hay charla emocionada sobre aventuras. Solo el sonido del motor de mi coche y el peso de las expectativas no cumplidas.

Cuando llegamos a casa, los llevo directamente a la cocina para la merienda reglamentaria. Fruta cortada en trozos precisos. Yogur natural. Un vaso de leche para cada uno.

—Vamos a merendar —digo—. Y después... piano.

La palabra sale de mi boca como si fuese veneno.

—¿Una hora entera? —pregunta Emma, con esa voz suave que me parte el corazón.

—Una hora entera —confirmo, odiándome a mí misma—. Vuestro tío dice que es importante para vuestro desarrollo.

Ethan asiente con esa resignación que me resulta dolorosa en un niño de siete años.

Después de la merienda, los acompaño a la sala de música. El piano de cola negro domina la habitación como un monumento a la disciplina obligatoria. Emma y Ethan se sientan en el banco compartido con los hombros ya tensos.

—Empezamos con las escalas —dice Ethan, colocando sus deditos sobre las teclas con precisión mecánica.

Me instalo en una silla junto a la ventana, para supervisar, pero en realidad para torturarme viendo cómo dos niños que deberían estar jugando en el jardín se ven obligados a repetir ejercicios monótonos durante una hora completa.

El sonido de las escalas llena la habitación. Do, re, mi, fa, sol, la, si, do. Una y otra vez. Emma se equivoca en el fa sostenido, suspira, y vuelve a empezar. Ethan la espera pacientemente antes de continuar con su parte.

Son tan pequeños. Tan buenos. Tan obedientes.

Me duele físicamente verlos así.

Estoy mirando por la ventana, intentando no pensar en lo rígido que es todo esto, cuando la voz de Emma me saca de mis pensamientos.

—¿Sage?

Me giro hacia ella. Ha parado de tocar y me está mirando con esos ojos azules llenos de preocupación.

—¿Estás triste? —pregunta—. Pareces triste.

—¿Triste? No, cariño. ¿Por qué iba a estar triste?

—Por lo de ayer —dice, con esa honestidad brutal que tienen los niños—. Por enfadarte con el tío Dom.

Me quedo helada. Por supuesto que se dieron cuenta. Por supuesto que dos niños que han aprendido a leer las emociones de los adultos como mecanismo de supervivencia notaron la tensión entre Dominic y yo.

—No me enfadé con vuestro tío —miento suavemente—. Solo... teníamos opiniones diferentes sobre algunas cosas.

—El tío Dom se enfada mucho —dice Emma, volviendo a colocar los dedos sobre las teclas—. Sobre todo desde que...

Se detiene, como si hubiera estado a punto de decir algo que no sabe si debía.

Es Ethan el que termina la frase, con esa voz tranquila que usa cuando dice cosas importantes.

—Desde que mamá murió.

Las palabras me golpean como un martillo en el estómago. Sé que Emma y Ethan viven con Dominic, sé que algo pasó con sus padres, pero nadie me ha contado nunca los detalles. Y oírlo dicho así, tan simple y devastadoramente claro, me deja sin respiración.

—Era la hermana del tío Dom —continúa Ethan, girándose hacia mí en el banco—. Como Emma es mi hermana. Y cuando ella murió, él se puso muy triste. Y muy enfadado. Nosotros también.

—¿Vuestra mamá...? —empiezo a preguntar, pero la voz se me quiebra. Ni siquiera sé qué decir.

—Mamá y papá tuvieron un accidente de coche —dice Emma, con esa tranquilidad terrible que viene de haber tenido que explicar esto

demasiadas veces—. Y el tío Dom vino a buscarnos y ahora cuida de nosotros.

Se me llenan los ojos de lágrimas antes de que pueda detenerlas. Estos dos niños pequeños, que han perdido a sus padres, que han sido arrancados de la única vida que conocían, que han tenido que aprender a vivir con el peso del dolor de su tío además del suyo propio.

Y Dominic. Dominic, que perdió a su hermana y se hizo cargo de dos niños traumatizados cuando probablemente él mismo se estaba desmoronando por dentro.

—Venid aquí —digo, abriendo los brazos.

Emma se baja del banco inmediatamente y corre hacia mí. Ethan la sigue más despacio, pero viene. Los abrazo contra mi pecho, sintiendo cómo sus pequeños cuerpos se acurrucan contra mí como si hubieran estado esperando permiso para dejar salir todo lo que llevan guardado dentro.

—Echo de menos a mamá —susurra Emma contra mi cuello, y su voz se quiebra—. Echo de menos cuando nos leía cuentos y cuando hacía galletas con nosotros y cuando se reía mucho.

—Y echo de menos a papá —añade Ethan, su voz amortiguada contra mi hombro—. Echo de menos cuando nos llevaba al parque y cuando jugaba con nosotros al fútbol y cuando nos hacía cosquillas hasta que no podíamos parar de reír.

Los sollozos empiezan entonces. Sollozos profundos y desgarradores que vienen de algún lugar muy hondo dentro de ellos. Los abrazo más fuerte, sintiendo cómo mis propias lágrimas caen silenciosamente en su pelo. No quiero asustarlos con mi propio llanto, pero no puedo evitarlo.

Estos niños han perdido tanto. Lo han perdido todo.

Y Dominic... Dominic ha estado intentando ser madre y padre y tío y todo lo que necesitan, mientras lidia con su propio duelo. Ha estado intentando mantenerlos seguros de la única forma que sabe: controlando cada variable, cada momento, cada riesgo posible.

—Os quiero mucho —susurro contra sus cabezas—. Os quiero muchísimo, ¿lo sabéis?

—¿Nos quieres aunque no seamos tus hijos? —pregunta Emma, levantando su carita manchada de lágrimas.

—Os quiero porque sois vosotros —digo, limpiándole las mejillas con cuidado—. Porque sois Emma y Ethan, y sois maravillosos, y cualquiera que os tenga en su vida es muy afortunado.

—¿El tío Dom también nos quiere? —pregunta Ethan, con esa inseguridad que me parte en dos.

—El tío Dom os ama con locura —digo con toda la convicción del mundo—. Os adora tanto que a veces se asusta de perderos. Por eso quiere que todo sea perfecto y seguro. Porque no podría soportar que os pasase algo malo.

Nos quedamos abrazados durante mucho tiempo, hasta que sus sollozos se convierten en hipidos y después en respiraciones profundas. Hasta que sienten que han llorado todo lo que necesitaban llorar por ahora.

—¿Sabéis qué? —digo finalmente—. Creo que ya habéis practicado suficiente piano por hoy.

—¿Pero el tío Dom no se va a enfadar? —pregunta Emma.

—El tío Dom va a entender —digo, y por primera vez estoy segura de ello—. Porque él también os quiere, y el amor es más importante que las escalas de piano.

Los llevo a la cocina y les preparo chocolate caliente con nata montada. Nos sentamos en los taburetes altos de la isla central, bebiendo en silencio mientras el sol de la tarde se filtra por los ventanales.

Y mientras los veo recuperar lentamente el color en sus mejillas, mientras veo cómo Ethan sonríe cuando la nata le deja un bigotito blanco, mientras escucho la risita suave de Emma cuando le hago cosquillas, me hago dos promesas silenciosas.

La primera: voy a amar a estos niños con todo lo que tengo. Voy a ser la figura maternal que necesiten durante todo el tiempo que me permitan estar en sus vidas. Voy a protegerlos, cuidarlos, hacerles saber que son dignos de amor incondicional.

La segunda: voy a ser más comprensiva con Dominic. Voy a intentar entender que su control viene del amor, no de la frialdad. Que sus reglas son su forma de mantenerlos a salvo. Que él también

está roto, también está asustado, también está haciendo lo mejor que puede con el corazón destrozado.

Porque al final del día, todos están intentando sobrevivir a la pérdida a su manera.

Y quizás, solo quizás, podamos hacerlo mejor juntos.

CAPÍTULO 14

SAGE

Una semana después, hemos conseguido algo que no pensaba que fuese posible: una rutina que no nos mata a ninguno.

Dominic sigue siendo obsesivamente controlador, pero ahora hay cierta... flexibilidad en sus reglas que antes no existía. Los niños siguen practicando piano, pero solo cuarenta y cinco minutos en lugar de una hora completa. Siguen teniendo horarios estructurados, pero ahora incluyen treinta minutos de «tiempo libre creativo» que básicamente significa que pueden jugar sin que nadie planifique cada segundo.

Y yo... yo he aprendido a ver más allá de su necesidad de control. He empezado a entender que cada regla, cada horario, cada estructura viene del lugar más vulnerable de su corazón: el terror a perder a lo único que le queda de su hermana.

No significa que me guste. Pero lo entiendo.

Esta tarde, cuando llegamos a casa después del colegio, Emma y Ethan se van directamente a lavarse las manos sin que tenga que recordárselo. Es un pequeño milagro, la forma en que hemos encontrado este equilibrio entre estructura y libertad.

Meriendan. Ensayan y cuando acaban, toca ponerse con los deberes.

—¿Podemos hacer los deberes en la terraza? —pregunta Emma, señalando hacia las puertas de cristal que dan al jardín—. Hace muy buen tiempo.

—Por supuesto —digo, y veo cómo sus ojos se iluminan.

Una semana atrás, Dominic habría insistido en que los deberes se hicieran en la mesa del comedor, bajo supervisión directa, con

completo silencio. Ahora... ahora confía en que puedo adaptar las cosas según las circunstancias sin que el mundo se acabe.

Es progreso. Pequeño, pero progreso al fin y al cabo.

Estamos instalados en la mesa de hierro forjado de la terraza, Emma practicando sumas mientras Ethan lee en voz alta, cuando escucho el sonido familiar del Aston Martin de Dominic en el camino de entrada.

Mi corazón hace esa cosa estúpida que ha empezado a hacer cada vez que sé que estoy a punto de verlo: un pequeño salto seguido de una aceleración que me molesta más de lo que debería.

Durante esta semana, hemos desarrollado una especie de cortesía profesional que funciona. Él llega a casa, pregunta por los niños, yo le doy un informe rápido de cómo ha ido la tarde, y después me voy. Sin discusiones, sin miradas cargadas, sin momentos incómodos.

Es perfecto. Es seguro.

Es completamente insatisfactorio de una forma que no quiero analizar.

—¡Tío Dom! —grita Emma, abandonando inmediatamente sus sumas para correr hacia la puerta cuando lo ve aparecer.

Dominic ha cambiado también durante esta semana. Sigue llegando a casa en traje impecable, pero ahora se quita la chaqueta inmediatamente y se arremanga las mangas de la camisa. Se agacha para abrazar a Emma con genuina alegría.

—Hola, princesa —dice, levantándola del suelo—. ¿Qué tal los deberes?

—¡Súper bien! Sage nos ha dejado hacerlos fuera porque hace sol.

Veo el momento exacto en que procesa esto: una desviación del protocolo que una semana atrás lo habría puesto furioso. Ahora solo asiente.

—Buena idea —dice, dirigiéndose hacia donde Ethan sigue concentrado en su libro—. ¿Qué estás leyendo, campeón?

—Un libro sobre volcanes —responde Ethan, sin levantar la vista, pero con una pequeña sonrisa—. ¿Sabías que el Yellowstone es un supervolcán que podría explotar en cualquier momento?

—No lo sabía —dice Dominic, sentándose a su lado—. Cuéntame más.

Y durante diez minutos, mientras yo recojo las cosas de Emma y trato de no quedarme embobada, los veo hablar sobre magma y erupciones. Es hermoso verlos así. Como una familia real.

Estoy guardando los lápices de colores cuando suena el timbre de la puerta principal.

—¿Esperabais a alguien? —pregunto.

Dominic frunce el ceño.

—No. Quédate aquí con los niños, voy a ver quién es.

Pero antes de que pueda moverse, escuchamos una voz femenina gritando desde la entrada principal.

—¡Doctor Kane! ¡Doctor Kane, sé que está ahí! ¡Es una emergencia médica!

Dominic suspira con una resignación que sugiere que reconoce la voz.

—Es Gloria Peterson —murmura—. Mierda.

—¿Qué hace aquí? —pregunto sorprendida.

—No tengo ni idea. Solo sé que es la hipocondríaca oficial del pueblo. Viene a la consulta tres veces por semana con una enfermedad terminal diferente cada vez.

Justo en ese momento se escucha otra ronda de gritos desde la puerta.

—¡Doctor Kane! ¡Creo que me estoy muriendo!

Dominic se pasa una mano por el pelo y se dirige hacia la entrada.

—Será mejor que vea qué quiere esta vez. Volveré enseguida.

Pero la curiosidad puede conmigo. Después de asegurarme de que Emma y Ethan están ocupados con sus actividades, me acerco sigilosamente hacia la entrada, donde puedo oír voces.

—Señora Peterson —está diciendo Dominic con una paciencia profesional que debe de haber perfeccionado durante años—, no puede presentarse en mi casa sin cita previa. Si tiene una emergencia médica real, debería ir al hospital.

—¡Pero usted es mi médico! —protesta la mujer—. ¡Y esto no puede esperar hasta mañana! Creo que tengo un soplo en el

corazón.

—¿Un soplo en el corazón?

—Sí, escuche. Puede oírlo desde aquí.

Desde mi posición en el pasillo, puedo ver parte de la escena. Gloria Peterson es una mujer de mediana edad con el cabello teñido de un rubio artificial y una expresión de pánico que sugiere que realmente cree que se está muriendo.

Y entonces veo a Dominic sacar su estetoscopio del maletín médico que siempre lleva.

Dios mío.

No estaba preparada para esto.

Dominic con el estetoscopio puesto, con esa concentración intensa que adopta cuando está trabajando, es posiblemente la cosa más sexy que he visto en mi vida. La forma en que sus dedos largos y precisos manejan el instrumental, la forma en que se inclina hacia la paciente con esa profesionalidad absoluta, la seriedad en sus ojos azules mientras escucha...

Se me seca la boca de golpe.

—Respire profundo —instruye con esa voz grave que hace que algo primitivo en mi estómago se derrita—. Otra vez. Muy bien.

Puedo ver cómo sus cejas se fruncen ligeramente mientras evalúa lo que está oyendo, y esa expresión de concentración médica hace que mi respiración se vuelva superficial.

Esto es ridículo. Es completamente inapropiado estar teniendo una reacción sexual viendo a un hombre hacer su trabajo. Pero hay algo sobre la competencia absoluta que proyecta, la forma en que sus manos se mueven con precisión quirúrgica, que hace que todo mi cuerpo se despierte de una forma alarmante.

—Señora Peterson —dice finalmente, quitándose el estetoscopio —, no tiene ningún soplo cardíaco. Lo que está oyendo son gases intestinales normales.

Tengo que tragarme una risa.

No me lo puedo creer.

—¿Gases? —la mujer parece ofendida por el diagnóstico—. ¿Está seguro? Porque sonaba muy raro...

—Completamente seguro. Su corazón está perfectamente sano. Lo que le recomiendo es que considere hablar con alguien sobre su ansiedad. La preocupación constante por su salud puede ser...

—¿Me está diciendo que estoy loca?

—Para nada —dice Dominic con diplomacia—. Le estoy diciendo que la ansiedad puede manifestarse en síntomas físicos reales, y que hay profesionales que pueden ayudarla a manejar esa preocupación.

Veo cómo maneja la situación con delicadeza y profesionalidad, nunca condescendiente pero firme en sus conclusiones. Es... impresionante. Y tremendamente atractivo.

Necesito alejarme de aquí antes de hacer algo estúpido.

Vuelvo rápidamente a la terraza, donde Emma y Ethan siguen con sus actividades, pero mi concentración está completamente destrozada. Esa imagen de Dominic trabajando, tan competente y seguro, se ha grabado en mi retina de una forma que va a ser muy difícil de borrar.

Me quedo en la terraza con Emma y Ethan, pero puedo oír voces que vienen de la entrada principal. La conversación se alarga. Y se alarga.

Miro mi reloj. Las siete. Las siete y cuarto. Las siete y media.

Emma bosteza.

—Tengo hambre —dice, frotándose los ojos.

—Y yo tengo sueño —añade Ethan.

Las voces siguen llegando desde el interior de la casa. La mujer parece tener una lista infinita de síntomas nuevos, y puedo oír que la paciencia de Dominic está empezando a agotarse.

Miro a los niños, que están claramente cansados y necesitan cenar pronto, y tomo una decisión.

—¿Qué os parece si vamos arriba y os doy un baño? —digo—. Así estaréis listos para cuando vuestro tío termine.

—¿Tú nos vas a bañar? —pregunta Emma con los ojos brillantes.

—Si os parece bien.

—¡Sí! —gritan al unísono llenos de felicidad.

Los llevo arriba y lleno la bañera de burbujas. Emma y Ethan están encantados de poder jugar un poco más en el agua tibia, y yo

me concentro en lavarles el cabello y asegurarme de que están limpios.

Estoy secándole el pelo a Ethan con una toalla suave cuando oigo pasos en el pasillo.

—¿Sage?

Me giro para encontrarme con Dominic en la puerta del baño. Lleva la camisa arrugada, la corbata torcida, y una expresión de completo agotamiento. Pero cuando ve la escena —Emma ya envuelta en su toalla de unicornios, Ethan sentado pacientemente mientras yo le seco el pelo— algo en su rostro se suaviza.

—Se estaba haciendo tarde —explico rápidamente—. Y tenían hambre, así que pensé...

—Gracias —me interrumpe, y su voz suena extraña. Ronca—. Yo... Gloria Peterson acaba de irse. Ha tardado casi dos horas en convencerse de que no se estaba muriendo.

Miro mi reloj. Las ocho y cuarto.

—Dios mío, Dominic. Es tardísimo. Los niños deberían haber cenado ya.

—Lo sé —dice, pasándose una mano por el pelo—. Y tú deberías estar en casa desde hace horas. No puedo mandarte así, sin cenar. Sería... sería un comportamiento deplorable por mi parte.

—No pasa nada, de verdad —digo, pero él ya está negando con la cabeza.

—Sí que pasa. Dame quince minutos para cambiarme y preparo algo rápido para cenar. ¿Te parece bien pasta?

—Dominic, no hace falta que...

—Sage —dice, y hay algo firme en su voz—. Dame quince minutos.

Desaparece por el pasillo hacia su habitación, y yo termino de ayudar a Emma y Ethan a ponerse los pijamas. Cuando bajamos a la cocina, Dominic ya está ahí, vestido con vaqueros y una camiseta gris que hace que se me corte la respiración por la forma en la que se le marcan los músculos.

Él. En ropa casual. En su propia casa. Como una persona normal.

Es devastadoramente atractivo.

—¿Todo controlado? —pregunta, ya sacando ingredientes de la nevera.

—Perfectamente —digo, intentando ignorar cómo la camiseta se ajusta a su torso—. ¿Puedo ayudar?

—¿Te apetece hacer ensalada?

—Claro, me encanta.

Y entonces sucede algo completamente inesperado: cocinamos juntos.

No de una forma planificada o coordinada, simplemente... fluye. Dominic hierve la pasta mientras yo preparo una ensalada. Él corta pan mientras yo saco los platos. Nos movemos por la cocina con una sincronización natural, pasándonos ingredientes, compartiendo el espacio de trabajo, nuestros cuerpos rozándose ocasionalmente de una forma que hace que se me acelere el pulso.

Es tan... doméstico. Tan natural. Se siente como si llevásemos años haciendo esto juntos.

Y la sensación me gusta mucho más de lo que debería.

Los niños se sientan en la isla central, charlando animadamente mientras nosotros terminamos de preparar la cena. Emma cuenta una historia sobre una mariposa que ha visto en el recreo, Ethan nos explica algo fascinante sobre cristales que ha leído en uno de sus libros, y Dominic... Dominic se ríe.

Se ríe de verdad.

Es un sonido grave y cálido que me llega directamente al pecho y se instala ahí como una sensación de hogar.

Cenamos en la cocina, alrededor de la isla, con una intimidad que se siente completamente natural a pesar de ser completamente nueva. Los niños están claramente cansados pero reacios a que la noche termine.

—¿Nos lees un cuento, Sage? —pregunta Emma, acurrucándose contra mi brazo—. ¿Por favor?

—Emma —dice Dominic—. Sage ya ha hecho suficiente por hoy. No podemos abusar...

—Me encantaría —lo interrumpo—. ¿Qué os apetece que leamos?

Media hora después, estamos los cuatro apretados en el sofá del salón. Emma en mi regazo, Ethan acurrucado contra mi costado,

Dominic sentado lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el calor de su cuerpo mientras les leo «El principito» con voces diferentes para cada personaje.

Es perfecto. Es exactamente cómo siempre me he imaginado que sería tener una familia. Es todo lo que siempre quise y nunca pensé que podría tener.

Y cuando miro hacia Dominic por encima de la cabeza de Emma y veo cómo me está mirando —con una intensidad que hace que se me acelere el corazón—, me doy cuenta de que esto es peligroso.

Esto es muy, muy peligroso.

Porque podría acostumbrarme a esta situación. Podría enamorarme de esta sensación de pertenecer aquí, con ellos.

Podría enamorarme de él.

A las nueve y media, Emma y Ethan están completamente dormidos. Los llevamos a sus habitaciones con cuidado de no despertarlos, y después de arroparlos y darles besos de buenas noches, nos encontramos de pie en el pasillo, solos por primera vez en toda la noche.

El aire entre nosotros se vuelve inmediatamente más denso.

—Debería irme —digo, aunque es lo último que quiero hacer.

—Sí —dice, pero no se mueve—. Ha sido... ha sido una noche muy agradable.

—Sí que lo ha sido.

Me acompaña hasta la puerta principal en silencio, y cuando llegamos al vestíbulo, se detiene y se gira hacia mí.

—Sage —dice, y su voz suena diferente. Más profunda, más personal—. Gracias. Por todo. Por cómo cuidas de ellos.

Sus palabras me golpean directamente en el pecho. Hay algo en su tono, una vulnerabilidad que nunca deja ver, que hace que se me cierre la garganta.

—No hay nada que agradecer —digo suavemente—. Los adoro. A los dos. Es... es muy fácil cuidar de la gente que quieres.

Nos miramos durante un momento que se alarga más de lo que debería. Puedo ver algo cambiando en sus ojos, una intensidad que hace que el aire parezca vibrar entre nosotros.

Está tan cerca que puedo oler su aftershave mezclado con el detergente de su camiseta. Puedo ver las motitas más oscuras en el azul de sus iris. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

Y entonces veo el momento exacto en que su mirada baja hacia mis labios.

Se queda ahí durante un segundo que se siente como una eternidad, y puedo ver la batalla que se libra en su rostro. El deseo luchando contra la lógica. La necesidad luchando contra el autocontrol.

Por un momento, creo que va a besarme. Por un momento, todo su cuerpo se inclina hacia el mío como si fuese magnético.

Pero entonces algo cambia en su expresión. Es como si se hubiera acordado de algo. Como si hubiera recordado todas las razones por las que esto no puede pasar.

—Buenas noches, Sage —dice bruscamente, dando un paso atrás y abriendo la puerta principal de par en par.

El cambio es tan abrupto, tan frío después de la calidez de la noche, que me quedo completamente descolocada.

Es un claro movimiento que me invita a que me marche.

—Buenas noches —consigo decir, aunque mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos.

Salgo hacia mi coche con una mezcla de confusión y enfado burbujeando en mi pecho. ¿Qué acaba de pasar? ¿Me he imaginado toda esa tensión? ¿He malinterpretado completamente la situación?

Cuando llego al coche y me giro para mirarlo una última vez, la puerta ya está cerrada.

Y mientras conduzco de vuelta a casa, no puedo quitarme de la cabeza la forma en que me miraba hace cinco minutos.

Ni la forma en que me despidió hace uno.

Como si fuese una empleada. Como si toda esa calidez familiar, toda esa conexión que he sentido esta noche, hubiese sido producto de mi imaginación.

Como si no significase nada para él.

Cuando es exactamente lo contrario de lo que empiezo a temer que significa para mí.

CAPÍTULO 15

SAGE

Me despierto con la cabeza hecha un lío y con el corazón latiendo de una forma extraña que no consigo calmar.

Anoche. Lo que pasó anoche sigue dando vueltas en mi cabeza como un disco rayado que no puedo parar. La forma en que Dominic me miró cuando estábamos en la puerta, esa intensidad en sus ojos azules que hizo que se me cortase la respiración. La forma en que su mirada bajó hacia mis labios y se quedó ahí, como si estuviese memorizando cada detalle.

Por un momento —un momento perfecto y aterrador— pensé que iba a besarme. Todo su cuerpo se inclinó hacia el mío, pude sentir su calor, su respiración, la tensión eléctrica que crepitaba entre nosotros como si fuésemos dos polos magnéticos.

Y después... nada. Me despachó como si fuese una empleada que había trabajado hasta tarde.

Me paso las manos por la cara, intentando borrar la confusión que me carcome por dentro. ¿Me lo imaginé todo? ¿Fue producto de mis ilusiones de estos sentimientos estúpidos que estoy desarrollando por un hombre que claramente no me ve como algo más que la niñera de sus sobrinos?

Porque tiene que ser eso. Si Dominic sintiese algo por mí, aunque fuese una mínima atracción física, no me habría apartado así. No me habría tratado con esa frialdad profesional después de una noche tan... tan perfecta.

La verdad es dolorosa pero simple: Dominic Kane no se siente atraído por mí. Punto. Y yo necesito dejar de fantasear con cosas que nunca van a pasar.

Lo que significa que necesito protegerme. Necesito poner distancia antes de que me enamore completamente de una vida que no puede ser mía.

De un hombre que no puede ser mío.

Me visto con vaqueros y botas —ropa práctica, cómoda— y decido que esta tarde vamos a salir de esa casa. Vamos a hacer algo divertido, algo que saque a Emma y Ethan de esas rutinas asfixiantes y les recuerde que son niños.

Vamos a ir al rancho. Van a montar en poni, como me han estado pidiendo durante días.

Nada de pasar la tarde en la casa idílica de Dominic creyendo vivir una vida que no me corresponde.

Cuando suena la campana que marca el final de la jornada escolar, siento una burbuja de emoción expandiéndose en mi pecho. Hoy vamos a hace algo especial, aunque Emma y Ethan no lo sepan aún.

Y la verdad es que me hace increíblemente feliz llevarlos al rancho. Estos pequeños se están volviendo muy importantes para mí.

Como siempre, esperamos a que todos sus compañeros se marchen con sus familias antes de dirigirnos a mi coche. Es nuestra rutina establecida, y ellos la siguen sin protestar.

Pero cuando llegamos al coche, en lugar de arrancar directamente, me giro hacia ellos con una sonrisa.

—Chicos, hoy tengo una sorpresa para vosotros.

Emma se endereza inmediatamente en su asiento.

—¿Una sorpresa? ¿Qué tipo de sorpresa?

—¿Recordáis que me dijisteis que os gustaría montar a caballo?

Los ojos de Emma se agrandan como platos.

—¿Vamos a montar? ¿De verdad?

Ethan se inclina hacia delante, claramente intrigado.

—¿Caballos de verdad?

—Bueno, ponis pequeñitos —explico—. En el rancho de mi familia. Mi padre tiene algunos perfectos para niños de vuestra edad.

El grito de alegría de Emma es tan fuerte que probablemente se oye en todo el aparcamiento. Incluso Ethan sonríe de una forma

genuina que me derrite el corazón.

—¿Estáis listos para vuestra primera aventura de verdad?

—¡SÍ! —gritan al unísono.

Antes de marcharnos, le mando un mensaje rápido a Dominic:

«Estamos en el rancho Wellington. Quería que los niños pudieran montar a caballo. Los llevaré de vuelta antes de la cena.»

Es informativo. Profesional. Exactamente lo que debe ser.

Solo somos dos personas que tienen una relación por los niños.

No nos une nada más que ellos.

Cuando llegamos al rancho, mi padre nos está esperando con dos ponis pequeños ya ensillados. Pimienta y Daisy, dos yeguas mansas y pacientes que han enseñado a montar a docenas de niños a lo largo de los años.

—¡Tenía muchas ganas de volver a veros, chicos! —dice papá, agachándose para ponerse a la altura de Emma y Ethan.

Ethan se sonroja y se esconde detrás de mi pierna, pero Emma se acerca con esa curiosidad cautelosa que le caracteriza.

—¿Son muy grandes? —pregunta, mirando a Pimienta.

—Para nada —dice papá—. Son del tamaño perfecto para pequeños vaqueros como vosotros.

Lo que sigue es una de las tardes más hermosas de mi vida.

Veo a Emma superar su nerviosismo inicial y convertirse en una pequeña vaquera intrépida, riendo mientras Pimienta camina lentamente por el corral. Veo a Ethan, que empezó aferrado a las riendas con los nudillos blancos, relajarse gradualmente hasta el punto de que está sonriendo de verdad, de una forma que hace que toda su cara se ilumine.

Es la primera vez que los veo así de libres. Así de... niños.

Estoy ayudando a Emma a ajustar su postura cuando ella se inclina desde el poni y me abraza el cuello con esos bracitos pequeños que me rodean como si no quisiera soltarme nunca.

—Te quiero muchísimo, Sage —susurra contra mi oído—. Eres la mejor.

Y mi corazón, mi estúpido corazón enamorado, se parte y se llena al mismo tiempo. Le devuelvo el abrazo, sintiendo cómo su pequeño cuerpo se acurruca contra el mío con total confianza.

—¡Sage! ¡Mira! —la voz de Ethan me hace separarme de Emma para girarme hacia él.

Está montando solo, sin que papá lo esté guiando, con una sonrisa orgullosa que vale todo el oro del mundo.

—¡Lo estás haciendo fenomenal! —grito, aplaudiendo—. ¡Eres un vaquero natural!

Su sonrisa se vuelve aún más brillante, y en ese momento me doy cuenta de algo: estos niños necesitan esto. Necesitan sentirse especiales, celebrados, libres para ser ellos mismos sin la presión constante de la perfección.

Necesitan que alguien los vea como los tesoros que son.

Me alejo unos pasos para poder contemplar la escena completa: Emma charlando con Pimienta como si fuese su mejor amiga, Ethan concentrado en perfeccionar su técnica pero claramente disfrutando cada segundo, papá moviéndose entre los dos con esa paciencia infinita que siempre ha tenido con los niños.

Es perfecto. Es exactamente lo que necesitaban.

Es entonces cuando siento esa sensación de ser observada que me recorre la espalda como una corriente eléctrica.

Me giro lentamente y lo veo.

Dominic está de pie junto a la valla del corral, con el traje impecable y una expresión que no sé cómo interpretar. Sus ojos azules están fijos en mí con esa intensidad que ya conozco, pero hay algo más. Algo más oscuro.

Mi corazón se acelera automáticamente, pero no de la forma buena. Hay algo en su postura, en la forma en que aprieta la mandíbula, que me dice que no está aquí para una visita social.

Está furioso.

DOMINIC

Cuando leo el mensaje de Sage, siento como si me acabasen de dar un puñetazo en el estómago.

¿El rancho Wellington? ¿Montar a caballo?

¿En qué demonios está pensando?

Salgo de la consulta como un huracán, ignorando las miradas confusas de Sarah cuando le digo que cancele el resto de mis citas.

Subo al coche con una rabia que me burbujea en las venas como ácido.

Emma y Ethan tienen rutinas. Tienen horarios. Tienen una estructura por una razón muy específica que el Dr. Peterson me ha explicado mil veces: los niños que han sufrido traumas necesitan predictibilidad. Necesitan saber qué esperar, cuándo esperarlo, cómo va a transcurrir su día.

No necesitan aventuras espontáneas con una mujer que parece decidida a ignorar todo lo que le he explicado sobre la importancia de la estabilidad.

No otra vez.

Creía que ya habíamos superado ese punto.

Conduzco hacia el rancho Wellington con los nudillos blancos aferrados al volante, practicando mentalmente la conversación que voy a tener con Sage. Una conversación sobre límites. Sobre respeto. Sobre el hecho de que, por mucho que a ella le parezcan «ridículas» mis reglas, esos niños son mi responsabilidad y yo sé lo que es mejor para ellos.

Pero cuando llego al rancho y veo lo que está pasando en el corral, todas mis palabras cuidadosamente preparadas se evaporan.

Emma está montada en un poni pequeño, riéndose con una alegría tan pura, tan genuina, que hace que algo en mi pecho se contraiga dolorosamente. No la había oído reír así desde... desde que Isabelle estaba viva.

Y Ethan. Mi sobrino serio, mi pequeño adulto en miniatura que lleva tres años cargando con un peso que no debería cargar nadie de su edad, está sonriendo. No esa sonrisa educada que usa con extraños, sino una sonrisa real, brillante, que transforma por completo su cara.

Pero es lo que veo después lo que me destroza completamente.

Emma se inclina desde el poni y abraza a Sage alrededor del cuello, y puedo ver cómo Sage le devuelve el abrazo con una ternura que me llega directamente al corazón. Es tan maternal, tan natural, tan jodidamente perfecta que por un momento no puedo respirar.

Y entonces Ethan reclama su atención, y veo cómo Sage se separa de Emma para ir hacia él, para celebrar su logro como si

fuese la cosa más importante del mundo.

Mis sobrinos la adoran. Es obvio, doloroso, hermoso de ver. La adoran de una forma que nunca me han adorado a mí, a pesar de los tres años que llevo entregando cada minuto de mi vida a su bienestar.

Pero lo que me mata, lo que hace que tenga que agarrarme a la valla para mantenerme en pie, es ver a Sage alejarse unos pasos para contemplar la escena.

Está preciosa. Está tan jodidamente preciosa que me duelen hasta los ojos.

Los vaqueros se ajustan a sus piernas como una segunda piel, marcando cada curva, cada línea perfecta. Las botas vaqueras le llegan hasta la pantorrilla y hacen que sus piernas parezcan infinitas. Y su trasero... Dios mío, su trasero en esos vaqueros es una tortura que debería estar prohibida por la ley.

Mi cuerpo reacciona de forma inmediata e incontrolable. La sangre se precipita hacia el sur tan rápido que me deja mareado, y de repente mis propios pantalones de traje están peligrosamente ajustados.

Está ahí de pie, con las manos en las caderas, sonriendo mientras observa a mis sobrinos ser felices de verdad por primera vez en años, y todo lo que puedo pensar es en cómo sería caminar hasta ella, rodearla con mis brazos desde atrás, sentir su cuerpo cálido contra el mío.

Cómo sería enterrar mis manos en ese cabello castaño que se escapa de su coleta. Cómo sería besar ese cuello que se curva de forma tan elegante. Cómo sería averiguar si esos vaqueros se quitan tan fácil como parecen.

Y eso me aterra más que cualquier cosa que haya sentido en mi vida.

Esto se me está yendo de las manos. Completamente de las manos. Sage está alterando todo en nuestras vidas: las rutinas de los niños, mi paz mental, mi autocontrol. Está haciendo que Emma y Ethan esperen cosas que no pueden tener siempre. Está haciendo que yo desee cosas que no puedo permitirme querer.

Necesito recuperar el control. Necesito que las cosas vuelvan a ser como eran antes de que ella apareciera y lo cambiara todo.

Necesito hacer que entienda que no puede seguir haciendo lo que le da la gana.

Me acerco al corral con pasos largos y determinados. Daniel Wellington me ve primero y me saluda con una sonrisa cálida.

—¡Dominic! ¿Has venido a ver a estos pequeños vaqueros en acción?

—Hola, Daniel —digo, forzando una sonrisa educada—. ¿Podría robarte un momento a tu hija? Tengo que hablar de algo con ella.

—Por supuesto —dice, dirigiéndose hacia donde Emma y Ethan siguen montando—. Me quedo encantado con estos angelitos. Son absolutamente maravillosos.

Sage me mira con esos ojos verdes llenos de una cautela que me dice que sabe perfectamente por qué estoy aquí. Pero hay algo más en su expresión. Algo que podría ser desafío.

—Sage —digo, y mi voz sale más dura de lo que pretendía—. Tenemos que hablar.

La veo asentir lentamente, y me sigue cuando me alejo del corral hacia la parte trasera del establo, donde podemos tener privacidad.

En cuanto estamos fuera de la vista de los demás, exploto.

—¿Se puede saber qué coño crees que estás haciendo?

Sus ojos verdes se encienden inmediatamente.

—¿Perdón?

—Emma y Ethan tienen rutinas, Sage. Horarios. Obligaciones que cumplir. No pueden pasarse la tarde montando ponis como si estuviesen de vacaciones permanentes.

—¿Obligaciones? —Se acerca a mí, y puedo oler su perfume mezclado con el aire limpio del campo—. ¡Son niños de siete años, Dominic! ¡Se supone que tienen que divertirse!

—Se supone que tienen que aprender disciplina. Estructura. Estabilidad.

—¿Y qué hay de más estable que saber que son queridos? ¿Que alguien se preocupa por hacerlos felices?

—¡Ya son felices!

—¡No! —grita, y hay una pasión en su voz que hace que algo primitivo en mí se despierte—. ¡No lo son! ¡Son obedientes! ¡Son educados! ¡Pero no son felices!

Está tan cerca ahora que puedo ver cómo su pecho sube y baja con la respiración acelerada, puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

—Tú no sabes nada de lo que es bueno para ellos —digo, pero mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

—¡Sé más de lo que crees! —responde, poniéndose de puntillas para quedar más cerca de mi altura—. ¡Sé que necesitan risas, y aventuras, y alguien que los vea como los tesoros que son en lugar de como proyectos que perfeccionar!

Y es entonces cuando pierdo completamente el control.

No puedo soportar que esté tan cerca. No puedo soportar que esté tan preciosa, tan desafiante, tan absolutamente irresistible. No puedo soportar que tenga razón sobre Emma y Ethan cuando yo llevo años intentando hacer lo correcto.

Y no puedo soportar que siga hablando, que siga diciéndome verdades que no estoy preparado para oír.

Así que hago lo único que se me ocurre para callarla.

La beso.

Mis manos se hunden en su pelo y tiro de ella hacia mí, aplastando mis labios contra los suyos con una desesperación que no sabía que tenía. Es un beso furioso, necesitado, lleno de semanas de tensión reprimida.

Y ella se queda inmóvil durante un segundo que se siente eterno.

Pero después... después se derrite contra mí como si hubiera estado esperando esto tanto como yo.

Sus labios se abren bajo los míos y el sonido pequeño y sorprendido que escapa de su garganta hace que pierda lo que quedaba de mi cordura. La devoro. Literalmente la devoro, explorando su boca con un hambre que me aterra y me excita a partes iguales.

Sabe a menta y a algo dulce que debe de ser simplemente ella, y es la cosa más adictiva que he probado en mi vida. Sus manos se aferran a mi camisa como si fuese un salvavidas, y cuando siento su

lengua tocando tímidamente la mía, gruño contra sus labios de una forma completamente primitiva.

La empujo contra la pared del establo, necesitando sentir su cuerpo completamente contra el mío, y cuando ella gime suavemente y arquea la espalda, mi erección se vuelve tan dura que es dolorosa.

Esto es una locura. Es completamente inapropiado. Es todo lo que no debería estar pasando.

Y es lo más perfecto que he sentido en mi vida.

—¿Hija?

La voz de Dorothy Wellington nos golpea como un cubo de agua fría.

Nos separamos de golpe, jadeando, y cuando me giro veo a la madre de Sage de pie cerca del establo con una sonrisa que solo puede describirse como encantada.

—Oh —dice, pero no parece ni remotamente sorprendida—. No pretendía interrumpir nada. Solo venía a deciros que... bueno, que...

Se queda ahí sonriendo como si acabase de presenciar algo maravilloso, y puedo sentir cómo el calor me sube por el cuello hasta las mejillas.

Pero es Sage la primera en salir de su estupor.

—No pasa nada, mamá —dice, alisándose la ropa con manos temblorosas—. Dominic ya se iba.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. ¿Ya me iba? ¿Eso es todo lo que tiene que decir después de lo que acabamos de hacer?

La miro fijamente, buscando algún rastro de lo que he visto en sus ojos hace treinta segundos, pero su expresión es completamente cerrada. Profesional. Como si acabase de despedir a un reparador que ha terminado su trabajo.

—Sí —consigo decir, aclarándome la garganta—. Ya me iba.

Y sin mirar atrás, me alejo del establo como si me persiguiesen los demonios del infierno.

Porque la verdad es que eso es exactamente lo que siento que está pasando.

Acabo de besar a Sage Wellington.

Y ahora estoy completamente jodido.

CAPÍTULO 16

DOMINIC

Han pasado cuatro días desde que nos besamos, y no puedo quitármelo de la jodida cabeza.

Cuatro días de despertarme con el sabor de Sage en los labios, con el recuerdo de su cuerpo suave y cálido contra el mío, con esa imagen grabada a fuego de cómo sus ojos verdes se oscurecieron cuando la besé. Cuatro días de duchas frías que no consiguen borrar la sensación de sus manos aferrándose a mi camisa como si fuese un salvavidas.

Cuatro días de tener exactamente lo que pedí, y sentirme completamente vacío por dentro.

Porque Sage está cumpliendo mis instrucciones a la perfección. Mejor que perfecto, de hecho. Los niños llegan a casa puntualmente, meriendan exactamente lo que está estipulado, practican piano durante cuarenta y cinco minutos exactos, hacen sus deberes en silencio absoluto. Cuando llego del trabajo, me informa con voz profesional sobre cada actividad del día, me entrega un reporte detallado de sus progresos, y se va.

Sin sonrisas extra. Sin conversaciones informales. Sin esos momentos de calidez doméstica que aparecieron esa noche que cenamos juntos.

Sin tocarme, ni siquiera accidentalmente.

Es como si hubiese construido una muralla invisible entre nosotros, y cada interacción es tan fría y controlada como un parte médico.

Debería estar contento. Esto es exactamente lo que quería: estructura, profesionalidad, límites claros. Ninguna complicación emocional que pueda alterar la estabilidad de Emma y Ethan.

Entonces, ¿por qué me siento como si me hubieran arrancado algo vital del pecho?

Hoy le he pedido que se quede un poco más de tiempo porque tengo que repasar unos informes importantes, pero no me está sirviendo de nada.

Soy incapaz de hacer mi trabajo.

Estoy en mi despacho, intentando concentrarme en un informe médico sobre las estadísticas de salud del condado, pero el sonido de risas me distrae. Me asomo por la ventana que da al jardín trasero y los veo: Emma correteando por el césped mientras Sage la persigue con una manguera, las dos empapadas y riéndose como si fuese lo más divertido del mundo. Ethan está sentado bajo un árbol con un libro, pero incluso él sonríe mientras las observa.

Sage lleva un vestido de verano amarillo que se le pega al cuerpo por el agua, marcando cada curva de una forma que hace que mi boca se seque instantáneamente. Su cabello mojado le cae en ondas oscuras sobre los hombros, y cuando se ríe —esa risa genuina y contagiosa que hace que todo se ilumine a su alrededor— algo primitivo en mi estómago gruñe de aprobación.

Es hermosa. Es tan jodidamente hermosa que me duele mirarla.

Y es imposible estar cerca de ella sin recordar cómo se sintió entre mis brazos, cómo sus labios se abrieron bajo los míos, cómo gimió suavemente cuando la empujé contra la pared del establo.

Cierro los ojos, intentando borrar las imágenes, pero es inútil. Ese beso está grabado en mi memoria con precisión quirúrgica: cada sonido que hizo, cada forma en que su cuerpo reaccionó al mío, la forma en que se derritió contra mí como si hubiera estado esperando eso tanto como yo.

El problema es que ahora sé lo que me estoy perdiendo. Sé lo que podría tener si fuese un hombre diferente, en circunstancias diferentes.

Si no fuese un hombre de treinta y ocho años con dos niños traumatizados y más problemas de los que cualquier mujer de veinticuatro debería tener que soportar.

Si no fuese un capullo controlador que la besó para callarla en lugar de porque no podía resistirse a ella ni un segundo más.

Si fuese alguien que mereciese esa luz que irradia naturalmente.

Bajo la vista hacia el informe que tengo delante, pero las palabras se difuminan. Todo lo que puedo ver es a Sage riéndose en mi jardín, llenando mi casa de esa alegría que había desaparecido cuando Isabelle murió.

Todo lo que puedo pensar es en lo vacía que se siente mi vida cuando ella mantiene esa distancia profesional.

Y eso me aterra más que cualquier cosa que haya sentido jamás.

SAGE

Son las once de la noche y estoy acurrucada en mi sofá, con una taza de té entre las manos y un libro de romance que no consigo leer porque mi mente no para de divagar.

Mi pequeña cabaña está en silencio absoluto, solo interrumpido por el sonido ocasional del viento moviendo las hojas fuera. Normalmente, esto me tranquiliza. Mi espacio propio, mis cosas, mi independencia preciada.

Esta noche se siente... pequeño. Vacío. Demasiado silencioso.

Dejo el libro en la mesa auxiliar y me quedo mirando las llamas de la chimenea, dejando que mis pensamientos vayan hacia donde han estado yendo cada noche durante la última semana: hacia una casa grande con ventanas enormes, hacia dos niños que se han vuelto el centro de mi mundo, hacia un hombre que me besa como si fuese el aire que necesita para respirar.

Cierro los ojos y me permito, solo por un momento, imaginar cómo sería si las cosas fueran diferentes.

Si Dominic me viese como algo más que una ayudante de sus sobrinos por las circunstancias. Si Emma y Ethan fueran realmente mis niños, no solo los niños que cuido durante unas horas cada tarde. Si esa casa inmensa estuviese llena de nuestra vida juntos: desayunos caóticos los domingos, noches de películas acurrucados en el sofá gigante, vacaciones familiares donde Emma coleccione conchas en la playa mientras Ethan me explique la geología de las rocas costeras.

Me imagino despertándome cada mañana en esa cama king size que he visto cuando paso por delante de su habitación, con los

brazos de Dominic rodeándome, su respiración cálida contra mi cuello. Me imagino preparando el desayuno para mi familia mientras él se viste para el trabajo, robándome besos entre el café y las tostadas. Me imagino siendo la persona a la que llama cuando tiene un día duro, la persona que lo espera cuando vuelve a casa, la persona con la que comparte sus miedos y sus alegrías y todos esos pequeños momentos cotidianos que convierten una casa en un hogar.

Me imagino siendo suya. Completamente, irrevocablemente suya.

Y por primera vez en mi vida, admito la verdad que me he estado negando durante semanas: eso es lo que quiero. No es un capricho momentáneo, no es una fantasía romántica pasajera.

Es lo que deseo con cada fibra de mi ser.

Quiero formar una familia con Dominic Kane.

La realidad me golpea con tanta fuerza que se me corta la respiración. Es terrorífica y liberadora al mismo tiempo, como saltar de un acantilado sin saber si hay agua debajo.

Porque ahora que lo he admitido, ahora que he puesto palabras a este sentimiento que crece dentro de mí como una planta buscando luz, no puedo volver atrás. No puedo fingir que es solo atracción física o que se me pasará con el tiempo.

Estoy enamorándome de Dominic Kane a pesar de que se comporta como un idiota.

Y eso es exactamente por lo que tengo que mantener la distancia.

Porque si él se diese cuenta, si viese en mis ojos lo que realmente siento, pensaría que soy una niña de veinticuatro años encaprichada con la idea de jugar a las familias con el hombre más atractivo que ha conocido jamás.

Y no podría soportar que me mirase con lástima. O peor, con condescendencia.

Así que seguiré siendo profesional. Seguiré manteniendo estas líneas claras que él estableció desde el principio. Seguiré fingiendo que ese beso no significó nada, que no pienso en él cada noche antes de dormir, que no fantaseo con una vida que nunca podré tener.

El problema es que cada día que paso con él, cada vez que lo veo interactuar con Emma y Ethan, se me hace más y más difícil mantener esa fachada.

Como esta tarde, cuando llegó a casa del trabajo y Emma se había hecho un rasguño en la rodilla jugando en el jardín. Yo ya le había limpiado la herida y puesto una tirita con unicornios, pero ella quería que su tío la consolara.

Y verlo agacharse a su altura, con esas manos enormes y capaces rodeando delicadamente su pequeña pierna mientras examinaba el rasguño con seriedad médica, mientras le susurraba palabras tranquilizadoras con esa voz grave que se vuelve miel cuando habla con los niños... verlo ser tan tierno, tan cuidadoso, tan completamente entregado a hacerla sentir mejor...

Casi me desmayo allí mismo.

Porque no pude evitar preguntarme cómo se sentirían esas manos sobre mi piel. Cómo sería tenerlas acariciándome con esa misma delicadeza y precisión, pero con intenciones completamente diferentes. Cómo sería sentir esos dedos largos y elegantes explorando mi cuerpo, descubriendo los lugares que me hacen temblar, despertando sensaciones que nunca he sentido con nadie más.

Y por primera vez en mi vida, me excité de verdad pensando en un hombre.

No fue solo un calor difuso o una atracción romántica abstracta. Fue una necesidad física real, urgente, que me recorrió desde el estómago hasta los muslos como una corriente eléctrica. Fue humedad entre mis piernas y pezones que se endurecieron contra mi sujetador y una pulsación insistente en mi centro que me hizo cruzar las piernas inconscientemente.

Fue visceral, primitivo.

Y me aterrorizó tanto que apenas pude mantener la compostura hasta que me fui.

Porque no sabía que mi cuerpo podía reaccionar así. No sabía que era posible desear a alguien con esa intensidad física que roza el dolor. No sabía que ver a un hombre siendo gentil con un niño podía

desencadenar fantasías tan explícitas que me sonrojé solo de pensarlas.

Ahora, sentada en mi sofá en la oscuridad, con solo las llamas de la chimenea proporcionando luz, me permito recordar esa sensación. El calor líquido extendiéndose por mi vientre, la necesidad urgente de tocarlo, de que me tocara.

Mi respiración se acelera y puedo sentir ese mismo calor empezando a expandirse otra vez, esa misma pulsación demandante entre mis piernas. Mis manos se mueven instintivamente hacia mi cuerpo, pero me detengo antes de cruzar esa línea.

Esto es ridículo. Esto es peligroso.

Dominic Kane ha conseguido, en unas pocas semanas, alterar completamente mi vida. Ha despertado partes de mí que no sabía que existían. Ha hecho que quiera cosas que nunca había imaginado. Ha convertido mis noches solitarias en una tortura de fantasías que no puedo controlar y mi trabajo diario en un ejercicio constante de control.

Me levanto del sofá bruscamente y me dirijo hacia la cocina, necesitando movimiento, distracción, cualquier cosa que me aleje de estos pensamientos que me están volviendo loca.

Pero mientras me sirvo un vaso de agua fría e intento calmar mi respiración acelerada, una verdad se asienta en mi pecho como una piedra fría.

Estoy en problemas. Problemas serios, profundos, del tipo que pueden cambiar el curso entero de una vida.

Porque ya no es solo que esté enamorándome de Dominic Kane.

Es que estoy empezando a entender lo que significa desearlo. Y una vez que cruzas esa línea, una vez que tu cuerpo aprende lo que es capaz de sentir, ya no hay vuelta atrás.

Estoy completamente, irrevocablemente jodida.

Y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

CAPÍTULO 17

DOMINIC

El teléfono suena a las diez y cuarto de la noche, interrumpiendo el informe médico que estoy revisando en mi despacho.

—¿Doctor Kane? —La voz de Jerry Morrison suena tensa, preocupada—. Siento molestarle, pero mi vecino Bill se ha cortado muy feo con la motosierra. Estaba cortando leña para el invierno y está sangrando mucho...

—¿Habéis llamado a una ambulancia? —pregunto, ya levantándome del escritorio.

—La más cercana está a una hora de camino, doctor. Y Bill está perdiendo mucha sangre. Necesita ayuda ahora.

—De acuerdo. Dame la dirección, voy para allá.

Cuelgo e inmediatamente marco el número del hospital de Livingston.

—Soy el doctor Dominic Kane. Tengo un paciente con posible sección arterial por corte de motosierra. Voy a necesitar sangre O negativo preparada y un cirujano vascular de guardia.

Mientras subo las escaleras para coger mi maletín médico, mi primer pensamiento es inmediato y claro: Sage.

Necesito llamar a Sage para que cuide de Emma y Ethan.

Mi cerebro ya está evaluando la situación médicamente: corte profundo con motosierra, posible sección arterial, riesgo de shock hipovolémico. Necesito mover mis manos ya. Pero no puedo dejar solos a los niños ni llevarlos a un escenario así.

Marco su número.

Suena una vez. Dos veces.

—¿Diga? —Su voz suena suave, relajada, y puedo oír música de fondo.

—Sage, soy Dominic. Siento molestarte, pero tengo una emergencia médica y...

—¿Qué ha pasado? —Su voz se pone inmediatamente alerta—. ¿Están bien los niños?

—Los niños están perfectamente. Están durmiendo. Es otra persona. Pero necesito que alguien se quede con Emma y Ethan mientras voy a atender la emergencia. Puedo llevarlos a tu casa si...

—Ni se te ocurra moverlos —me interrumpe con firmeza—. Están dormidos y seguros en su cama. Voy yo para allí.

—Sage, son las diez de la noche...

—Dominic —dice, y hay algo en su tono que no admite discusión —. Dame diez minutos.

Cuelga antes de que pueda decir más, y me quedo ahí de pie con el teléfono en la mano, sintiendo una gratitud tan intensa que me deja sin respiración. Sin preguntas, sin dudas, sin protestar por la hora. Solo una respuesta inmediata y generosa.

Termino de vestirme, agarro mi maletín médico y bajo a esperarla, revisando mentalmente el instrumental que voy a necesitar. Suturas, anestesia local, gasas, vendajes...

Es entonces cuando veo los faros de su coche iluminando el camino de entrada.

Sale del coche prácticamente corriendo, y cuando abre la puerta principal, el aire se me atasca en los pulmones.

Lleva un pijama de algodón rosa con pequeños cupcakes estampados y una chaqueta vaquera echada por encima. El pijama es dulce y femenino, pero en lugar de hacerla parecer joven, resalta cada curva suave de su cuerpo de una forma que hace que se me acelere el corazón. La chaqueta está abierta, y puedo ver cómo la tela suave se ajusta a sus pechos, marcando su silueta de una manera que hace que mi concentración se tambalee peligrosamente.

Su cabello está completamente revuelto, cayendo en ondas desordenadas alrededor de sus hombros, y sus mejillas están sonrosadas por haber salido corriendo al frío nocturno. No lleva ni una pizca de maquillaje, sus pies están metidos en unas zapatillas deportivas que claramente se ha puesto a toda prisa, y...

Y es la mujer más preciosa que he visto en mi vida.

Joder.

¿Por qué tiene que ser tan joven? ¿Por qué mi vida tiene que ser tan jodidamente complicada? ¿Por qué no puedo tener esto, tenerla a ella, sin que sea completamente inapropiado?

—¿Cómo de grave es? —pregunta, cerrando la puerta con cuidado para no hacer ruido.

—Corte profundo con motosierra. Posible sección arterial.

Sus ojos verdes se agrandan ligeramente, pero asiente con determinación.

—Ve. Los niños van a estar perfectamente conmigo.

—Están en Willow Creek Road, número cuarenta y tres. Puede que tarde un par de horas, dependiendo de la gravedad de...

—Dominic —me interrumpe suavemente—. Ve a salvar a ese hombre. Nosotros estaremos bien.

Me dirijo hacia la puerta, pero algo me hace detenerme en el umbral. Me giro hacia ella, que está ahí de pie en mi vestíbulo con su pijama de cupcakes y esas zapatillas que se ha puesto a toda prisa, dispuesta a cuidar de lo más preciado que tengo sin hacer ni una pregunta.

—Gracias —digo, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. No sabes lo que esto significa para mí.

—Sí que lo sé —responde simplemente—. Ahora ve.

Las siguientes dos horas son una vorágine de trabajo médico intenso. Bill se ha seccionado parcialmente la arteria femoral con la motosierra, y cuando llego está en shock hipovolémico, pálido como papel y perdiendo sangre demasiado rápido.

Trabajo en el suelo de su cocina, con Jerry Morrison sosteniéndome una linterna mientras limpio la herida, pinzo la arteria, sutura capa por capa con la precisión que solo viene de años de entrenamiento. Es cirugía de campo, medicina de emergencia en estado puro, y durante esas dos horas todo lo que existe es el paciente, mis manos, y la determinación de mantenerlo vivo hasta que llegue la ambulancia.

Cuando los paramédicos finalmente se lo llevan, estable, pero necesitando cirugía vascular en el hospital, tengo las manos manchadas de sangre y la ropa empapada de sudor y adrenalina.

Pero Bill va a vivir. Va a poder abrazar a sus hijos mañana por la mañana.

Es en el coche de vuelta a casa cuando mi mente finalmente tiene espacio para pensar en otra cosa que no sea medicina de emergencia.

Sage.

Sage en mi casa, cuidando de Emma y Ethan, durmiendo probablemente en el sofá del salón porque es demasiado considerada para usar cualquiera de las habitaciones de invitados sin permiso.

Sage en pijama de cupcakes, con el cabello revuelto y las mejillas sonrosadas, diciéndome que vaya a salvar a un hombre como si fuese la cosa más natural del mundo.

Sage siendo perfecta de formas que no sabía que era posible que alguien fuese perfecto.

Cuando llego a casa, apago el motor y me quedo sentado en el coche durante un momento, simplemente respirando. Es pasada la medianoche, la casa está en silencio, y por primera vez en horas puedo procesar realmente lo que ha pasado esta noche.

Sage ha venido. A las diez de la noche, en pijama, sin hacer ni una pregunta. Ha cuidado de mis sobrinos como si fuesen suyos, me ha dado la tranquilidad de saber que lo más importante de mi vida estaba en las mejores manos posibles.

Entro en casa sigilosamente, intentando no hacer ruido. El salón está vacío, las mantas del sofá intactas. Frunzo el ceño, preguntándome dónde...

Es cuando subo las escaleras hacia el primer piso que la veo.

Y mi corazón simplemente... se para.

Está dormida en el sillón de la habitación de Emma, acurrucada en una posición que no puede ser cómoda, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y la cabeza apoyada contra el respaldo. Tiene un ejemplar de «La Bella y la Bestia» abierto sobre las piernas, pero el

libro está ligeramente ladeado, como si se le hubiera resbalado de las manos cuando se quedó dormida.

Como si hubiese estado leyéndole un cuento a Emma y se hubiera quedado ahí, velándola, asegurándose de que tuviese dulces sueños.

Mi garganta se cierra hasta el punto de dolor físico.

Emma está profundamente dormida en su cama, con una sonrisa pequeña curvando sus labios, y puedo ver inmediatamente que ha tenido la mejor noche de sueño que ha tenido en semanas. No hay pesadillas, no hay ansiedad, solo la paz tranquila de una niña que se siente completamente segura.

Porque Sage ha estado aquí. Porque se ha quedado despierta leyéndole cuentos hasta que se durmió.

Jamás he conocido a una mujer más maravillosa. Más perfecta. Más exactamente lo que necesito en mi vida y en la vida de Emma y Ethan.

¿Por qué coño tiene que ser tan joven?

La pregunta me atormenta mientras la observo dormir. Sus pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas, su respiración es profunda y regular, y hay algo vulnerable en la forma en que se ha acurrucado que hace que todos mis instintos protectores rujan a la vida.

Debo de hacer algún ruido —un suspiro, un movimiento— porque sus ojos se abren lentamente, parpadeando confundida hasta que me enfoca.

—Dominic —dice, su voz ronca de sueño—. Has vuelto.

Se endereza inmediatamente, pasándose las manos por el cabello en un intento de alisárselo.

—¿Está bien? ¿El paciente?

—Está bien. Va a vivir.

—Menos mal —dice, levantándose del sillón con movimientos que sugieren que está entumecida—. Bueno, me voy ya para casa.

—No —digo, más bruscamente de lo que pretendía.

Se detiene, mirándome con sorpresa.

—Es pasada la medianoche, Sage. No vas a conducir a casa a estas horas cuando estás claramente agotada.

—Estoy bien...

—No, no lo estás. Y no voy a dejar que te marches de mi casa. Hay habitaciones de invitados. Elige la que quieras.

Veo la batalla interna reflejada en sus ojos: el deseo de irse, de mantener esa distancia que ha estado preservando tan cuidadosamente, contra el cansancio obvio que la está venciendo.

El cansancio gana.

—Vale —dice suavemente—. Solo unas horas.

—Puedes usar la primera habitación a la izquierda. Hay ropa de cama limpia y todo lo que puedas necesitar.

Asiente y se dirige hacia la puerta, pero se detiene justo antes de pasar junto a mí.

—Me alegro de que pudieras ayudarlo —dice, mirándome a los ojos—. Eres un buen médico, Dominic. Y un buen hombre.

Sus palabras me golpean directamente en el centro del pecho, y antes de que pueda responder, ya se ha ido.

Me quedo ahí de pie en la habitación de Emma, escuchando el sonido de sus pasos, el sonido del agua corriendo en el baño de invitados, el sonido de una puerta cerrándose suavemente.

Y después, silencio.

Silencio, y la conciencia brutal de que Sage Wellington está en mi casa. En una habitación que está a unos metros de la mía. Probablemente metiéndose entre sábanas que van a oler a su champú durante días, durmiendo en una cama que está separada de la mía por una pared fina.

Me dirijo hacia mi habitación como si estuviera caminando hacia mi ejecución.

Me desnudo mecánicamente, me pongo el pijama, me lavo los dientes, sigo mi rutina nocturna como si fuese una noche cualquiera. Como si no pudiese oír cada pequeño sonido que viene de la habitación de al lado. Como si mi cuerpo no estuviese reaccionando de formas completamente incontrolables al simple conocimiento de que ella está ahí.

Cuando me meto en la cama, ya estoy medio duro.

Cuando apoyo la cabeza en la almohada y cierro los ojos, mi erección está presionando dolorosamente contra mis pantalones de pijama.

Sage está a una pared de distancia. La mujer que he deseado con una intensidad que roza la locura durante semanas está durmiendo en mi casa, en mi espacio personal, lo suficientemente cerca como para que pueda oír su respiración si me concentro.

Intento pensar en otras cosas. En el paciente de esta noche, en el trabajo de mañana, en cualquier cosa que no sea el hecho de que, si me levantase ahora mismo y caminase veinte pasos, podría estar en la misma habitación que ella.

Pero mi cuerpo no está escuchando mi lógica. Mi erección no se baja. Si algo, se vuelve más dura, más insistente, pulsando con cada latido de mi corazón.

Cierro los ojos con fuerza e intento controlar mi respiración, pero lo único que consigo es imaginar cómo sería levantarme, cruzar el pasillo, abrir su puerta...

Encontrarla despierta, esperándome.

Sus ojos verdes brillando en la oscuridad cuando me acerco a la cama.

Sus labios entreabiertos cuando me inclino hacia ella.

El sonido pequeño y necesitado que escaparía de su garganta cuando finalmente la toque como llevo semanas soñando tocarla.

Un gemido se escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo, y mi mano se mueve instintivamente hacia mi erección antes de que me obligue a detenerla.

No.

No voy a masturbarme pensando en Sage Wellington mientras ella duerme en mi casa. No voy a cruzar esa línea, por mucho que mi cuerpo me esté suplicando alivio.

Pero joder. Joder.

Estar tan cerca de ella, saber que está aquí, que si quisiera podría caminar hasta donde está y averiguar si me desea, aunque sea una fracción de lo que yo la deseo...

Es una tortura exquisita.

Y voy a estar despierto el resto de la noche.

CAPÍTULO 18

SAGE

Me despierto con la primera luz del amanecer filtrándose por las cortinas de la habitación, y por un momento no sé dónde estoy.

La cama es demasiado grande. Las sábanas huelen a suavizante caro en lugar de al de lavanda que uso en casa. El techo es demasiado alto, las paredes demasiado elegantes.

Y entonces la memoria me golpea como una ola fría: estoy en casa de Dominic.

Me incorporo bruscamente, sintiendo cómo el pánico se extiende por mi pecho como fuego líquido. Anoche, la emergencia médica, quedarme aquí, dormir en su casa...

Dios mío. He dormido en su casa. En su espacio personal. Rodeada de sus cosas, respirando el mismo aire que él respira, despertándome en el mismo lugar donde él se despierta cada mañana.

Es demasiado. Es demasiado parecido a mis fantasías más profundas y peligrosas. Es demasiado real, y si me quedo aquí un minuto más, voy a empezar a imaginar que esto puede ser mi vida de verdad.

Que puedo ser la mujer que se despierta en esta casa. Que puedo ser la mujer que baja a preparar el desayuno para Emma y Ethan, que besa a Dominic de despedida antes de que se vaya al trabajo, que los espera a todos cuando vuelven a casa por la noche.

Que puedo ser la mujer que pertenece aquí.

Y esa fantasía es tan seductora, tan perfecta, tan exactamente lo que quiero que me duele físicamente. Porque no es real. No puede ser real.

Me levanto de la cama con movimientos apresurados, pasándome las manos por el cabello despeinado. Necesito irme. Necesito volver a mi pequeña cabaña, cambiarme de ropa, recobrar la compostura antes de enfrentarme a otro día fingiendo que no estoy completamente enamorada de Dominic Kane.

Abro la puerta de la habitación sigilosamente y me asomo al pasillo. Todo está en silencio. Los niños siguen durmiendo, probablemente no se despertarán hasta dentro de una hora. Si me voy ahora, puedo llegar a casa, ducharme, cambiarme, y volver al colegio como si no hubiera pasado nada.

Como si vivir en esta casa no fuese todo lo que anhelo.

Salgo de puntillas, con el corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que va a despertar a toda la casa. Cada paso parece hacer un ruido ensordecedor en el silencio matutino.

—¿Te vas sin despedirte?

Me giro tan rápido que casi tropiezo con mis propios pies, y entonces...

Entonces el mundo se para.

Dominic está de pie al final del pasillo, recién salido de la ducha. Lleva solo una toalla blanca atada alrededor de las caderas, y gotas de agua se deslizan lentamente por su pecho desnudo como pequeños diamantes líquidos.

Su torso es... Dios mío, su torso es una obra de arte.

Músculos definidos, pero no exagerados, la clase de fuerza que viene de años de disciplina y trabajo duro en lugar de horas obsesivas en el gimnasio. Su piel tiene un bronceado dorado uniforme que sugiere tiempo al aire libre, tiempo corriendo por senderos de montaña o trabajando en el jardín sin camisa. Hay una línea de vello oscuro que baja desde su ombligo y desaparece bajo la toalla, y algo primitivo en mi vientre se contrae al seguir esa línea con los ojos.

Sus hombros son anchos, sus brazos musculosos sin ser voluminosos, y puedo ver cada línea de sus abdominales marcándose bajo la piel húmeda. Es la perfección masculina hecha realidad, y está aquí, a tres metros de mí, medio desnudo y

mirándome con esos ojos azules que hacen que se me olvide cómo respirar.

Su cabello negro está húmedo y despeinado, cayendo sobre su frente de una forma que lo hace parecer más joven, más accesible. Hay gotas de agua en sus pestañas, y cuando parpadea para quitárselas, el movimiento es tan hipnótico que no puedo apartar la mirada.

Un gemido se escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo.

Un gemido suave, necesitado, completamente involuntario que sale desde algún lugar profundo de mi garganta y llena el silencio del pasillo como una confesión.

Mierda. Ahora se va a dar cuenta de que me parece atractivo.

Los ojos de Dominic se oscurecen instantáneamente, y puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de lo que acaba de pasar. En que se da cuenta de que no puedo ocultar lo que me hace sentir. En que se da cuenta de que lo deseo tanto que duele.

—Joder —dice con voz ronca, y hay algo feroz en su expresión que hace que mi respiración se acelere—. Sage...

—Yo... yo tengo que irme —balbuceo, pero mi cuerpo no se mueve. No puedo moverme. Estoy completamente paralizada por la visión de él, por la intensidad en sus ojos, por la forma en que está mirándome como si fuese algo que quiere devorar.

—No puedo más —dice, dando un paso hacia mí—. No puedo seguir fingiendo que no me estás volviendo completamente loco.

Su voz es grave, áspera, cargada de algo que hace que una corriente eléctrica me recorra desde la cabeza hasta los dedos de los pies.

—Dominic...

—¿Sabes lo que has hecho conmigo? —me interrumpe, acercándose otro paso—. ¿Sabes las noches que llevo sin dormir pensando en ti? ¿Sabes lo jodidamente duro que es mantenerte alejada cuando lo único que quiero es tocarte?

Sus palabras me golpean como ondas de calor, cada una más intensa que la anterior. No puedo procesar lo que está diciendo, no puedo creer que esté admitiendo...

—Estoy al borde de la locura, Sage —continúa, su voz bajando hasta convertirse en un gruñido—. Completamente al borde. Y creo que tú también.

—Yo no...

—¿No qué? —se acerca otro paso, y ahora puedo oler su gel de ducha mezclado con algo más personal, más masculino—. ¿No me deseas? ¿No piensas en mí? ¿No te despiertas por las noches preguntándote cómo se sentiría si te tocara?

No puedo responder. No puedo formar palabras coherentes cuando está tan cerca, cuando puedo ver cada gota de agua deslizándose por su piel, cuando su intensidad me está abrumando por completo.

—Deberíamos acostarnos juntos —dice de repente, y las palabras me golpean como una descarga eléctrica.

—¿Qué?

—Deberíamos follar y quitarnos toda esta tensión de encima —dice con una crudeza que hace que me arda la cara—. Porque esta tensión nos está matando a los dos.

Su honestidad brutal me deja sin aliento. No hay romance en sus palabras, no hay promesas bonitas. Solo una necesidad cruda y desesperada que reconozco porque es exactamente lo que siento yo.

A pesar de que yo deseo mucho más que solo a su cuerpo.

—Pero no deberías dejar que te toque —continúa, y hay algo devastadoramente vulnerable en su voz—. Soy demasiado viejo para ti, Sage. Soy un cabrón amargado con demasiado equipaje y demasiados problemas. No debería ensuciar tu luz con toda mi oscuridad.

Sus palabras me rompen algo por dentro. Ver a este hombre fuerte, seguro, completamente controlado, admitiendo que se ve a sí mismo como algo roto, algo que no me merece...

—Cállate —digo, encontrando mi voz por primera vez desde que lo he visto—. Cállate y tócame.

Veo cómo se queda completamente inmóvil, cómo sus ojos se agrandan como si no pudiese creer lo que acaba de oír.

—Sage...

—No soy una niña, Dominic —le interrumpo, acercándome a él con una valentía que no sabía que tenía—. Soy una mujer adulta que sabe lo que quiere. Y te quiero a ti.

Antes de que pueda responder, antes de que pueda protestar o encontrar más razones por las que esto es una mala idea, me pongo de puntillas y lo beso.

Es diferente al beso del establo. Aquel fue sorpresa, fue explosión, fue pérdida total de control. Este es elección. Es deliberado. Soy yo reclamando lo que quiero.

Durante un segundo se queda completamente inmóvil, como si no pudiese procesar lo que está pasando. Pero después... después su control se rompe por completo.

Sus brazos me rodean con una fuerza que me levanta del suelo, aplastándome contra su pecho húmedo y cálido. Sus labios se abren bajo los míos y me devora con un hambre que es casi violenta en su intensidad.

—Joder —gruñe contra mis labios—. Joder, Sage.

Sus manos están en todas partes: en mi cabello, en mi espalda, bajando hasta agarrar mi trasero y apretarme contra él de una forma que hace que pueda sentir exactamente lo excitado que está. Su erección presiona contra mi vientre a través de la toalla, dura e insistente, y saber que lo he puesto así, que me desea tanto, hace que un gemido se escape de mi garganta.

—Dime que pare —susurra contra mi cuello, sus labios trazando una línea de fuego desde mi mandíbula hasta el hueco de mi garganta—. Dime que pare antes de que no pueda.

—No pares —jadeo, enterrando mis dedos en su cabello húmedo —. Por favor, no pares.

Esas palabras son como encender una cerilla cerca de gasolina.

Me empuja contra la pared del pasillo, sus manos encontrando el dobladillo de mi camiseta y deslizándose por debajo para tocar la piel desnuda de mi vientre. Sus dedos son cálidos, ásperos, completamente masculinos, y cuando se mueven hacia arriba, rozando el borde de mi pecho, veo estrellas.

—Eres tan suave —murmura contra mi oído, su aliento caliente haciéndome estremecer—. Tan jodidamente perfecta.

Sus labios encuentran un punto sensible justo debajo de mi oreja, y cuando lo besa, cuando lo succiona ligeramente, mis rodillas se vuelven de gelatina. Si no fuese porque está apretándome contra la pared, me habría caído al suelo.

—Dominic...

—Shh —susurra, besándome de nuevo—. Déjame tocarte. Déjame hacerte sentir bien.

Cuando su mano cálida toca mi pecho desnudo, el mundo se reduce a esa sensación. A sus dedos largos acariciando mi piel, a su pulgar rozando mi pezón hasta que se endurece dolorosamente, a la forma en que mi cuerpo arquea hacia él buscando más contacto.

—Eres perfecta —murmura, bajando la cabeza para reemplazar su pulgar con su boca—. Tan perfecta.

Cuando sus labios se cierran alrededor de mi pezón, cuando su lengua lo acaricia con movimientos precisos que me vuelven loca, creo que voy a desmayarme. El placer es tan intenso, tan abrumador, que tengo que morderme el labio para no gritar.

Su otra mano se mueve hacia abajo, deslizándose por mi vientre hasta encontrar el borde de mis pantalones de pijama. Se detiene ahí, sus dedos jugando con la goma elástica, esperando.

—¿Puedo? —pregunta contra mi piel, y hay algo vulnerable en su voz que hace que mi corazón se contraiga.

—Sí —jadeo, agarrándome a sus hombros como si fuesen mi salvavidas—. Sí, por favor.

Su mano se desliza dentro de mis pantalones, encontrando el borde de mis bragas, y después... después me toca donde más lo necesito.

El primer roce de sus dedos contra mi centro húmedo me arranca un gemido que es demasiado alto, demasiado revelador. Estoy empapada, completamente empapada, y cuando sus dedos se deslizan entre mis pliegues, cuando encuentran ese punto que me hace ver estrellas, mi cabeza cae hacia atrás contra la pared.

—Joder —gruñe él, su respiración áspera contra mi cuello—. Estás tan húmeda. Tan lista para mí.

Sus dedos se mueven con una habilidad que me dice que sabe exactamente lo que está haciendo, trazando círculos lentos y

precisos que me tienen temblando contra él. Cuando uno de sus dedos se desliza dentro de mí, cuando lo curva de esa forma que hace que vea fuegos artificiales, no puedo contener el grito que se escapa de mi garganta.

—Shh, preciosa —susurra, aunque su voz sale tensa de su propio deseo—. No queremos despertar a los niños.

Pero es imposible mantenerme callada cuando está haciendo cosas que ni siquiera sabía que eran posibles. Sus dedos se mueven dentro y fuera de mí con un ritmo que me está volviendo loca, mientras su pulgar traza círculos perfectos sobre mi clítoris.

La presión se va acumulando en mi vientre, más y más intensa con cada movimiento de sus dedos. Es como una cuerda tensándose más y más, buscando el punto de ruptura.

—Déjate ir —murmura contra mi oído—. Córrete para mí, Sage.

Y entonces sus dedos se curvan de una forma particular, presionando exactamente en el lugar correcto, y yo exploto.

El orgasmo me golpea como una ola gigante, arrastrándome completamente. Mi cuerpo se arquea contra él, mis dedos se clavan en su piel, y un grito silencioso se escapa de mis labios mientras el placer me recorre de pies a cabeza en ondas devastadoras.

Dominic me sostiene mientras me estremezco contra él, susurrando palabras dulces contra mi cabello, sus dedos moviéndose suavemente para prolongar el placer hasta que no puedo más.

Cuando finalmente me relajo contra él, jadeando, temblando, completamente deshecha, él me besa suavemente en la frente.

—Preciosa —susurra, y hay algo reverente en su voz—. Eres absolutamente preciosa.

Estoy a punto de responder, a punto de decirle que quiero devolverle el favor, cuando oigo un sonido que me hiela la sangre.

—¿Tío Dom?

La voz de Emma, pequeña y confundida llega desde su habitación.

Nos separamos de golpe, jadeando. Dominic me suelta inmediatamente y da un paso atrás, pasándose una mano por el pelo mientras maldice en voz baja.

—¡Ya voy, princesa! —grita, su voz sonando extrañamente ronca —. Dame un minuto para vestirme.

Me pongo recta, alisándome la camiseta, intentando parecer presentable cuando por dentro sigo temblando por lo que acaba de pasar.

—Sage... —empieza a decir Dominic, pero lo interrumpo.

—Tengo que irme —digo rápidamente, alejándome de él—. Tengo que irme a casa y cambiarme antes de ir al colegio.

—Espera, necesitamos hablar de...

—Os veo en el colegio —le digo por encima del hombro mientras bajo las escaleras—. A Emma y Ethan.

Y entonces salgo prácticamente corriendo.

Porque después de lo que acaba de pasar, después de cómo me ha hecho sentir, después de descubrir lo que mi cuerpo es capaz de sentir con las manos correctas...

Estoy completamente, irrevocablemente perdida.

Y no puedo dejar que él se dé cuenta.

CAPÍTULO 19

DOMINIC

Han pasado tres días desde el encuentro en el pasillo, y no hemos hablado de ello ni una sola vez.

Sage se ha negado en rotundo.

Han sido tres días de intercambios profesionales corteses cuando llego del trabajo. Tres días de informes precisos sobre sus actividades de la tarde entregados con voz controlada. Tres días de evitar cualquier contacto visual que dure más de dos segundos.

Tres días fingiendo que no puedo sentir el fantasma de sus gemidos cada vez que está cerca. O lejos. Que no puedo oler su champú sin recordar cómo se sintió tenerla temblando contra mi pecho. Que no me despierto cada noche con una erección dolorosa y el recuerdo grabado a fuego de cómo sonó cuando se corrió en mis brazos.

Es un infierno. Un infierno exquisito que me está volviendo loco.

Y hoy tengo que sobrevivir a una barbacoa familiar de los Wellington.

Ethan aparece en la puerta de mi despacho, vestido con su mejor ropa.

—¿Tío Dom? ¿Va a haber muchas personas en la fiesta?

La ansiedad en su voz me aprieta algo en el pecho. Sigue siendo tan cauteloso con extraños, tan preocupado por encajar.

—Algunos vecinos, pero son buena gente. Y Sage estará allí, así que tendrás a alguien conocido.

Sus hombros se relajan visiblemente.

—Vale. Entonces está bien.

Veinte minutos después estamos en el coche, dirigiéndonos hacia el rancho Wellington. Emma charla animadamente sobre todas las

cosas que espera ver mientras Ethan permanece más callado, pero puedo ver por el retrovisor que está mirando por la ventana con mucho interés. Sé que le encanta el rancho.

Cuando llegamos, el aparcamiento improvisado está lleno de camionetas y coches. Puedo oír música country sonando desde el jardín trasero, risas, el sonido de niños jugando.

—¿Listos? —pregunto, aunque soy yo el que no está listo para ver a Sage en un ambiente familiar, relajada, siendo ella misma sin las barreras profesionales que hemos estado manteniendo.

Pero antes de que pueda terminar de abrocharme la chaqueta, Emma ya está fuera del coche.

—¡Sage! —grita, corriendo hacia una figura que acaba de aparecer desde detrás de la casa.

Y ahí está ella.

Sage lleva un vestido color turquesa que le llega hasta las rodillas y se mueve con ella como agua, marcando cada curva suave de su cuerpo. Su cabello cae en ondas naturales sobre sus hombros, brillando bajo el sol de la tarde. Lleva unos zapatos planos que hacen que sus piernas parezcan infinitas, y cuando sonríe al ver a Emma corriendo hacia ella, es como si el sol se hubiera vuelto más brillante.

Es hermosa. Tan jodidamente hermosa que me duele mirarla.

—¡Emma! —Sage se agacha para recibir el abrazo entusiasta de mi sobrina—. Me alegro muchísimo de veros.

—¿Podemos ver los caballos? ¿Podemos? ¿Podemos? —pregunta Emma, rebotando literalmente de emoción.

—Por supuesto. Pero primero vamos a saludar a todo el mundo, ¿vale?

Es entonces cuando Ethan se acerca, más cauteloso pero claramente emocionado también. Sage le sonríe con esa calidez especial que reserva para él, y puedo ver cómo se relaja inmediatamente.

—Hola, Ethan. ¿Preparado para conocer a los animales más bonitos del mundo?

—¿En serio son tan bonitos? —pregunta, con esa curiosidad científica que nunca puede ocultar del todo.

—Más bonitos imposible.

Y entonces, sin pedir permiso, sin mirarme siquiera, Emma toma la mano de Sage y empieza a tirar de ella hacia la casa. Ethan los sigue, manteniéndose cerca de Sage como si fuese un imán.

Me quedo ahí de pie junto al coche, viendo cómo mis sobrinos se alejan con ella como si fuese la cosa más natural del mundo. Como si fuese su familia.

Joder.

—¡Dominic!

Me giro para encontrarme con Daniel Wellington acercándose con una sonrisa cálida y dos cervezas frías en las manos.

—Daniel. Gracias por invitarnos.

—Es un placer. Ya eres parte de la comunidad. Y después de cómo salvaste a Bill el otro día... —me tiende una cerveza—. Todo el pueblo habla de ti.

No estoy acostumbrado a esto. En Los Ángeles, era solo otro cirujano más en una ciudad llena de médicos. Aquí...

—¡Doctor Kane! —grita alguien desde el otro lado del jardín—. ¡Justo el hombre que quería ver!

Es Gloria Peterson, la hipocondríaca oficial del pueblo, acercándose con una sonrisa que sugiere que está a punto de contarme sobre un nuevo síntoma alarmante.

—Mi espalda está mucho mejor desde que empecé con los ejercicios que me recomendó —dice—. No había podido dormir bien en años.

—Me alegro mucho, Gloria.

—¡Doctor Kane! —Otra voz—. Mi hijo quiere darle las gracias por coserle el corte en la frente. Dice que usted fue súper guay y que no le dolió nada.

Y así sucesivamente durante los siguientes veinte minutos. Persona tras persona acercándose a agradecerme por algo: un tratamiento, un consejo, simplemente por estar allí cuando me necesitaban. Es abrumador y extraño y...

Y hace que algo cálido se asiente en mi pecho de una forma que no esperaba.

En Beverly Hills, mis pacientes me pagaban y se iban. Eran transacciones. Aquí, estas personas me tratan como si fuese parte de algo más grande. Como si importase más allá del dinero que puedan pagarme.

Este pueblo me está jodiendo la cabeza.

Es cuando estoy hablando con Jerry Morrison sobre los puntos que le quite la semana pasada que oigo la risa. Una risa que reconocería en cualquier parte, musical y contagiosa.

Me giro y veo a Emma y Ethan con Sage junto al corral. Pero no están solos. Dorothy Wellington está con ellos, y puedo ver cómo tiene a Emma de la mano mientras le explica algo sobre las flores que crecen cerca de la valla. Daniel se ha unido al grupo y está enseñándole a Ethan cómo acercarse a uno de los caballos más tranquilos.

Y Sage... Sage está en el centro de todo, dirigiendo la interacción, asegurándose de que ambos niños se sientan incluidos y seguros, riéndose cuando Emma hace alguna broma y escuchando con atención cuando Ethan hace una pregunta seria sobre los caballos.

Parecen una familia. Una familia real, cálida, funcional, donde los niños son queridos y valorados y pueden simplemente... ser niños.

Mis sobrinos se ven más relajados de lo que los he visto desde que llegamos a Montana. Más felices. Más... en casa.

Y eso me aterra más que cualquier cosa que haya sentido jamás.

Porque ¿qué va a pasar cuando esto termine? ¿Cuando los dos meses que voy a estar como médico temporal se acaben? ¿Cuando ya no tengamos excusas para que Sage forme parte de nuestras vidas? ¿Cuando ella se dé cuenta de que no está obligada a soportar a un gilipollas controlador como yo?

Emma y Ethan van a estar devastados. Van a perder a otra persona que han llegado a amar. Y esta vez va a ser culpa mía por permitir que esto llegase tan lejos.

Estoy tan absorto en mis pensamientos autodestructivos que no me doy cuenta de que Ethan ha corrido hacia el área de juegos hasta que oigo un grito.

—¡Auch!

Mi instinto se activa inmediatamente. Dejo la cerveza y empiezo a dirigirme hacia él, pero entonces veo algo que me para en seco.

Ethan no corre hacia mí.

Corre hacia Sage.

—¡Sage! —grita, con lágrimas en los ojos y la rodilla raspada—. ¡Me he hecho daño!

Y Sage... Sage reacciona como si fuese su madre.

Se agacha inmediatamente a su altura, examinando la herida con manos gentiles pero expertas. Le susurra palabras tranquilizadoras mientras limpia la sangre con un pañuelo, le besa la frente cuando él hace una mueca de dolor.

—Ya está, cariño —le dice, abrazándolo con fuerza—. No es nada grave. Solo un raspón de valiente.

—¿De valiente? —pregunta Ethan, ya calmándose.

—Claro. Solo los niños muy valientes exploran tan bien que a veces se hacen heridas. Es la marca de un aventurero de verdad.

Ethan sonríe a través de las lágrimas, claramente encantado con esta interpretación de su accidente.

—¿Soy un aventurero de verdad?

—El mejor aventurero que conozco —dice Sage, abrazándolo contra su pecho—. Y ahora, ¿qué te parece si volvemos a ver los caballos?

Veo todo esto desde unos metros de distancia, y es como recibir un puñetazo directamente en el alma.

Sage abraza a Ethan con esa naturalidad maternal que parece nacer de algún lugar profundo dentro de ella. Lo consuela, lo cuida, lo hace sentir especial y querido con una facilidad que yo, después de tres años, sigo intentando conseguir.

Y él confía en ella completamente. Se acurruca contra ella como si fuese el luegar donde pertenece.

El contraste me devasta. Mi propio sobrino, que suele venir corriendo hacia mí cuando se hace daño, ha elegido a Sage. Ha elegido su consuelo, su cuidado, su amor maternal.

Y no puedo culparle. Porque Sage le da algo que yo no sé cómo dar: la certeza absoluta de que está seguro, de que es amado, de que todo va a estar bien.

La imagen de ellos juntos —Sage abrazando a Ethan, susurrándole palabras dulces mientras él se relaja contra ella— me golpea con una fuerza que me deja sin respiración.

Porque es exactamente lo que quiero. Es exactamente la vida que nunca pensé que podría tener.

Quiero que Sage sea quien consuele a mis sobrinos cuando se hagan daño. Quiero que sea quien les lea cuentos por las noches y quien los abrace cuando tengan pesadillas. Quiero que sea la mujer que los ame como si fuesen suyos, que los críe conmigo, que sea parte de nuestra pequeña familia destrozada y la convierta en algo hermoso otra vez.

Quiero formar una familia con Sage Wellington.

La verdad me golpea tan fuerte que tengo que agarrarme a la valla para mantenerme en pie. Es aterrador y perfecto y completamente imposible, y me está parando el corazón y poniéndome duro al mismo tiempo.

—Te dije que era muy buena con los niños.

La voz de Liam me sobresalta. No lo había oído acercarse, estaba demasiado absorto viendo a Sage con mis sobrinos.

—Sí —consigo decir, aunque mi voz suena extraña—. Sí, es... es muy cariñosa con ellos.

—Lo que no sabía —continúa Liam, con una sonrisa pequeña en los labios mientras observa la escena— es que iba a amarlos tanto.

Sus palabras me atraviesan como una flecha directa al corazón.

—Mírala —dice, señalando hacia donde Sage está ahora caminando con Ethan hacia los caballos, Emma está corriendo delante de ellos—. Casi parece...

Se detiene, como si se hubiera dado cuenta de que está a punto de decir algo demasiado personal.

—¿Casi parece qué? —pregunto, aunque no estoy seguro de querer oír la respuesta.

Liam me mira durante un momento, y después dice muy bajito, como si fuese un secreto:

—Como si fuesen suyos.

«Como si fuesen suyos.»

Las palabras resuenan en mi cabeza como un eco que no puedo silenciar. Como si Emma y Ethan fuesen los sobrinos de Sage. Como si ella fuese su tía. Como si fuésemos una familia real.

Es exactamente lo que he estado pensando, exactamente lo que he estado deseando sin permitirme admitirlo ni siquiera a mí mismo.

Y oírlo en voz alta, oír que es tan obvio que hasta Liam lo ha notado, me destroza completamente.

Porque ahora sé, con una certeza devastadora, lo que realmente quiero.

Y sé, con la misma certeza, que estoy tremendamente jodido.

Porque no puedo tenerlo.

CAPÍTULO 20

DOMINIC

Estoy intentando convencer a Emma de que no puede llevarse uno de los caballos a casa cuando Jerry Morrison aparece corriendo por el jardín trasero con expresión de pánico.

—¡Doctor Kane! ¡Doctor Kane! —grita, agitando los brazos—. Necesito su ayuda urgentemente.

Me giro hacia él, automáticamente evaluando su estado físico. No parece herido, pero está claramente alterado.

—¿Qué ha pasado, Jerry? ¿Te encuentras bien?

—No soy yo, doctor. Es Bessie. Mi vaca más valiosa. Está de parto y algo va mal. El ternero viene en mala posición y...

Me quedo mirándolo como si acabase de hablar en chino.

—Jerry —le interrumpo, levantando las manos—. Soy médico de personas. No veterinario.

—¡Pero el doctor Peterson está atrapado al otro lado del condado por un desprendimiento! —dice, con voz desesperada—. La carretera está cortada y no puede llegar hasta mañana. Bessie no puede esperar tanto, doctor. Se va a morir.

—Jerry, no tengo ni idea de cómo...

—Por favor —me interrumpe Sage apareciendo a mi lado como salida de la nada—. Inténtalo.

Su voz es suave pero decidida, y cuando me giro hacia ella, sus ojos verdes están llenos de una súplica que me desarma completamente.

—Sage, no sé nada sobre partos de vacas.

—Pero sabes de medicina. Sabes de anatomía, de complicaciones en el parto. Es lo mismo, ¿no?

—No es lo mismo para nada...

—Dominic —dice, acercándose un paso más, y puedo oler su perfume mezclado con el aire limpio del campo—. Esa vaca se va a morir si no haces nada. Y Jerry la quiere como si fuese de la familia.

Miro hacia Jerry, que nos está observando con los ojos llenos de esperanza desesperada, y después hacia Sage, que me mira como si creyese que puedo hacer milagros.

—Yo te ayudo —añade, como si pudiese leer mis dudas—. Haré lo que me digas. Juntos podemos hacerlo.

Juntos.

La palabra resuena en mi cabeza de formas que no debería. Sage y yo, trabajando juntos, salvando una vida. Sage confiando en mí lo suficiente como para meterse en una situación que podría ser peligrosa.

—Joder —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. Está bien. Pero necesito que alguien se quede con Emma y Ethan.

—Yo me quedo con ellos —dice Dorothy Wellington, apareciendo como si hubiese estado escuchando toda la conversación—. Los niños pueden ayudarme a dar de comer a los caballos. Se lo van a pasar en grande.

Veo cómo Emma y Ethan asienten entusiasmados ante la perspectiva de pasar más tiempo con Dorothy y los animales, y mi última excusa se desvanece.

—Muy bien —digo, mirando a Jerry—. Llévanos hasta allí.

Cuando llegamos, el granero de Jerry huele a heno fresco y a esa mezcla particular de tierra y animales que debería resultar desagradable pero que en lugar de eso me resulta extrañamente tranquilizadora. Es un espacio amplio y rústico, con vigas de madera que se alzan hacia un techo alto y luz dorada filtrándose por las ventanas polvorientas.

Bessie está en una esquina, echada sobre un lecho de paja limpia, claramente en apuros. Es una vaca Holstein enorme, blanca y negra, y puedo ver inmediatamente que Jerry tenía razón: algo va mal.

—¿Hace cuánto que está así? —pregunto, acercándome cautelosamente.

—Unas tres horas —responde Jerry, con voz tensa—. Al principio pensé que era normal, pero cada vez está peor.

Me arrodillo junto a Bessie, hablándole en voz baja mientras examino la situación. No es muy diferente de las emergencias obstétricas que atendí durante mi residencia, aunque considerablemente más grande y cubierta de pelo.

—Sage —digo sin apartar los ojos del animal—, voy a necesitar que me ayudes a examinarla. ¿Te importa?

—Para nada —responde inmediatamente, arrodillándose a mi lado sin dudarlo.

Lleva todavía el vestido turquesa de la barbacoa, pero no parece importarle la perspectiva de ensuciarse. Hay algo valiente en la forma en que se acerca al animal, algo que hace que mi respeto por ella crezca exponencialmente.

—Jerry, necesito agua caliente, toallas limpias y cualquier tipo de lubricante que tengas —instruyo—. Y guantes. Los guantes más largos que puedas encontrar.

Mientras Jerry corre a buscar suministros, me quedo a solas con Sage y Bessie en el silencio relativo del granero. Aquí todo se siente contenido, íntimo, como si estuviésemos en nuestro propio mundo pequeño.

—¿De verdad sabes lo que estás haciendo? —pregunta Sage, acariciando suavemente el costado de Bessie.

—Tengo una idea general —admito—. Los principios básicos son los mismos. Pero nunca había intentado nada parecido en un animal de este tamaño.

—Estoy segura de que lo vas a hacer fenomenal —dice, y hay una confianza en su voz que hace que algo cálido se asiente en mi pecho —. Eres el mejor médico que he visto en acción.

Sus palabras me golpean con fuerza. Porque no es solo un cumplido profesional. Hay algo personal en la forma en que lo dice, algo que sugiere que me ha estado observando, que ha llegado a conclusiones sobre quién soy como médico y como hombre.

Y esa sensación me gusta demasiado.

Jerry vuelve con todos los suministros, y durante la siguiente hora me sumerjo en el trabajo médico. Es complicado, frustrante, completamente diferente a cualquier cosa que haya hecho antes, pero gradualmente empiezo a entender lo que está pasando.

El ternero está mal posicionado, con las patas delanteras dobladas hacia atrás, impidiendo un parto natural. Tengo que reposicionarlo manualmente, una tarea que requiere paciencia, delicadeza y más fuerza de la que esperaba.

Sage es una asistente perfecta. Anticipa lo que necesito antes de que se lo pida, mantiene a Bessie tranquila con susurros y caricias, no se inmuta ante la sangre o los fluidos corporales. Trabaja conmigo como si llevásemos años haciéndolo, con una sincronización natural que me resulta sorprendente.

—Pásame esa toalla —digo, y casi está en mis manos antes de que termine la frase.

—¿Está funcionando? —pregunta, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano, dejando una mancha adorable de suciedad.

—Creo que sí. Las patas ya están en posición. Ahora solo necesitamos que Bessie coopere.

Es mientras esperamos a que llegue la siguiente contracción que la conversación se vuelve personal.

—¿Siempre quisiste ser médico? —pregunta Sage, sentándose en la paja a mi lado.

—Desde que tenía doce años —respondo—. Mi hermana Isabelle se rompió el brazo, y el médico que la atendió fue tan bueno con ella, tan gentil, que decidí que quería ser como él.

—Isabelle —repite suavemente—. La madre de Emma y Ethan.

—Sí. Era... —me detengo, sintiendo esa opresión familiar en el pecho que siempre aparece cuando hablo de mi hermana—. Era la persona más maravillosa que he conocido jamás.

Sage no dice nada, simplemente espera, y de alguna forma eso me da el valor para continuar.

—Era seis años menor que yo, pero siempre fue la más madura de los dos. La más sabia, la más valiente, la más... luminosa. Tenía

una habilidad especial para hacer que cualquier persona se sintiera especial solo por estar cerca de ella.

—Como Emma —dice Sage suavemente.

—Exacto como Emma. Mi sobrina es idéntica a ella en eso. Tiene esa misma luz natural, esa misma forma de ver lo mejor en todo el mundo.

—¿Y Ethan?

—Ethan es como era yo de niño. Demasiado serio, demasiado preocupado por todo, cargando con responsabilidades que no debería cargar. Isabelle siempre me decía que me relajase, que disfrutase más de la vida.

Me quedo callado durante un momento, recordando. El sonido distante del resto de animales se mezcla con la respiración pesada de Bessie y el susurro de la paja bajo nuestros cuerpos.

—Murió en un accidente de coche —continúo, sin mirar a Sage—. Por culpa de un conductor ebrio. Un martes por la tarde cualquiera, volviendo de su clase de yoga. Una llamada de teléfono y... se acabó. Su marido murió en el acto. Ella aguantó tres días en el hospital antes de...

La voz se me quiebra, y tengo que parar. Incluso después de tres años, me sigue resultando imposible decir las palabras en voz alta.

Siento la mano de Sage posándose suavemente sobre la mía, cálida y tranquilizadora.

—Lo siento muchísimo —susurra—. No puedo imaginar lo que debe de haber sido perderla.

—Lo peor es que Emma y Ethan no han sido felices de verdad desde que ella murió —digo, las palabras salen como una confesión —. He intentado todo, terapia, cambios de ambiente, actividades, rutinas... Nada funcionaba. Seguían siendo dos niños rotos fingiendo estar bien para no preocuparme más.

Levanto la vista hacia ella, y hay algo en sus ojos verdes, una comprensión profunda que hace que continúe.

—Hasta ahora. Hasta que tú apareciste en sus vidas.

Veo cómo se le cortan ligeramente la respiración, cómo sus mejillas se sonrojan.

—Emma se ríe cuando está contigo. De verdad se ríe, como solía reírse con Isabelle. Y Ethan... Ethan baja la guardia. Te cuenta cosas, te hace preguntas, confía en ti de una forma que no había vuelto a confiar en nadie desde el accidente.

—Dominic...

—No sé qué clase de magia tienes —continúo, mi voz volviéndose más ronca—. Pero en unas pocas semanas has conseguido lo que yo no he conseguido en tres años. Los has hecho felices otra vez.

Estamos tan cerca ahora que puedo ver las motitas doradas en sus iris, puedo contar cada peca que tiene en la nariz. Sus labios están entreabiertos, como si estuviese a punto de decir algo importante.

—Estoy encantada con ellos —dice suavemente—. No sabes lo que significa para mí poder...

Pero antes de que pueda terminar la frase, Bessie emite un gemido fuerte y su cuerpo se tensa con una contracción poderosa.

—¡Ahí vamos! —digo, volviendo inmediatamente al modo médico —. Sage, necesito que te pongas detrás de su cabeza y la mantengas tranquila.

Los siguientes veinte minutos son intensos, llenos de adrenalina y concentración absoluta. Trabajo con las manos, guiando cuidadosamente al ternero hacia la posición correcta, sintiendo cómo su pequeño cuerpo responde a mis manipulaciones.

Sage está perfecta, susurrando palabras tranquilizadoras a Bessie, acariciándole la cabeza, manteniéndola calmada mientras yo trabajo. Está cubierta de sudor y suciedad, su vestido turquesa arruinado probablemente para siempre, pero hay una determinación feroz en su rostro que la hace parecer absolutamente hermosa.

—¡Ya casi está! —grito—. ¡Puedo ver la cabeza!

Y entonces, con una última contracción poderosa, el ternero sale completamente, pequeño y húmedo y absolutamente perfecto.

—¡Lo has conseguido! —grita Sage, con los ojos brillando de emoción—. ¡Dominic, lo has conseguido!

Por un momento nos quedamos ahí, jadeando, cubiertos de suciedad y fluidos corporales, mirando cómo el ternero intenta

ponerse en pie con piernas temblorosas. Es un momento de triunfo puro, de vida creada contra todo pronóstico.

Y cuando Sage me mira, con esa sonrisa radiante que ilumina todo el granero, cuando veo la admiración y el orgullo en sus ojos, no puedo resistirme más.

Me acerco a ella, mis manos encuentran su rostro, y estoy a punto de besarla cuando...

—¡Doctor Kane! ¡Sage! ¿Cómo va todo por aquí?

La voz de Jerry Morrison interrumpe el momento como un cubo de agua fría.

Nos separamos de golpe, jadeando, y Sage se sonroja hasta las raíces del cabello.

—Perfecto —consigo decir, mi voz suena extraña—. Madre e hijo están perfectamente.

Jerry entra corriendo, seguido por al menos media docena de personas que han venido a ver qué tal ha ido todo. El granero se llena inmediatamente de voces y felicitaciones, destruyendo por completo la intimidad del momento.

Mientras todo el mundo admira al ternero recién nacido y felicita a Bessie, intercambio una mirada con Sage que está cargada de todo lo que no hemos podido decirnos.

De todo lo que hemos estado a punto de hacer.

De todo lo que todavía está por resolverse entre nosotros.

CAPÍTULO 21

DOMINIC

Cuando regresamos al rancho después del parto de Bessie, son más de las nueve de la noche. Las luces doradas de la casa Wellington brillan como un faro en la oscuridad, y puedo escuchar el sonido de risas y conversaciones que vienen del interior.

—¡Por fin! —Dorothy Wellington aparece en la puerta principal con una sonrisa maternal que me llega directamente al pecho—. Estaba empezando a preocuparme. ¿Todo bien con Bessie?

—Perfectamente —responde Sage, que sigue llevando el vestido turquesa arruinado y manchado del parto—. Dominic ha estado increíble. Ha salvado tanto a la madre como al recién nacido.

La admiración en su voz hace que algo cálido se expanda en mi pecho, pero es la forma en que me mira —como si acabase de hacer algo heroico en lugar de simplemente improvisar asistencia veterinaria— lo que me deja sin respiración.

—Estáis hechos un desastre los dos —dice Dorothy, examinándonos con ojo maternal—. Tengo ropa limpia de Daniel y mía que os puede valer. No podéis ir por ahí así.

—¿Dónde están Emma y Ethan? —pregunto, queriendo saludar a mis niños.

—Durmiendo como angelitos —dice Dorothy con esa sonrisa que sólo pueden tener las abuelas experimentadas—. Los he acostado en la antigua habitación de Sage. Estaban encantados cuando les dije que iba a ser como dormir en el cuarto de una princesa.

—¿En mi habitación? —Sage se gira hacia su madre con emoción.

—Querían estar juntos, y tu cama es más grande. Les he dado de cenar, les he leído tres cuentos, y se han quedado dormidos abrazaditos como dos angelitos.

Algo se me contrae en el pecho al imaginar la escena. Emma y Ethan, sintiéndose lo suficientemente seguros en casa de los Wellington como para quedarse dormidos sin mí. Sintiéndose parte de esta familia cálida y acogedora de una forma que nunca han sentido en ningún otro sitio.

—¿Puedo verlos? —pregunto.

—Por supuesto —dice Dorothy—. Es la segunda puerta a la derecha, arriba. Pero no hagas ruido, están profundamente dormidos.

Subo las escaleras sigilosamente, siguiendo las instrucciones de Dorothy hasta llegar a una puerta entreabierta. Me asomo con cuidado y...

Mi corazón se para.

Emma y Ethan están acurrucados en el centro de una cama que claramente perteneció a Sage cuando era pequeña. Hay restos de su personalidad por todas partes: fotografías familiares en marcos coloridos, libros apilados en estanterías, una colección de peluches en una esquina. Pero son mis sobrinos lo que captura toda mi atención.

Están completamente relajados, durmiendo con esa paz absoluta que sólo tienen los niños cuando se sienten completamente seguros. Emma tiene un brazo sobre Ethan, como si estuviese protegiéndolo incluso mientras duerme. Ethan se ha acurrucado contra ella con una sonrisa pequeña en los labios.

No los había visto así de tranquilos desde hace mucho tiempo.

Bajo las escaleras con el corazón hinchado de una emoción que no sé cómo nombrar. Dorothy me espera con ropa limpia —una camisa de franela de Daniel y vaqueros que me quedarán un poco grandes pero decentes— y me señala hacia un baño pequeño para que me cambie.

Cuando salgo, Sage también se ha cambiado. Lleva unos vaqueros que le quedan perfectos y una blusa blanca que hace que parezca más accesible. Más como la mujer de la que me estoy enamorando sin remedio.

—Están como en casa —le digo cuando nos reunimos en el pasillo.

—Porque están en casa —responde simplemente—. Al menos, así es como mi familia los ve.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada. Porque tiene razón. Los Wellington han acogido a mis sobrinos como si fuesen parte de la familia desde el primer día.

Bajamos de nuevo a la planta principal, donde encuentro a Daniel, Liam, Iris y Aiden reunidos alrededor de la mesa del comedor con platos de comida que huelen absolutamente increíble.

—¡Dom! —Aiden se levanta para darme una palmada en el hombro—. ¿Qué tal la experiencia de ser veterinario por un día?

—Aterradora —admito, sentándome en la silla que me indica Daniel—. Definitivamente prefiero a los pacientes que pueden describir sus síntomas.

Todos se ríen, y Dorothy me sirve un plato del mejor guiso que he olido en mi vida.

—Nuestra madre hace el mejor guiso de todo Montana —dice Liam—. Es una receta secreta familiar que ni siquiera me comparte a mí.

—Y no voy a empezar ahora —responde Dorothy con una sonrisa traviesa—. Un hombre tiene que casarse para conseguir mis recetas.

Puedo sentir cómo todos los ojos se dirigen hacia mí cuando dice esto, y me concentro intensamente en mi comida para evitar cualquier comentario. Pero puedo sentir la mirada de Sage sobre mí como una presencia física, y cuando levanto los ojos para encontrarme con los suyos, hay algo en su expresión que hace que mi respiración se acelere.

Los siguientes treinta minutos pasan en una nube de conversación fácil, bromas familiares, y esa sensación cálida de pertenencia que nunca he experimentado en mi vida adulta. Los Wellington me tratan como si fuese uno más de la familia, me incluyen en sus historias, se ríen de mis comentarios como si los conociese desde siempre.

Es tremendamente adictivo.

Y es exactamente lo que Emma y Ethan necesitan. Una familia extendida que los quiera sin condiciones, que los vea como niños normales en lugar de como niños dañados.

—Muy bien —dice Aiden cuando terminamos de cenar, frotándose las manos con entusiasmo—. Los niños están durmiendo, nosotros estamos alimentados. ¿Qué os parece si salimos un rato? Hace siglos que no tenemos una noche libre todos juntos.

—¿Salir? —pregunto, frunciendo el ceño—. No puedo dejar a Emma y Ethan...

—Están durmiendo profundamente —me interrumpe Dorothy—. Y esta casa lleva siendo a prueba de niños desde que todos estos crecieron. No se van a ir a ningún sitio, y si se despiertan, Daniel y yo estaremos aquí.

—Pero no conocen vuestra casa bien, pueden asustarse si se despiertan en un sitio que no es el suyo...

—Dom —dice Liam con voz fraternal—, han cenado aquí, han jugado aquí toda la tarde, se han quedado dormidos felices en la cama de Sage. Esta no es una casa extraña para ellos. Es la casa de su familia.

La palabra familia resuena en mi pecho.

—Además —añade Iris, señalándome con su tenedor—, ¿cuándo fue la última vez que saliste a divertirte? ¿A hacer algo que no fuese trabajar o cuidar niños?

La verdad es... que no puedo recordarlo. Desde que Emma y Ethan llegaron a mi vida, cada momento libre ha estado dedicado a ellos, a intentar ser lo que necesitan.

—No lo recuerdo —admito.

—Pues ya está —dice Aiden con decisión—. Solo un par de horas. Hay un sitio en el pueblo que está bastante bien. Música en directo, algunas cervezas, nada del otro mundo.

—Y todos estaremos contigo —dice Sage suavemente—. Si pasa cualquier cosa, nuestros padres nos llaman inmediatamente y volvemos corriendo.

La idea de pasar unas horas con ella en un ambiente más relajado, de verla divertirse sin la presión constante del trabajo o los niños, hace que algo en mi estómago se contraiga de anticipación.

—De acuerdo —digo antes de poder cambiar de opinión—. Pero solo un par de horas.

Quince minutos después estoy en el asiento trasero de la camioneta de Liam, con Sage sentada a mi lado e Iris y Aiden delante charlando sobre el sitio al que vamos. Puedo sentir el calor de su cuerpo cada vez que tomamos una curva y se inclina ligeramente hacia mí, puedo oler su champú mezclado con el jabón que Dorothy le ha dado para lavarse.

Es una tortura deliciosa.

«Murphy's» es exactamente lo que esperaba de un bar de pueblo pequeño: madera oscura, luces tenues, una barra larga atendida por un tipo que claramente conoce a todo el mundo por su nombre. Hay música en directo en una esquina —un tipo con una guitarra cantando versiones de country— y suficientes mesas ocupadas como para crear un ambiente alegre pero no abrumador.

Los hermanos Wellington conocen a todo el mundo, por supuesto. En los primeros diez minutos me han presentado a al menos una docena de personas, y he recibido más agradecimientos por mi trabajo como médico temporal de los que sé cómo manejar.

—Te has convertido en una especie de héroe local —me dice Liam, pasándome una cerveza fría—. El médico de la gran ciudad que ha venido a salvarnos a todos.

—No soy un héroe —protesto.

—Para esta gente sí que lo eres.

No sé qué decir a eso. La sensación de ser médico en este pueblo no es comparable a nada que haya experimentado antes.

Es entonces cuando la veo en la pista de baile.

Sage se mueve al ritmo de la música con una naturalidad que me deja hipnotizado. No es nada elaborado, sólo ella balanceándose suavemente con los ojos cerrados, dejándose llevar por la melodía. Los vaqueros prestados se ajustan a sus caderas de una forma que hace que mi boca se seque instantáneamente, y la blusa blanca se mueve con ella como si fuese parte de su piel.

Es preciosa. Es tan jodidamente preciosa que me duele mirarla.

Y no puedo apartar los ojos de ella.

Es patético. Soy un hombre de treinta y ocho años comportándome como un adolescente con su primera obsesión. Con una mujer que tiene catorce años menos que yo. Pero cada

movimiento que hace, cada sonrisa que esboza cuando Iris se acerca a bailar con ella, cada vez que se ríe y echa la cabeza hacia atrás dejando al descubierto la línea elegante de su cuello...

Mi cuerpo reacciona de una forma que no es apropiada para un lugar público.

«Mantente alejado», me repito como un mantra. «*No la mereces. Es demasiado joven, demasiado luminosa, demasiado perfecta para alguien como tú. Mantente alejado y deja que sea feliz.»*

Mi determinación de ser un hombre decente funciona perfectamente hasta que aparece él.

Un tipo rubio de unos treinta años que obviamente conoce a Sage, porque se acerca a ella con la confianza de alguien que ha estado esperando su oportunidad toda la noche. Es alto, atlético, tiene una de esas sonrisas fáciles que hacen que las mujeres bajen la guardia.

Y cuando le pone una mano en la cintura y la atrae hacia él para bailar, algo primitivo y violento se despierta en mi pecho como un rugido.

Los veo moverse juntos al ritmo lento de la música, demasiado cerca para mi cordura. Él le susurra algo al oído que la hace reírse, y esa risa —mi risa favorita del mundo, la que me hace sonreír incluso en mis peores días— dirigida hacia otro hombre hace que vea rojo literal.

—Dom —dice Liam a mi lado, pero su voz suena lejana—. Dom, estás agarrando esa cerveza como si quisieses romperla.

Bajo la vista. Tiene razón. Mis nudillos están blancos por la fuerza con que estoy sujetando la botella.

—¿Quién es ese? —pregunto, y mi voz sale más dura de lo que pretendía.

—¿Jake? Es un buen tipo. Trabaja en la ferretería de su familia. Ha estado colado por Sage desde el instituto, pero ella nunca le ha hecho caso.

Hasta ahora, pienso, viendo cómo ella se deja guiar en un baile que los tiene pegados de una forma que me está matando por dentro.

—Dom —dice Liam otra vez, y esta vez hay algo diferente en su voz. Algo que me hace girarme hacia él.

—¿Qué?

—A juzgar por cómo estás mirando al tipo que está bailando con mi hermana —dice con una sonrisa pequeña—, como si le fueras a arrancar la cabeza de los hombros, diría que te sientes atraído por ella.

Mierda. He sido tan sutil como un martillo.

Estoy a punto de disculparme, de intentar explicarle que no quería faltarle al respeto, que sé que soy demasiado viejo para ella, cuando Liam me sorprende completamente.

—¿Vas a dejar que un cualquiera te la quite por miedo?

Me quedo mirándolo como si acabase de hablar en otro idioma.

—¿Miedo? ¿Por qué asumes que tengo miedo?

Liam se ríe, pero no es una risa burlona. Es más bien comprensiva.

—Porque la cara que pones cuando miras a mi hermana es exactamente la misma que yo ponía cuando miraba a Iris —dice, dando un sorbo a su cerveza—. Como si no pudieses creer que alguien tan maravilloso existiese, y mucho menos que pudiese estar al alcance de tu mano.

Sus palabras me golpean como una bofetada de verdad. Como una revelación que me deja completamente desarmado.

No escucho más.

Dejo la cerveza en la mesa más cercana y me dirijo hacia la pista de baile como un hombre con una misión.

Porque Liam tiene razón. He estado comportándome como un cobarde, permitiendo que mi inseguridad y mi sentido equivocado del honor me impidan luchar por lo que quiero.

Y quiero a Sage Wellington.

La quiero tanto que me duele físicamente.

Y es hora de que deje de fingir lo contrario.

CAPÍTULO 22

SAGE

Estoy bailando con Jake Morrison e intentando prestar atención a lo que me está contando sobre su trabajo en la ferretería, pero mis ojos siguen desviándose hacia donde Dominic está con mis hermanos.

Ha estado observándome durante toda la noche. Puedo sentir su mirada como una presencia física sobre mi piel, intensa y ardiente, siguiendo cada movimiento que hago en la pista de baile. Cuando me giro ligeramente, puedo verlo aferrado a su cerveza con tanta fuerza que los nudillos se le han puesto blancos.

Y hay algo en su expresión... algo feroz y posesivo que hace que un calor líquido se extienda por mi vientre.

Está molesto.

Dominic Kane, el hombre controlado e imperturbable que nunca deja que nada le afecte, está molesto porque estoy bailando con otro hombre.

La posibilidad es embriagadora. Mejor que cualquier alcohol que haya probado jamás.

—¿Sage? —Jake me está hablando, pero su voz suena lejana—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Perdona, ¿qué decías?

—Te preguntaba si te apetece que salgamos algún un día. Quizás podríamos...

—Perdona.

La voz grave y peligrosa de Dominic interrumpe a Jake como un rugido de advertencia. Me giro para encontrármelo de pie justo detrás de nosotros, con una expresión que haría que cualquier hombre cuerdo diese tres pasos atrás.

Jake, por desgracia, no parece ser particularmente cuerdo.

—Hola, doctor —dice con una sonrisa que intenta ser cordial pero que sale ligeramente nerviosa—. ¿Qué tal la noche?

—Mejor ahora —responde Dominic sin apartar sus ojos azules de mí—. ¿Te importa si me llevo a Sage un momento? Tengo que hablar con ella sobre... algo importante.

No es una pregunta. Es una orden educada envuelta en cortesía superficial.

—Claro, claro —dice Jake, claramente captando el mensaje—. Sage, hablamos otro día, ¿vale?

Se aleja tan rápido que casi tropieza con sus propios pies, y me quedo a solas con Dominic en medio de la pista de baile, sintiendo cómo la tensión crepita entre nosotros como electricidad estática.

—Eso ha sido de muy mala educación —le digo, pero no puedo ocultar la diversión en mi voz.

—¿Sí? —se acerca un paso más, y ahora estamos tan cerca que puedo oler su aftershave mezclado con algo más personal, más masculino—. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Su voz es un desafío puro, cargada de algo oscuro y peligroso que hace que mi respiración se acelere.

—Podría acusarte de estar celoso —digo, levantando la barbilla para sostener su mirada.

—Podrías.

—¿Lo estás?

Me mira durante un momento largo e intenso, y puedo ver la batalla que se libra en sus ojos azules. El control luchando contra la honestidad. La lógica luchando contra algo mucho más primitivo.

—Sí —dice finalmente, con una voz tan ronca que tengo que inclinarme para poder escuchar—. Estoy jodidamente celoso.

Sus palabras me golpean directamente en el centro del pecho, enviando ondas de calor por todo mi cuerpo. Saber que le importo lo suficiente como para admitir algo así, como para perder esa compostura férrea que mantiene siempre...

—¿De Jake Morrison? —susurro, acercándome un paso más.

—De cualquiera que te toque —dice, y hay algo feroz en su voz que hace que mis rodillas se tambaleen—. De cualquiera que te

haga reír. De cualquiera que no sea yo.

Y entonces, antes de que pueda responder, sus manos encuentran mi rostro y me besa.

Aquí, en medio de la pista de baile de Murphy's, delante de medio Sunset Valley, Dominic Kane me besa como si fuese el aire que necesita para respirar.

Es un beso posesivo, demandante, que me marca como suya delante de todo el mundo. Sus labios se mueven contra los míos con un hambre que me deja sin aliento, su lengua explora mi boca con una dominancia que hace que algo primitivo en mí se despierte y ronronee de satisfacción.

Puedo sentir cómo todas las miradas del bar se dirigen hacia nosotros, puedo escuchar el murmullo de sorpresa que recorre el local, pero no me importa. Lo único que me importa es la forma en que me está besando, como si quisiera devorarme entera.

Cuando finalmente nos separamos, estamos jadeando, y puedo ver mi propio deseo reflejado en sus ojos azules.

—Quiero continuar en casa —susurro contra sus labios, las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas—. En mi casa.

Veo cómo sus pupilas se dilatan hasta casi consumir todo el azul de sus iris.

—¿Estás segura? —pregunta, su voz sale tan ronca que apenas la reconozco.

—Completamente segura.

No dice nada más. Simplemente me toma de la mano y me guía hacia la salida como un hombre con una misión.

DOMINIC

El trayecto en taxi hasta la cabaña de Sage dura exactamente media hora, pero se siente como una eternidad.

Sage está sentada a mi lado y puedo sentir la tensión irradiando de ella como calor. Cada pocos segundos se mueve ligeramente, cruza las piernas, se pasa una mano por el pelo, y cada uno de esos pequeños movimientos hace que mi erección se vuelva más dura, más insistente.

Cuando pago y bajamos del taxi, quedándonos de pie frente a su cabaña, ninguno de los dos se mueve durante un momento. La tensión en el aire es tan densa que podría cortarse con un bisturí.

—¿Sigues estando segura? —pregunto, porque necesito que lo esté. Necesito que quiera esto tanto como yo.

En lugar de responder con palabras, se inclina hacia mí y me besa. Es un beso suave pero decidido, una respuesta que me dice todo lo que necesito saber.

Caminamos hacia su puerta, pero antes de que pueda abrir, la empujo suavemente contra la madera y la beso otra vez, sin poder esperar ni un segundo más.

—Las llaves —murmuro contra sus labios.

—En mi bolso —jadea, pero cuando busca en el bolso, sus manos están temblando tanto que no puede encontrarlas.

—Déjame —digo, quitándole el bolso y encontrando las llaves inmediatamente.

Cuando abrimos la puerta y entramos en su pequeño espacio acogedor, lleno de plantas y libros y esa esencia floral que es únicamente suya, algo en mi pecho se contrae.

Esto es tan diferente a mi casa. Tan cálido, tan personal, tan absolutamente ella que me quedo inmóvil durante un segundo, simplemente absorbiendo la energía del espacio.

—Sage —digo, girándome hacia ella.

Está ahí de pie, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por nuestros besos, mirándome con esos ojos verdes llenos de deseo y algo más profundo que no quiero analizar ahora mismo.

—Ven aquí —digo, y mi voz sale como una orden.

Se acerca inmediatamente, sin dudarlo, y cuando está lo suficientemente cerca, mis manos encuentran su cintura y la atraigo hacia mí.

—Si hacemos esto —digo, mirándola directamente a los ojos—, va a ser a mi manera.

—¿A tu manera? —susurra, pero puedo ver la excitación en sus ojos.

—Sí, a mi manera —confirmo, bajando la cabeza hasta que nuestros labios casi se tocan—. Yo dirigiendo. Tú entregándote.

¿Puedes hacer eso por mí?

—Sí —jadea, y la palabra sale de sus labios como una súplica.

La beso entonces, duro y profundo, dejando que todo el control que he mantenido durante semanas se evapore. Mis manos se mueven por su cuerpo con propósito, memorizando cada curva, cada suspiro que escapa de sus labios.

—Enséñame dónde está tu habitación —digo contra su cuello—. Ahora.

Me guía por el pasillo hasta su dormitorio, que es exactamente lo que esperaba: femenino y acogedor, con ropa de cama en tonos pastel y plantas por todas partes. Pero lo único que puedo ver es la cama.

La cama donde voy a hacer que se olvide de su propio nombre.

La empujo suavemente hacia el colchón, pero antes de que se siente, mis manos encuentran el dobladillo de su blusa.

—Arriba —instruyo, y ella obedece inmediatamente, levantando los brazos para que pueda quitársela por encima de la cabeza.

El sujetador que lleva es de encaje blanco, simple pero absolutamente devastador contra su piel dorada. Sus pechos son perfectos, del tamaño exacto para llenar mis manos, y cuando se endurece bajo mi mirada, tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no devorarla inmediatamente.

—Eres preciosa —murmuro, trazando la línea de encaje con un dedo—. Absolutamente preciosa.

Sus mejillas se sonrojan, pero sostiene mi mirada con una valentía que me vuelve loco.

—Tu turno —dice suavemente.

Me quito la camisa por encima de la cabeza, y veo cómo sus ojos se oscurecen al ver mi torso desnudo. Sus manos se mueven automáticamente hacia mí, trazando las líneas de mis abdominales con dedos que tiemblan ligeramente.

—Dominic... —suspira, y mi nombre en sus labios suena como una oración.

La tumbo en la cama, siguiendo su cuerpo con el mío, y cuando mi peso se asienta sobre ella, cuando siento su calor a través de la tela de nuestros vaqueros, gruño de pura satisfacción.

—Eres mía esta noche —le digo, mirándola directamente a los ojos—. Solo mía.

—Solo tuya —confirma, arqueando su cuerpo hacia el mío.

Y entonces me entrego completamente a hacerla mía de todas las formas posibles.

Mis labios encuentran su cuello, besando y succionando la piel sensible hasta que gime mi nombre. Bajo hacia sus pechos, liberándolos del sujetador antes de tomar uno en mi boca, mi lengua trabajando su pezón hasta que se retuerce debajo de mí.

—Por favor —jadea, sus manos enterrándose en mi cabello—. Por favor, Dominic.

—¿Por favor qué? —pregunto contra su piel, disfrutando de cómo su cuerpo responde a cada caricia—. Dime qué quieres.

—Te quiero a ti —dice, y hay algo desesperado en su voz—. Todo de ti.

Mis manos encuentran el cierre de sus vaqueros, deslizándolos por sus piernas junto con sus bragas de encaje hasta que está completamente desnuda debajo de mí. Es la visión más hermosa que he visto jamás: piel dorada bajo la luz tenue de su lámpara, cabello castaño extendido sobre la almohada como seda derramada, ojos verdes brillando de deseo.

—Eres perfección absoluta —murmuro, mis manos acariciando sus muslos, sintiendo cómo tiembla bajo mis caricias.

Me deshago de mis propios vaqueros con movimientos urgentes, y cuando estoy tan desnudo como ella, veo cómo sus ojos se agrandan al ver mi erección completamente dura, hinchada de necesidad por ella.

—Es... es muy grande —dice con voz pequeña. Hay una mezcla de nerviosismo y fascinación en su rostro.

—No te haré daño —le prometo, colocándome entre sus piernas —. Voy a ir muy despacio. Voy a ser muy cuidadoso.

Cuando finalmente la toco donde más me necesita, mis dedos explorando su humedad, esta vez con más profundidad que en nuestro encuentro en el pasillo, siento una resistencia que no esperaba. Es entonces cuando lo entiendo todo: la forma tímida en

que me ha estado mirando, cómo temblaba cuando la besé, esa inocencia en sus respuestas...

Me detengo completamente, mis ojos encuentran los suyos.

—Sage —digo con voz ronca—. ¿Nunca has...?

—No —susurra, sus mejillas ardiendo de vergüenza—. Nunca he... tú eres el primero que me ha hecho sentir así. El primero que me ha hecho querer... esto.

La revelación me golpea como una onda expansiva. Sage Wellington, esta mujer increíble que me vuelve loco de deseo, nunca ha estado con nadie. Nunca ha sentido lo que estoy a punto de hacerle sentir.

Voy a ser su primero. Su único.

La posesividad que se apodera de mí es tan intensa que me deja sin respiración. Algo primitivo y feroz rugue dentro de mi pecho, reclamándola como mía de la forma más elemental posible.

—Joder, Sage —gruño, mi frente tocando la suya—. Eres un regalo. Un jodido regalo perfecto.

—¿Estás... estás decepcionado? —pregunta, y hay una inseguridad en su voz que me parte algo por dentro.

—¿Decepcionado? —repito, casi sin poder creerlo—. Preciosa, estoy a punto de explotar solo de saber que voy a ser el único hombre que te ha tocado así. El único que te va a conocer de esta forma.

Beso cada centímetro de su piel que puedo alcanzar, susurrándole promesas contra su cuerpo.

—Voy a hacer que sea perfecto para ti —murmuro contra el valle entre sus pechos—. Voy a prepararte tan bien que cuando finalmente esté dentro de ti, lo único que vas a sentir es placer puro.

Bajo lentamente por su cuerpo, mis labios trazando un camino de fuego desde su cuello hasta sus pechos, deteniéndome para adorar cada pezón hasta que está jadeando y arqueándose debajo de mí.

—Dominic... —gime, sus dedos enterrándose en mi cabello—. No sabía... no sabía que podía sentir así.

—Esto no es nada —le prometo, continuando mi descenso—. Espera a ver lo que puedo hacerte.

Cuando mi boca finalmente encuentra su centro, cuando mi lengua la prueba por primera vez, el sonido que escapa de su garganta es lo más erótico que he escuchado jamás. Es dulce, perfecta, completamente virginal, y saber que soy el primer hombre en tocarla así hace que mi erección pulse dolorosamente.

—¡Oh, Dios! —grita, sus caderas levantándose involuntariamente —. ¡Dominic, qué estás...!

La trabajo con mi lengua y mis labios, encontrando todos los puntos que la hacen temblar. Cuando introduzco un dedo cuidadosamente, sintiendo cómo se tensa alrededor de la intrusión, tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para ir despacio.

—Tan estrecha —gruño contra su piel—. Tan perfecta. ¿Te gusta cómo te toco, preciosa?

—Sí —jadea, completamente perdida en las sensaciones—. No sabía... nunca pensé...

Añado un segundo dedo, moviéndolos lentamente dentro y fuera mientras mi boca trabaja su clítoris. Puedo sentir cómo se afloja gradualmente, cómo su cuerpo aprende a acomodar la invasión.

—Eso es —susurro—. Relájate para mí. Déjame prepararte para lo que viene.

Su primer orgasmo la golpea como una tormenta, su cuerpo convulsionando mientras grita mi nombre. La sostengo mientras se estremece, prolongando su placer hasta que está completamente deshecha.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, subiendo para besarla suavemente.

—Como si... como si hubiera estado dormida toda mi vida y acabase de despertar —dice, sus ojos verdes brillando de asombro.

—Y esto es solo el principio —le prometo, colocándome entre sus piernas.

Cuando siento mi erección presionando contra su entrada, cuando noto lo pequeña que es comparada conmigo, la realidad de lo que estamos a punto de hacer me golpea con fuerza total.

—Mírame —ordeno suavemente, una de mis manos ahuecando su mejilla—. No apartes los ojos de mí. Quiero ver tu cara cuando me sientas por primera vez.

Y entonces, muy lentamente, empiezo a entrar en ella.

La resistencia es inmediata e intensa. Es como intentar abrir algo que nunca ha sido tocado, algo precioso y delicado que tengo que tratar con reverencia absoluta.

—Respira conmigo —le susurro, deteniéndome cuando veo que sus ojos se llenan de lágrimas—. Relájate, amor. Déjame entrar.

Avanzo centímetro a centímetro, mis manos acariciando su cuerpo, mi boca besándola para distraerla del dolor. Cuando finalmente rompo su barrera virginal, cuando siento esa resistencia ceder, los dos gemimos al unísono.

—Ya está —susurro contra sus labios—. Lo más difícil ya ha pasado. Ahora solo queda el placer.

Estoy completamente inmóvil dentro de ella, dejándole tiempo para acostumbrarse a la invasión. Es la tortura más exquisita que he experimentado jamás: estar rodeado por su calor estrecho mientras lucho contra el impulso de moverme.

—Estás tan adentro —jadea, sus ojos llenos de asombro—. Te siento por todas partes.

—Y así es como va a ser siempre —gruño, empezando a moverme muy despacio—. Cada vez que te toque, cada vez que esté dentro de ti, vas a sentirme por todas partes. Vas a ser mía por completo.

Empiezo con embestidas lentas y cuidadosas, observando su rostro para asegurarme de que el dolor se está convirtiendo en placer. Cuando veo que sus ojos se oscurecen, cuando escucho que sus gemidos cambian de dolor a necesidad, acelero ligeramente el ritmo.

—¿Te gusta? —pregunto, una de mis manos encontrando su clítoris—. ¿Te gusta como te follo, preciosa?

—Sí —gime, sus caderas moviéndose para encontrar mis embestidas—. Me gusta todo. Todo lo que me haces.

—Eres tan estrecha —gruño, perdiendo gradualmente el control —. Tan perfecta para mi polla. Como si hubieras nacido para esto, para ser mía.

El ritmo se acelera, se vuelve más intenso. Puedo sentir cómo su cuerpo aprende a recibirme, cómo se adapta a mi tamaño, cómo

empieza a buscar activamente el placer en lugar de simplemente soportarlo.

—Dominic —gime, sus piernas rodeándome, atrayéndome más profundo—. Se siente tan... tan bien...

—Vas a correrte otra vez —le ordeno, mis embestidas volviéndose más demandantes—. Vas a correrte con mi polla dentro de ti, apretándome tan fuerte que no voy a poder pensar en nada más que en lo perfecta que eres.

Cuando su segundo orgasmo la golpea, cuando siento cómo su cuerpo se contrae alrededor del mío en ondas perfectas, me arrastra con ella. Me corro con tanta fuerza que veo estrellas, vaciándome completamente dentro de ella mientras grito su nombre como una blasfemia.

Después, mientras yacemos entrelazados en su cama, con su cabeza en mi pecho y mi mano acariciando su cabello sedoso, una sola verdad se asienta en mi mente con claridad devastadora.

Acabo de reclamar a Sage Wellington de la forma más primitiva y completa posible. La he marcado como mía, he sido su primero, he despertado su sexualidad con mis propias manos.

Esto no es algo de una sola noche para mí.

Porque después de esto, después de tenerla así, no hay forma de que pueda volver atrás.

Sage Wellington es mía.

Y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que siga siéndolo.

CAPÍTULO 23

DOMINIC

Me despierto en la oscuridad de la madrugada con una sensación que no había experimentado en años: paz.

Sage está acurrucada contra mi costado, su cabeza descansando en el hueco de mi hombro, su respiración cálida y regular contra mi pecho desnudo. Una de sus piernas está entrelazada con las mías, y su brazo me rodea la cintura con una posesividad inconsciente que hace que algo se derrita en mi estómago.

La luz tenue de la luna se filtra por las cortinas de su habitación, creando sombras suaves que danzan sobre su piel dorada. Puedo ver cada detalle de su rostro relajado: las pestañas largas proyectando sombras sobre sus mejillas, los labios ligeramente entreabiertos, esa expresión de tranquilidad absoluta que solo viene después de haber sido completamente saciada.

Es hermosa. Tan jodidamente hermosa que me duele mirarla.

La mujer que me ha entregado su virginidad como si fuese el regalo más precioso del mundo. La mujer que gemía mi nombre hace unas horas mientras yo la hacía mía de la forma más primitiva y completa posible.

Mi brazo se tensa alrededor de ella automáticamente, acercándola más contra mi cuerpo, y ella se mueve ligeramente en sueños, suspirando suavemente contra mi piel.

El sonido hace que mi pecho se contraiga de una forma que no esperaba. Porque esto es exactamente lo que siempre quise y nunca pensé que podría tener: despertar con alguien que me necesita tanto como yo la necesito a ella. Alguien que encaja contra mi cuerpo como si hubiera sido diseñada específicamente para mí.

—¿Dominic? —su voz suena somnolienta, ronca por el sueño—. ¿Estás despierto?

—Mmm —murmuro contra su cabello, respirando ese aroma floral que ya se ha vuelto como una droga para mí.

Se incorpora ligeramente para mirarme, y en la penumbra puedo ver sus ojos verdes brillando con una ternura que me llega directamente al corazón.

—¿Has dormido bien? —pregunta, su mano trazando círculos perezosos sobre mi pecho.

—Mejor que en años —admito, y es la verdad.

Nos quedamos así durante unos minutos, simplemente mirándonos en el silencio íntimo de su habitación. Su dedo índice sigue dibujando patrones sobre mi piel, y cada roce hace que pequeñas corrientes eléctricas me recorran desde el pecho hasta el vientre.

—¿En qué piensas? —pregunta suavemente, como si pudiese leer la tensión que se está acumulando en mis músculos.

La pregunta me golpea con fuerza. Porque estoy pensando en muchas cosas. Estoy pensando en cómo se sintió estar dentro de ella, en cómo gimió mi nombre, en cómo su cuerpo se adaptó al mío como si fuésemos dos piezas de un rompecabezas.

Pero también estoy pensando en Emma y Ethan. En cómo se fueron con Dorothy esta noche sin dudarlo ni un segundo. En cómo confían en los Wellington de una forma que nunca han confiado en ninguna otra persona que no sea yo.

En cómo han florecido bajo el cuidado de Sage de una manera que nunca conseguí con todos mis horarios y estructuras.

—En que no sé lo que estoy haciendo —digo finalmente, las palabras saliendo como una confesión arrancada—. Con Emma y Ethan. Contigo. Con nada.

Sage se incorpora sobre un codo para mirarme mejor, y puedo ver la preocupación genuina en sus ojos.

—¿A qué te refieres?

—Durante tres años he intentado ser lo que necesitan —continúo, sintiendo cómo algo se rompe en mi pecho—. He leído todos los libros sobre crianza, he hablado con psicólogos, he estructurado

cada minuto de sus vidas para intentar darles estabilidad. Y siguen siendo dos niños rotos que fingen estar bien para no preocuparme.

Mi voz se quiebra ligeramente, y tengo que parar un momento antes de continuar.

—Hasta que llegaste tú.

Sage no dice nada, simplemente espera, su mano moviéndose para acariciar suavemente mi mandíbula.

—En unas pocas semanas has conseguido algo que yo no he logrado en tres años —digo, girándome para besarle la palma—. Los has hecho reír de verdad. Los has hecho sentirse seguros. Los has... los has hecho felices.

—Dominic...

—Yo no sé cómo hacerlo —la interrumpo, las palabras salen en un torrente que no puedo detener—. No sé cómo ser lo que necesitan. Isabelle era la que tenía el instinto maternal, la que sabía exactamente qué decir cuando estaban tristes o asustados. Yo solo... yo solo sé cómo controlar cosas. Cómo crear estructuras. Cómo mantenerlos físicamente seguros.

Me paso una mano por el cabello, sintiendo la frustración burbujear en mi pecho como ácido.

—¿Sabes cuál fue mi primer pensamiento cuando murió Isabelle? —pregunto, mirando hacia el techo en lugar de hacia ella—. Fue pánico puro porque sabía que no tenía ni idea de cómo criar a dos niños traumatizados.

La mano de Sage se detiene sobre mi pecho, y puedo sentir cómo se tensa ligeramente.

—Y tenía razón —continúo con amargura—. Llevo tres años improvisando, fingiendo que sé lo que hago, creando rutinas y horarios porque es la única forma que conozco de controlar algo. Pero no es lo que necesitan, ¿verdad? Necesitan lo que tú les das tan fácilmente.

—¿Y qué crees que les doy? —pregunta suavemente.

—Libertad —respondo inmediatamente—. Libertad para ser niños de verdad. Para cometer errores, para ensuciarse, para reírse hasta que les duela el estómago. Para sentir que son queridos por quienes son, no por lo bien que sigan las reglas.

Me giro hacia ella, estudiando su rostro en la penumbra.

—Enséñame —digo, y mi voz sale más áspera de lo que pretendía —. Enséñame cómo hacer eso. Cómo ser... mejor. Con ellos. Contigo. Como persona.

Sage me mira durante un momento largo, y puedo ver algo cambiando en su expresión. Una comprensión profunda que me dice que realmente me está viendo, no la versión controlada y perfecta que muestro al mundo, sino al hombre perdido que hay debajo.

—¿De verdad quieres aprender? —pregunta.

—Desesperadamente.

Se incorpora completamente, sentándose a mi lado con las piernas cruzadas, y la sábana se desliza hasta su cintura, dejando sus pechos al descubierto. Es tan hermosa en la luz plateada de la luna que tengo que hacer un esfuerzo para concentrarme en sus palabras en lugar de en su cuerpo.

—No necesitas enseñarles nada, Dominic —dice con una convicción que me golpea directamente en el pecho—. Necesitas dejar que te enseñen ellos a ti.

—¿Qué quieres decir?

—Emma quiere enseñarte sus dibujos, contarte sus historias, que juegues con ella en el jardín hasta que los dos tengáis hierba en el pelo y tierra bajo las uñas. Ethan quiere compartir contigo todo lo que aprende, hacerte preguntas sobre el mundo, saber que sus pensamientos te importan tanto como su bienestar físico.

Sus palabras me atraviesan como dagas de verdad.

—No necesitan un tutor perfecto —continúa, su mano volviendo a posarse sobre mi pecho, justo encima de mi corazón—. Necesitan a alguien que los ame de forma imperfecta. Que cometa errores con ellos, que aprenda con ellos, que les demuestre que no tienen que ser perfectos para ser amados.

—Pero si cometo errores... si no consigo darles lo que necesitan...

—Entonces lo intentas otra vez —me interrumpe con firmeza—. El amor no es perfecto, Dominic. El amor es constante. Es estar ahí todos los días, pase lo que pase. Es abrazar los errores tanto como los éxitos.

Me quedo callado durante un momento, procesando sus palabras. He estado tan concentrado en intentar ser el tío perfecto, el tutor ideal, que me he olvidado de algo fundamental: Emma y Ethan no necesitan perfección. Necesitan amor.

Y yo los amo. Los amo con una intensidad que me aterra, pero no sé cómo demostrárselo sin la armadura del control y la estructura.

—¿Y tú? —pregunto, mi mano encontrando su mejilla—. ¿Cómo dejo de ser un capullo contigo?

Sage se ríe suavemente, una risa que vibra contra mi pecho como música.

—No eres un capullo, Dominic. Eres un hombre que ha tenido que ser fuerte durante tanto tiempo que se ha olvidado de cómo ser vulnerable. Pero la vulnerabilidad no es debilidad. Es valor.

Sus palabras me golpean en algún lugar profundo que había mantenido cerrado durante años. Desde la muerte de Isabelle. Quizás desde mucho antes.

—No sé cómo ser vulnerable —admito—. No sé cómo bajar la guardia sin que todo se desmorone.

—Empezando por aquí —dice, su mano presiona ligeramente sobre mi corazón—. Conmigo. Con ellos. Poco a poco.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, simplemente respirando juntos, sintiendo el calor de nuestros cuerpos entrelazados. Su respiración se ha sincronizado con la mía, y hay algo profundamente íntimo en esa sincronía que va mucho más allá del sexo.

—Sage —digo finalmente—. Lo de esta noche...

—Ha sido increíble —me interrumpe, sus mejillas sonrojándose ligeramente—. Pero no espero nada de ti. No tienes que prometerme cosas que no puedes cumplir.

Sus palabras me golpean como una bofetada. Porque está protegiéndose. Está protegiéndose de mí, del daño que podría causarle si no soy cuidadoso.

Y tiene razón en hacerlo.

—No quiero prometerte nada que no pueda cumplir —digo con honestidad brutal—. Pero quiero... quiero intentar ser mejor. Por Emma, por Ethan. Y por ti.

—No tienes que cambiar por mí —dice suavemente—. Solo tienes que ser tú mismo. El hombre real que hay debajo de todo ese control.

—¿Y si no te gusta ese hombre?

—Ya me gusta —dice, y hay algo en su voz, una certeza tranquila que me llega directamente al alma—. Me gusta el hombre que salva vacas en graneros. Que lee cuentos a sus sobrinos aunque esté agotado. Que se preocupa tanto por hacer las cosas bien que a veces se olvida de disfrutar haciéndolas.

Nos miramos en la oscuridad, y puedo sentir cómo algo cambia entre nosotros. No es amor declarado, no son promesas eternas. Es algo más sutil pero igualmente poderoso: comprensión mutua.

Pero mientras la siento relajarse en mis brazos, mientras escucho su respiración volviéndose más profunda y regular, sé que es mentira.

Porque después de esta noche, después de verla así de vulnerable y abierta conmigo, después de sentir esta conexión que va mucho más allá de la atracción física...

No va a haber vuelta atrás.

Al menos no para mí.

Ahora solo tengo que encontrar la forma de merecerla.

CAPÍTULO 24

SAGE

Me despierto en la cabaña con una sonrisa que no puedo borrar de mi rostro, a pesar de que Dominic se ha ido antes del amanecer para estar presente cuando Emma y Ethan se despertasen en casa de mis padres.

El recuerdo de anoche me golpea en oleadas: sus manos sobre mi piel, la forma en que susurró mi nombre cuando se corrió dentro de mí, cómo me confesó que no sabía cómo ser mejor tío. La vulnerabilidad que vi en sus ojos azules cuando me pidió que le enseñase a conectar con Emma y Ethan.

Mi corazón late más rápido al recordarlo. No solo por el sexo —aunque Dios mío, el sexo fue... revelador—, sino por esa intimidad emocional que compartimos después. Por ver a Dominic Kane, el hombre más controlado del mundo, admitir que estaba perdido.

Que me necesitaba.

El teléfono suena, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Sage? —La voz de Dominic hoy suena diferente por teléfono. Más suave, más personal—. ¿Te he despertado?

—No, llevo despierta un rato. ¿Cómo están los niños?

—Radiantes. No han parado de hablar de lo bien que se lo pasaron ayer. —Se queda en silencio durante un momento—. Escucha, he estado pensando en lo que hemos hablado esta madrugada. Sobre... sobre ser mejor con ellos.

Mi corazón da un vuelco. Está intentando cambiar de verdad. Está intentando ser el tío que Emma y Ethan necesitan.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto, sintiendo cómo la emoción burbujea en mi pecho.

—¿Qué tal te suena ir a la feria del condado de Park? Está a una hora de aquí. Tienen atracciones, juegos, esas cosas que les gustan a los niños.

La ternura que siento es tan intensa que me duele físicamente. Este hombre, que planifica cada minuto de cada día, está sugiriendo una salida espontánea porque quiere hacer felices a sus sobrinos.

—Me parece perfecto —digo—. A Emma y a Ethan les va a encantar.

—¿Vienes con nosotros? —pregunta, y hay algo vulnerable en su voz—. No... no sé cómo hacer esto solo. Y ellos se sienten mejor cuando estás tú. Y yo.

«Yo también me siento mejor cuando estás tú», pienso, pero no lo digo en voz alta.

—Por supuesto que voy.

DOMINIC

Dos horas después estamos los cuatro en mi coche, dirigiéndonos hacia la feria con Emma parloteando emocionada en el asiento trasero y Ethan haciendo preguntas sobre la ingeniería de las atracciones que hacen que Sage se ría.

Sage está sentada a mi lado, con un vestido color coral que hace que su piel brille como oro líquido. Cada vez que se gira para responder a alguna pregunta de los niños, puedo oler su champú, y tengo que apretar el volante para no recordar cómo olía su cabello extendido sobre mi pecho anoche.

—¿Estás nervioso? —me pregunta en voz baja, aprovechando que Emma y Ethan están discutiendo sobre qué atracción quieren probar primero.

—¿Se nota? —pregunto, pasándome una mano por el pelo.

—Solo un poco —dice, y su sonrisa es tan dulce que me deja sin respiración—. Pero va a ir genial. Solo... déjate llevar. Sé tú mismo con ellos.

Sé tú mismo. Como si fuese tan fácil. Como si supiera quién soy cuando no estoy siendo el tío responsable, el médico competente, el hombre que tiene todo bajo control.

Pero cuando llegamos a la feria y veo las caras de Emma y Ethan iluminándose como luces de Navidad, algo en mi pecho se afloja.

—¡Tío Dom! —Emma prácticamente rebota en su asiento—. ¡Hay una noria gigante! ¿Podemos subir? ¿Podemos?

—Podemos hacer todo lo que queráis —digo, y la sonrisa que se extiende por su cara hace que valga la pena cualquier nerviosismo que pueda sentir.

Lo que sigue son las cuatro horas más perfectas que he tenido desde la muerte de Isabelle.

Veo a Emma montarse en un caballito del tiovivo, gritando de alegría mientras Sage y yo la saludamos desde la valla. Su risa es tan pura, tan genuina, que tengo que parpadear rápidamente para no emocionarme.

Ayudo a Ethan a ganar un peluche en una caseta de tiro, y cuando por fin consigue derribar todas las latas y me abraza gritando «¡Lo he conseguido, tío Dom!», algo fundamental se rompe y se reconstruye en mi pecho.

—¿Has visto eso? —le susurro a Sage, señalando hacia Ethan, que está abrazando su peluche como si fuese el tesoro más valioso del mundo—. ¿Has visto cómo se ha puesto?

—He visto cómo te ha abrazado —responde, y hay algo húmedo en sus ojos verdes—. He visto cómo confía en ti. Cómo te adora.

Sus palabras me golpean directamente en el pecho. Porque tiene razón. Durante estas horas he visto algo que había estado demasiado ciego para notar: Emma y Ethan me quieren. No porque siga las reglas o mantenga horarios perfectos, sino simplemente porque estoy ahí. Porque me preocupo por ellos.

Porque son míos, y yo soy suyo.

Comemos algodón de azúcar que se pega a nuestros dedos y hace que Emma tenga manchas rosas alrededor de la boca. Ethan gana otro premio en el juego de pescar patitos, esta vez para Sage, y cuando se lo regala con esas mejillas sonrojadas de timidez, veo cómo ella se derrite completamente.

—Es el regalo más bonito que me han hecho nunca —le dice, agachándose para abrazarlo, y Ethan se acurruca contra ella con una confianza que me llega directamente al alma.

Por la tarde, cuando los niños están agotados y cubiertos de restos de piruletas y palomitas, los llevo a ambos hacia el coche. Emma se queda dormida en mis brazos antes de que lleguemos al aparcamiento, y Ethan camina a mi lado agarrado de mi mano con una sonrisa somnolienta.

—Ha sido el mejor día de mi vida —murmura contra mi hombro mientras lo ato en su asiento.

Las palabras me golpean con una fuerza que casi me tumba. *El mejor día de su vida.* Este niño pequeño que ha perdido a sus padres, que ha tenido que lidiar con más dolor del que cualquier crío debería conocer jamás, dice que hoy ha sido su mejor día.

Porque he dejado de intentar ser perfecto y he empezado a simplemente... estar con ellos.

—Para mí también, campeón —le digo, besándole la frente—. Para mí también.

El trayecto de vuelta pasa en un silencio tranquilo. Con Emma dormida profundamente, Ethan casi adormilado con su peluche abrazado contra el pecho, Sage a mi lado cantando bajito una canción que no reconozco pero que suena como hogar.

Cuando llegamos a mi casa, cargo a Emma escaleras arriba mientras Sage ayuda a Ethan, que protesta débilmente que puede caminar solo pero que claramente está demasiado cansado para mantenerse en pie.

Los acostamos con una danza perfecta que hemos decidido sin ni siquiera discutirlo: Sage les ayuda a ponerse el pijama mientras yo preparo vasos de agua para sus mesitas. Ella les lee un cuento corto mientras yo compruebo que las ventanas están cerradas. Los dos les damos besos de buenas noches antes de apagar la luz.

Es tan... natural. Tan parecido a lo que imagino que sería ser una familia real que me duele físicamente.

—Ha sido un día perfecto —dice Sage cuando bajamos al salón, y hay algo en su voz que hace que me gire hacia ella.

Está de pie junto a la ventana, con el vestido coral brillando bajo la luz suave de la lámpara, y hay una expresión en su rostro que no había visto antes. Algo suave y cálido y completamente vulnerable.

—Gracias —digo, acercándome a ella—. Por enseñarme... por ayudarme a verlos realmente.

—No he hecho nada —responde—. Solo he estado ahí mientras tú aprendías a relajarte con ellos.

—Has hecho mucho más que eso —insisto, mi mano se posa en su mejilla—. Has hecho que me sienta como... como si pudiese ser bueno en esto. Como si pudiese ser lo que necesitan.

Nos miramos durante un momento que se alarga más de lo que debería, y puedo sentir esa tensión familiar acumulándose entre nosotros. Pero esta vez es diferente. No es solo deseo físico. Es algo más profundo, más complejo.

—Quédate conmigo —digo de repente, las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas—. Esta noche. En mi cama.

Veo cómo se le dilatan ligeramente las pupilas, cómo se le acelera la respiración.

—¿Estás seguro? —pregunta—. Con los niños aquí...

—Mi habitación está al final del pasillo —digo, acercándome más a ella—. Y son dormilones profundos. Pero si prefieres irte…

—No —me interrumpe rápidamente—. Quiero... quiero quedarme contigo.

La beso entonces, suave y profundo, saboreando la dulzura de sus labios mezclada con los restos de algodón de azúcar. Es un beso diferente a los anteriores: menos desesperado, más reverente. Como si fuésemos algo más que dos personas perdidas en la atracción física.

—Ven —susurro contra sus labios—. Vamos arriba.

Mi habitación está en penumbra, iluminada solo por la luz de la luna que se filtra por los ventanales enormes. Es mi espacio más personal, el único lugar de la casa que es completamente mío, y tener a Sage aquí se siente como cruzar una línea invisible.

—Tu habitación es preciosa —dice, girando lentamente para absorberlo todo—. Es muy... tú.

—¿Yo?

—Elegante, pero cálida. Controlada, pero con pequeños detalles que muestran quién eres realmente.

Su observación me desarma completamente. Porque tiene razón. Esta habitación es el único lugar donde me permito ser humano: la fotografía de Isabelle en la mesita de noche, los libros que leo por placer en lugar de por trabajo, la manta que mi hermana me regaló por un cumpleaños extendida sobre el sillón.

—Sage —digo, acercándome a ella—. Esto... lo que está pasando entre nosotros...

—No tienes que explicarme nada —me interrumpe suavemente—. Solo... solo quiero estar contigo esta noche. ¿Es eso suficiente?

Es más que suficiente. Es todo lo que puedo manejar sin aterrarme con la intensidad de lo que siento por ella.

La beso otra vez, mis manos moviéndose para desabrochar los botones de su vestido con una reverencia que contrasta con la urgencia de anoche. Esta vez quiero saborear cada momento, memorizar cada reacción.

Cuando el vestido cae al suelo, dejándola en ropa interior coral que hace que mi boca se seque instantáneamente, me detengo para simplemente mirarla.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —digo, y es la verdad más pura que he dicho jamás.

Sus mejillas se sonrojan, pero no aparta la mirada. En su lugar, se acerca y empieza a desabrochar mi camisa con dedos que apenas tiemblan.

—Tu turno de ser admirado —dice con una valentía nueva que me vuelve loco.

Cuando estamos desnudos sobre mi cama, cuando siento su cuerpo suave y cálido contra las sábanas donde duermo cada noche, algo en mi mundo se recoloca.

Esta vez es diferente. Lento, reverente, como una oración hecha con carne. La toco como si fuese algo sagrado, exploro cada centímetro de su piel como si fuese territorio que quiero reclamar para siempre.

—Eres tan suave —murmuro, mis labios trazando el contorno de su clavícula—. Tan perfecta.

—Dominic... —suspira mi nombre como una caricia.

Cuando finalmente nos unimos, cuando la siento rodeándome en la oscuridad íntima de mi habitación, es como volver a casa después de estar perdido durante años.

—Te siento por todas partes —jadea, sus manos acariciando mi espalda—. Como si fueses parte de mí.

—Lo soy —gruño, moviéndome dentro de ella con un ritmo que nos enloquece a ambos—. Esta noche, soy parte de ti.

Y cuando llegamos al clímax juntos, sus gemidos amortiguados contra mi cuello y los míos perdidos en su cabello, me doy cuenta de algo que me aterra hasta los huesos:

No quiero que esto termine nunca.

No quiero que Sage se vaya de mi casa, de mi cama, de nuestras vidas. Quiero que esto —esta sensación de familia perfecta, de hogar verdadero— sea real.

Pero mientras la abrazo contra mi pecho, escuchando su respiración volverse lenta y profunda, me obligo a no decir nada.

Porque algunas verdades son demasiado peligrosas para decirlas en voz alta.

Incluso cuando las sientes con cada latido del corazón.

SAGE

Me despierto al amanecer en la cama king size de Dominic, y por un momento me permito fingir que esto es mi vida real.

Que me despierto aquí cada mañana. Que estos brazos fuertes que me rodean son mi hogar. Que esos niños que duermen al final del pasillo son tan míos como suyos.

Es una fantasía peligrosa, pero tan dulce que me duele dejarla ir.

Dominic sigue dormido, su respiración profunda y regular contra mi pelo. En el sueño, sus rasgos se han suavizado, haciéndole parecer más joven, más accesible. Como el hombre que vi ayer en la feria: relajado, riéndose, siendo simplemente el tío que Emma y Ethan necesitan.

Estoy enamorada de él.

La verdad me golpea con una claridad devastadora. No es un capricho, no es solo atracción física. Es amor real, profundo, del tipo que cambia el curso entero de una vida.

Estoy enamorada de Dominic Kane.

Y eso me aterra más que cualquier cosa que haya sentido jamás.

Porque él no me ha prometido nada. No hemos hablado de sentimientos o futuros o qué significa esto que está pasando entre nosotros. Solo hemos tenido dos noches increíbles y un día perfecto jugando a ser una familia.

Pero para mí... para mí ya es algo mucho más serio.

Me acurruco más contra su calor, respirando su aroma masculino mezclado con los restos de mi perfume en su piel. Quiero memorizar este momento. La forma en que su brazo me rodea como si fuese lo más natural del mundo, el sonido de su corazón latiendo bajo mi oreja, la sensación de seguridad absoluta que siento entre sus brazos.

Quiero quedarme aquí para siempre.

Pero cuando oigo los primeros sonidos de Emma despertándose al final del pasillo, sé que este momento perfecto está a punto de terminar.

Y que tengo que decidir si voy a seguir fingiendo que esto es solo temporal por el miedo a ser rechazada... o si voy a luchar por algo más.

CAPÍTULO 25

SAGE

Cuando suena la campana que marca el final de la jornada escolar, siento esa burbuja familiar de emoción en el pecho. Otro día cuidando de Emma y Ethan, otra tarde en la casa de Dominic que se está convirtiendo peligrosamente en mi lugar favorito del mundo.

—¿Listos para irnos a casa? —pregunto, recogiendo mis cosas.

—¡Sí! —grita Emma, pero cuando me giro hacia Ethan, frunzo el ceño.

Está más callado que de costumbre, con las mejillas ligeramente sonrojadas y esa expresión vidriosa que reconozco inmediatamente.

—Ethan, cariño —digo, agachándome a su altura—. ¿Te encuentras bien?

—Tengo un poco de calor —admite, frotándose los ojos de esa forma que tienen los niños cuando no se sienten bien.

Le pongo la mano en la frente y siento el calor característico de la fiebre empezando. Nada preocupante, pero definitivamente está ahí.

—Creo que estás empezando con fiebre, pequeño. Vamos a casa y te cuido, ¿vale?

Ethan asiente, pero se acerca más a mí, buscando confort. Emma, que ha notado que algo pasa, se pone inmediatamente en modo hermana protectora.

—¿Ethan está malo? ¿Qué le pasa? ¿Está muy enfermo?

—Solo tiene un poco de fiebre, cariño. No te preocupes. Vamos a cuidarlo muy bien y no va a pasarle nada.

El trayecto a casa es más tranquilo que de costumbre. Emma charla menos, preocupada por su hermano, y Ethan se queda dormido contra la ventana, con esa respiración ligeramente trabajosa que tienen los niños cuando están incubando algo.

Cuando llegamos a la mansión, lo primero que hago es llevarlo directamente al sofá del salón y taparlo con una manta suave. Su temperatura ha subido un poco más, pero sigue siendo una fiebre leve.

—¿Qué necesitas, cariño? —pregunto, sentándome a su lado—. ¿Agua? ¿Algo para el dolor de cabeza?

—Quiero que te quedes conmigo —dice con voz suave, acurrucándose contra mi costado—. No te vayas, ¿vale?

Mi corazón se derrite completamente.

—No me voy a ir a ningún sitio —le prometo, acariciándole suavemente el pelo—. Me quedo aquí contigo durante todo el tiempo que quieras.

Emma se instala en el otro lado del sofá, claramente preocupada por su hermano pero intentando ayudar. Le traigo un vaso de agua fresca a Ethan y algo de paracetamol infantil que encuentro en el botiquín de la cocina.

Las siguientes dos horas pasan lentamente. Ethan duerme intermitentemente, despertándose cada vez para comprobar que sigo aquí. Emma se queda cerca, dibujando en silencio para no molestarlo, pero sin alejarse demasiado.

Es cuando estoy cantándole bajito una nana que siempre nos cantaba mi madre cuando estábamos enfermos, con Ethan acurrucado en mi regazo y Emma dibujando en la mesa auxiliar, que oigo la puerta principal abrirse.

—¿Hola? —la voz de Dominic llega desde el vestíbulo—. ¿Cómo ha ido el día?

—Estamos en el salón —respondo en voz baja—. Ethan no se encuentra muy bien.

Los pasos de Dominic se aceleran inmediatamente, y aparece en el salón con expresión preocupada. Lleva todavía el traje del trabajo, pero se ha aflojado la corbata y tiene el cabello ligeramente despeinado.

—¿Qué le pasa? —pregunta, acercándose inmediatamente.

—Fiebre leve —explico—. Empezó al salir del colegio. Le he dado paracetamol y está descansando.

Veo cómo Dominic evalúa la situación con ojos médicos: Ethan acurrucado en mi regazo, Emma cerca pero tranquila, todo bajo control.

—¿Le has tomado la temperatura? —pregunta, sentándose en la mesa auxiliar frente a nosotros.

—Sí. Tenía treinta y ocho grados la última vez que se la tomé. Nada preocupante.

Asiente, pero puedo ver la preocupación en sus ojos. Los niños enfermos siempre lo ponen nervioso, especialmente cuando no puede controlar la situación médicamente.

—Ethan —dice suavemente—. ¿Cómo te encuentras, campeón?

Ethan abre los ojos y mira a su tío, pero no hace ademán de moverse de mi regazo.

—Mejor —dice con voz adormilada—. Sage me está cuidando.

—Veo eso —dice Dominic, y hay un matiz en su tono que no sé cómo interpretar—. ¿Quieres que te lleve a tu cama para que descanses mejor?

—No —dice Ethan inmediatamente, aferrándose a mi jersey—. Quiero quedarme con Sage.

Veo el momento exacto en que esas palabras golpean a Dominic. Su expresión se suaviza de una forma que me llega directamente al corazón, y cuando me mira, hay algo en sus ojos azules que hace que mi respiración se acelere.

Admiración. Gratitud. Y algo más profundo que me da miedo nombrar por si me lo estoy inventando.

—Vale, pequeño —dice Dominic—. Te quedas con Sage todo lo que necesites.

—¿Se puede quedar a dormir? —pregunta Ethan, girándose hacia su tío con ojos suplicantes—. Por favor, tío Dom. Me siento mejor cuando está aquí.

El silencio que sigue es cargado. Puedo ver a Dominic procesando la petición, pero también puedo ver algo más en su rostro. Algo que sugiere que él también quiere que me quede.

—Si Sage está de acuerdo... —dice finalmente, sus ojos encuentran los míos.

—Por supuesto que me quedo —digo inmediatamente—. Todo lo que necesites, cariño.

Ethan sonríe por primera vez en toda la tarde, acurrucándose más contra mí con un suspiro de satisfacción.

Y cuando miro a Dominic, cuando veo cómo nos está observando con una expresión de ternura absoluta, mi corazón se hincha tanto que casi no puedo respirar.

«Esto es lo que quiero para siempre», pienso. «*Esta sensación de familia, de pertenecer, de ser necesaria.*

Quiero ser suya. Quiero que ellos sean míos.»

Ya no me puedo negar a mí misma que estoy completamente enamorada de Dominic y de sus sobrinos.

DOMINIC

Esa noche, después de que haya acostado a Emma y Ethan se haya quedado dormido en el sofá con Sage, nos quedamos en el salón en una intimidad que se siente diferente a todo lo que hemos compartido antes.

Sage está sentada con las piernas recogidas, con Ethan durmiendo tranquilamente con la cabeza en su regazo. Una de sus manos descansa sobre su frente, comprobando automáticamente su temperatura, mientras la otra acaricia suavemente su pelo.

Es la imagen más maternal y hermosa que he visto en mi vida.

—Gracias —digo suavemente, instalándome en el sillón de enfrente—. Por cuidarlo así. Por... por ser lo que necesita.

—Es fácil quererlo —responde, mirándome con esos ojos verdes que parecen ver directamente a través de mí—. A los dos. Son unos niños increíbles, Dominic.

—Lo son. Pero no siempre sé cómo demostrárselo.

—Estás aprendiendo —dice con una sonrisa que me llega al alma —. Hoy, cuando has entrado en casa y tu primera preocupación ha sido él, no el hecho de que hubiese alterado sus horarios... eso es amor puro.

Sus palabras me llegan muy dentro. Porque tiene razón. Cuando vi que Ethan estaba enfermo, cuando vi que Sage lo estaba

cuidando con esa devoción absoluta, lo único que quise fue estar aquí. Con ellos.

Con mi familia. En vez de asustarme como otras veces. Sage me está cambiando. Está haciendo que deje de tener miedo.

—Sage —digo, levantándome para sentarme en el sofá a su lado, teniendo cuidado de no despertar a Ethan—. Lo de anoche, lo que está pasando entre nosotros...

—No tienes que decir nada —me interrumpe suavemente—. Lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Que esto es... complicado. Que no es fácil definir lo que somos.

Estudio su rostro en la luz tenue de la lámpara, buscando algún rastro de lo que realmente está pensando. Pero Sage se ha vuelto experta en ocultar sus emociones más profundas detrás de esa sonrisa serena.

—¿Quieres que sea algo más? —pregunto, las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Veo cómo se le dilatan ligeramente las pupilas, cómo su respiración se acelera.

—¿Qué me estás preguntando exactamente?

—Te estoy preguntando si esto —señalo el espacio entre nosotros, esta conexión que parece crecer más fuerte cada día— significa algo para ti. Si quieres... más.

Se queda callada durante un momento que se siente eterno, y puedo ver la batalla interna reflejada en sus ojos.

—Quiero todo lo que estés dispuesto a darme —dice finalmente, con una honestidad que me llega directamente al corazón—. Pero no voy a presionarte para que sea algo que no puede ser.

Sus palabras me destrozan y me reconstruyen al mismo tiempo. Porque puedo oír lo que no está diciendo: que siente algo muy fuerte por mí, pero que tiene demasiado miedo de admitirlo por si le rompo el corazón.

Me siento como el mayor cabrón del mundo.

—Sage... —empiezo, pero ella me interrumpe.

—Deberíamos llevarlo a su cama —dice, mirando hacia Ethan—. Dormirá mejor allí.

Entre los dos lo llevamos cuidadosamente hacia su habitación, y cuando lo arropamos en su propia cama, cuando lo veo sonreír en sueños porque sabe que estamos ahí cuidándolo, esa sensación de familia perfecta me abruma otra vez.

—Ha sido una tarde difícil para él —dice Sage cuando salimos de su habitación.

—Pero tú has estado aquí —digo, girándome hacia ella en el pasillo—. Has sido exactamente lo que necesitaba.

Estoy a punto de decirle lo mucho que significa para mí, cuando mi teléfono suena. Es un número de Los Ángeles.

—Dame un segundo —le digo a Sage, quien asiente y entra de nuevo en la habitación de Ethan para revisarlo otra vez.

—¿Diga? —contesto, alejándome por el pasillo.

—Dom, gracias a Dios que contestas.

La voz me resulta familiar inmediatamente. Es Ellie Cameron. La mejor amiga de Isabelle desde la universidad.

—Ellie. Es muy tarde, incluso para ti.

—Lo sé, pero necesito un favor enorme. Estoy en un lío tremendo y no tengo a nadie más a quien recurrir.

Su voz suena tensa, desesperada.

—¿Qué ha pasado?

—Mi agencia... han estado estafándome durante años. Va a salir en todos los medios esta semana. Necesito un sitio donde esconderme hasta que mis abogados limpien esto.

—¿Y has pensado en...?

—Tu pueblo de Montana. ¿Crees que podría quedarme contigo una temporada?

La petición me pilla desprevenido, pero Ellie fue importante para Isabelle. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Por supuesto. Tendrás una habitación aquí durante todo el tiempo que necesites.

—Gracias, Dom. Ni te imaginas lo que lo aprecio. Estoy al borde de la locura. Como me imaginaba que no me ibas a dejar en la calle —bromea, pero su voz suena muy tensa—, he reservado un vuelo. Aterrizo dentro de cuatro días en Bozeman a mediodía.

—Te recojo en el aeropuerto.

—Gracias, Dom. Te debo una muy grande.

Cuando cuelgo y vuelvo hacia donde Sage está saliendo de la habitación de Ethan, me olvido de todo lo demás.

Lo único que me importa está aquí: esta mujer increíble que acaba de cuidar de mi sobrino como si fuese suyo.

—¿Está todo bien? —pregunta Sage.

—Perfectamente —digo, acercándome a ella—. ¿Te quedas conmigo esta noche? En mi cama.

—¿No te preocupa que los niños nos puedan ver juntos?

—No. No me preocupa lo más mínimo.

Esa noche, cuando hacemos el amor en mi cama, es diferente a las veces anteriores. Más lento, más íntimo, como si estuviésemos reclamándonos el uno al otro de una forma más profunda.

Y cuando me duermo con ella en mis brazos, con Emma y Ethan durmiendo seguros al final del pasillo, me doy cuenta de algo que me cambia para siempre:

Esta es mi familia. Esta mujer, estos niños, esta vida que hemos construido juntos.

Ahora solo tengo que encontrar el valor para decírselo.

CAPÍTULO 26

DOMINIC

Son las doce del mediodía cuando entro en el aeropuerto de Bozeman y me pongo a buscar entre la multitud de pasajeros que salen por la puerta de llegadas.

Ellie aparece con unas gafas de sol enormes y esa presencia natural que hace que varias personas se giren a mirarla. Lleva el cabello rubio platino recogido en un moño perfecto, y su vestido negro de diseñador grita «soy una estrella de Hollywood» incluso sin intentarlo.

—Dom —dice, quitándose las gafas para abrazarme cuando llega frente a mí—. No sabes lo que significa esto para mí.

—Para eso está la familia —respondo, cargando su maleta hacia el coche.

Durante los primeros kilómetros del trayecto de vuelta, Ellie me cuenta los detalles del escándalo de su agencia. Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos tiemblan ligeramente cuando habla.

—Pero basta de mi drama —dice cuando llegamos a las afueras de Sunset Valley—. Cuéntame sobre ti. ¿Cómo están Emma y Ethan? Los echo muchísimo de menos.

Una sonrisa automática se forma en mis labios.

—Están increíbles. De verdad, increíbles. Por primera vez desde el accidente, los veo realmente felices.

—¿En serio? Dom, eso es maravilloso. Isabelle estaría tan orgullosa de ti.

—Parecen felices —la interrumpo, porque hablar de mi hermana sigue siendo difícil—. Se han adaptado al pueblo mejor de lo que esperaba. Tienen amigos, se sienten seguros, y sobre todo...

Me detengo, dándome cuenta de hacia dónde voy con esto.

—¿Sobre todo qué? —pregunta Ellie, estudiando mi perfil.

—Sobre todo tienen una profesora increíble que me está ayudando a cuidarlos.

—¿Increíble cómo?

—Simplemente... increíble. Es muy buena con ellos. Los entiende.

Ellie me mira con esa expresión que reconozco, esa mirada de «estás evitando decirme algo importante».

—Dom, llevas cinco minutos hablando de una profesora con una sonrisa que no te había visto en años. ¿Qué no me estás contando?

Siento el calor subir por mi cuello. Maldita sea, Ellie siempre ha sido demasiado perceptiva.

—¿Qué quieres que te cuente? —pregunto, intentando sonar casual—. Es una buena profesora. Los niños están contentos con ella.

—Ajá —dice, claramente no convencida—. ¿Y cómo se llama esta profesora tan buena?

—Sage. Sage Wellington.

—¿Y qué más, Dom?

Su tono me dice que no va a dejar el tema.

—Es... es muy dedicada con su trabajo —digo débilmente—Los niños la adoran —digo, intentando mantenerme en territorio seguro —. Ha conseguido que Ethan se abra de una forma que yo no he logrado en tres años. Y Emma... Emma se ríe con ella como se reía con Isabelle.

—Eso suena maravilloso, pero no has respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La que no me has dejado hacer —dice con una sonrisa que me recuerda a por qué Isabelle y ella eran mejores amigas—. ¿Te gusta esa profesora?

—Ellie...

—Dom, llevas quince minutos hablando de esta mujer con los ojos brillantes. Nunca, y cuando digo nunca es nunca, te había visto así por ninguna mujer.

Me concentro en la carretera, pero puedo sentir su mirada clavada en mí.

—Es complicado.

—¿Por qué es complicado?

—Es muy joven. Catorce años más joven que yo para ser exactos.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Es una diferencia significativa, Ellie.

—Dom, ¿me estás vacilando? —Se gira completamente hacia mí —. ¿Catorce años? ¿Esa es tu gran preocupación?

—No es solo por los años. Es que... es que ella es luminosa, optimista, tiene toda la vida por delante. Yo soy un hombre con dos niños traumatizados y más equipaje emocional del que cualquier mujer debería tener que soportar.

—Para ahí mismo —dice Ellie, levantando una mano—. ¿Te estás oyendo? ¿En serio acabas de describirte como equipaje emocional?

—Técnicamente, es lo que soy.

—Técnicamente, eres un idiota —replica sin contemplaciones—. Dom, eres el hombre más bueno que conozco. Has criado a dos niños que perdieron a sus padres, has cambiado completamente tu vida por ellos, has...

—Ellie...

—¿La quieres? —me interrumpe directamente.

El silencio en el coche se vuelve denso.

—¿Dom? —insiste—. ¿Estás enamorado de esa mujer?

Las palabras salen como si me las arrancasen.

—Sí. Estoy completamente enamorado de ella.

—Gracias al cielo —dice, y puedo oír el alivio en su voz—. ¿Y ella lo sabe?

—No.

—¿POR QUÉ NO SE LO HAS DICHO?

—Porque no sé si siente lo mismo. Porque no sé si quiere cargar con todo esto —señalo hacia mí mismo—. Porque se merece algo mejor que...

—Dom, para —dice con firmeza—. Para ahora mismo. Como la mejor amiga de tu hermana, me veo en la obligación de hacer de hermana sustituta y decirte esto: saca la cabeza del culo.

Su crudeza me sorprende.

—Ese comportamiento de mártir autodestructivo no te va bien —continúa—. Si esa mujer es tan increíble como dices, si los niños la adoran, si tú estás enamorado de ella, ¿en serio vas a dejarla escapar por miedo?

—No es miedo, es realismo...

—Es miedo puro y duro —me interrumpe—. Y, además, esa decisión no es tuya, Dom. Es de ella. Ella es la que tiene que decidir si quiere estar contigo, no tú decidir por ella que no le convienes.

Sus palabras me golpean como martillazos de verdad.

—Isabelle te mataría si supiera que estás desperdiciando una oportunidad de ser feliz por miedo —dice, su voz suavizándose—. Dom, mereces amor. Mereces una familia. Y por cómo hablas de esa mujer, suena como si fuese exactamente lo que necesitas.

—¿Y si me rechaza?

—Entonces al menos lo habrás intentado. Pero si no se lo dices nunca, ya tienes el rechazo garantizado.

Llegamos a casa en silencio, pero las palabras de Ellie resuenan en mi cabeza como campanas.

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón.

Esta noche le voy a decir a Sage que la amo. Le voy a pedir que se quede conmigo, que seamos una familia de verdad. Le voy a entregar mi corazón y confiar en que ella sabrá qué hacer con él.

Le enseño a Ellie su habitación, y cuando me dice que va a ducharse para quitarse el viaje de encima, bajo a mi despacho para revisar algunos informes médicos mientras espero a que lleguen Sage y los niños.

Mi corazón late más rápido de lo normal, pero es una aceleración buena. La expectación de ver a la mujer de la que estoy enamorado, de pasar otra tarde perfecta con nuestra pequeña familia improvisada.

De finalmente confesarle lo que siento.

Por primera vez en años, siento como si todo fuese a salir bien.

CAPÍTULO 27

SAGE

Llegamos a casa de Dominic con Emma charlando animadamente sobre todo lo que quiere hacer esta tarde y Ethan, ya completamente recuperado, contándome datos fascinantes sobre los volcanes que ha aprendido durante la hora de ciencias. Estoy feliz de llegar a casa porque hoy Dominic se ha tomado la tarde libre y, aun así, ha querido que yo venga con los niños a casa.

No puedo dejar de soñar con que formemos una familia. Pero no quiero hacerme ilusiones.

—¡Tío Dom! —grita Emma en cuanto abrimos la puerta principal —. ¡Hemos vuelto!

Su voz nos llega desde la cocina, cálida y acogedora, y siento esa burbuja familiar de felicidad expandiéndose por mi pecho. Otro día en esta casa que se está convirtiendo en mi lugar favorito del mundo, otra tarde con la familia que amo más que a mi propia vida.

—¡Estoy en la cocina! —responde Dominic.

Cuando entramos, está junto a la isla central con una sonrisa que hace que mi corazón haga esa cosa estúpida de acelerarse. Lleva la camisa remangada y hay algo relajado en su postura que no había visto antes.

—¿Cómo está mi paciente favorito? —pregunta, agachándose para examinar a Ethan con ojos médicos.

—¡Perfectamente! —dice Ethan, claramente orgulloso de su recuperación—. Sage dice que soy muy fuerte por lo rápido que me he curado.

Cuando Dominic me mira, hay algo nuevo en sus ojos azules. Algo que hace que me sienta como si fuese la mujer más importante del mundo.

—Tengo algo que contaros. Tengo una sorpresa —dice, dirigiéndose hacia todos nosotros—. Pero primero, ¿qué os parece si merendamos algo rico?

—¡Sí! —grita Emma, subiéndose a uno de los taburetes altos—. ¿Podemos comer galletas?

—Podemos comer lo que queráis —dice Dominic, y la indulgencia en su voz me sorprende gratamente.

—¡Tío Dom! —dice Emma de repente, rebotando en su asiento—. ¿Puedo enseñarle a Sage el libro de los zorros? ¡El que está en mi habitación! Quiero que vea cómo construyen sus casas bajo la tierra.

—Claro, princesa.

—Voy a buscarlo yo —me ofrezco, sintiendo cómo Emma aplaude de emoción—. Así puedes seguir con la merienda para que estos dos pequeños no se mueran de hambre.

—Gracias —dice Dominic, ya sacando ingredientes de la nevera—, voy a preparar la merienda más épica que habéis visto en vuestra vida.

Subo las escaleras con una sonrisa, pensando en lo dulce que es que Emma quiera compartir sus libros favoritos conmigo. La habitación está llena de luz dorada que se filtra por las ventanas y esa calidez acogedora que viene cuando un espacio está realmente habitado por amor.

Encuentro el libro inmediatamente: una edición preciosa sobre familias de animales del bosque, con fotografías que Emma debe de haber mirado mil veces. Mientras lo hojeo rápidamente, sonrío al ver las esquinas dobladas en sus páginas favoritas.

Voy por la mitad del pasillo ya en dirección a la cocina cuando la veo.

Y todo mi mundo se detiene.

Hay una mujer saliendo de la habitación de Dominic.

Es absolutamente preciosa. Tiene el cabello rubio platino mojado que cae en ondas perfectas sobre unos hombros desnudos y bronceados. Lleva únicamente una toalla blanca atada alrededor de un cuerpo que parece salido de una revista: piernas infinitas y tonificadas, cintura de avispa, curvas en todos los lugares correctos.

Pero no es solo su belleza lo que me deja sin respiración.

Es que sale de la habitación de Dominic.

De su dormitorio.

Con el pelo mojado.

Solo con una toalla.

Su toalla.

Como si se hubiesen pasado toda su tarde libre haciendo el amor.

La realidad me golpea como un tsunami devastador, arrastrando todo lo que creía saber sobre mi vida, sobre lo que pensaba que estaba comenzando a surgir entre Dominic y yo.

«Ha estado duchándose en su baño.»

«En su habitación.»

«Como si viviese aquí.»

«Como si fuese suya.»

—Oh —dice cuando me ve, parándose en el pasillo con una sonrisa que es educada pero ligeramente confundida—. Hola. Tú debes de ser Sage.

La forma en que pronuncia mi nombre —como si me conociese, como si hubiese oído hablar de mí— hace que algo se rompa definitivamente en mi pecho.

Por supuesto que sabe quién soy. Por supuesto que Dominic le ha hablado de la profesora que cuida de sus sobrinos. Probablemente le ha contado que también se acuesta conmigo cuando le conviene.

Que soy conveniente. Útil. Disponible.

Pero no importante.

Nunca importante.

—Perdona —consigo susurrar, mi voz suena como si viniese de muy lejos—. No sabía que... no quería interrumpir.

El libro se me resbala de las manos y cae al suelo con un golpe sordo. Ella se acerca y se inclina para recogerlo, y puedo oler su perfume: algo caro y sofisticado que huele a la vida que Dominic dejó en Los Ángeles. A su mundo real. Al mundo donde pertenece.

—No interrumpes nada —dice con una sonrisa amable—. Estoy encantada de conocer por fin a la famosa Sage. Dominic no ha parado de hablar de lo maravillosa que eres con los niños.

Sus palabras me atraviesan como cuchillas. *La famosa Sage.* Como si fuese una empleada de la que se siente orgulloso. Como si

fuese exactamente lo que soy: la niñera conveniente que además se acuesta con él.

—¿Te encuentras bien? —pregunta la mujer, frunciendo el ceño—. Estás muy pálida.

No puedo responder. No puedo formar palabras cuando todo mi mundo se está desmoronando a mi alrededor. Lo único que puedo hacer es girarme y bajar las escaleras como si me persiguiese la muerte.

No puedo quedarme a escuchar su confusión. No puedo enfrentarme a Dominic, que aparece desde la cocina con expresión alarmada.

—¿Sage? ¿Qué ha pasado? ¿A dónde vas?

Pero yo ya estoy en la puerta, ya estoy huyendo hacia mi coche con el corazón completamente destrozado.

«Qué estúpida he sido.»

«Qué malditamente estúpida por creer que alguien como él podía querer algo real conmigo.»

«Por creer que era especial.»

Las lágrimas empiezan a caer antes de que llegue al coche, sollozos que vienen desde algún lugar profundo de mi alma. Consigo arrancar el motor justo cuando veo a Dominic salir corriendo de la casa.

Pero no quiero quedarme a hablar con él.

Conduzco a casa completamente ciega por las lágrimas, con el corazón roto en pedazos tan pequeños que no sé si alguna vez podré volver a recomponerlo.

Porque durante unas semanas preciosas, me permití creer que había encontrado mi lugar en el mundo. Que había encontrado mi familia. Que había encontrado al hombre de mi vida.

Y todo era una ilusión patética de una mujer demasiado joven e inexperta para entender cuándo estaba siendo usada.

Cuando llego a mi cabaña, me encierro y me derrumbo completamente, llorando hasta que no me quedan más lágrimas.

Por primera vez en la vida entiendo lo que significa tener el corazón completamente destrozado.

Y duele mucho más de lo que jamás creí posible.

CAPÍTULO 28

DOMINIC

Me quedo de pie en el porche, viendo cómo Sage se aleja como si huyese de un incendio, y no entiendo absolutamente nada de lo que acaba de pasar.

¿Por qué ha salido corriendo? ¿Qué le ha alterado tanto? Hace cinco minutos estaba subiendo alegremente a buscar un cuento para Emma, y ahora...

Mi corazón late más rápido, pero no de la forma buena. Hay algo terriblemente mal en todo esto, y no tengo ni idea de qué es.

Joder. Necesito saber qué le ha pasado, pero no puedo salir detrás de ella. Los niños están en casa.

Mierda.

—¿Tío Dom? —Emma aparece en la puerta con expresión confundida—. ¿Por qué se ha ido Sage tan rápido? ¿Está enfadada con nosotros?

Su vocecita preocupada me devuelve a la realidad de golpe. Sea lo que sea lo que ha pasado, no puedo dejar que Emma y Ethan se den cuenta de que algo va mal. No puedo asustarlos.

—No está enfadada con vosotros, princesa —digo, agachándome a su altura e intentando que mi voz suene normal—. Seguramente ha recordado que tenía algo importante que hacer.

—¿Pero va a volver? —pregunta Ethan, apareciendo junto a su hermana con esa ansiedad que aparece siempre que algo altera sus rutinas.

—Por supuesto que va a volver —miento, porque no tengo ni idea de si es verdad. Solo sé que voy a hacer lo que haga falta para lograrlo—. Ahora vamos a merendar, ¿vale?

Los llevo de vuelta a la cocina, intentando actuar con normalidad mientras mi cabeza da vueltas intentando entender qué coño ha pasado. Sage estaba bien cuando subió. Estaba feliz, relajada, siendo ella misma.

¿Qué puede haber cambiado en cinco minutos?

Es entonces cuando oigo pasos apresurados en las escaleras, y Ellie aparece en la cocina vestida a toda prisa: vaqueros que claramente se ha puesto sin cuidado, camiseta arrugada, el pelo húmedo recogido en una coleta desordenada.

—Dom —dice, y hay urgencia en su voz—. Necesito hablar contigo. Ahora.

—¡Ellie! —grita Emma en el mismo instante en el que la ve, corriendo hacia ella con los brazos abiertos—. ¡Estás aquí!

—¡Mis pequeños! —Ellie se agacha inmediatamente para abrazarla—. Estás enorme, cariño. Y tú también, Ethan —dice cuando él se acerca más cauteloso—. Os he echado muchísimo de menos.

—Nosotros también te hemos echado de menos —dice Emma, acurrucándose contra ella—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—Unos días, pequeña —dice Ellie, pero sus ojos están fijos en mí con una urgencia que me pone nervioso.

—Dom —dice, levantándose—. ¿Podemos hablar un momento? En privado. Es importante.

—Chicos —digo—, ¿podéis quedaros aquí con Ellie mientras hablamos un segundo? Enseguida volvemos.

La llevo hacia la terraza acristalada, donde podemos tener privacidad, pero seguir viendo a los niños.

—¿Qué te pasa? —pregunto en cuanto cerramos la puerta.

—Me he cruzado con Sage en el pasillo —dice Ellie, pasándose las manos por el pelo húmedo—. Acababa de salir de tu habitación con una toalla porque fui a coger el secador. Ella me ha visto y... Dios mío, Dom, la expresión de su cara.

Mi estómago se contrae en un nudo.

—¿Qué expresión tenía?

—Como si se le hubiera roto el corazón —dice Ellie con gravedad —. Como si acabase de ver la peor pesadilla de su vida hecha

realidad.

El significado de lo que me está contando me golpea como un puñetazo en el estómago.

—Joder —murmuro, sintiendo cómo el pánico se apodera de mí—. Piensa que me he acostado contigo.

—Exacto. Y Dom, la forma en que ha reaccionado... esa chica está enamorada de ti.

—Tengo que ir a buscarla —digo, dirigiéndome hacia la puerta—. Tengo que explicarle...

—Sí —dice Ellie con firmeza—. Ahora mismo. No puedes permitir que sufra de esa manera.

—Joder…

—Dom —me interrumpe, poniendo una mano en mi brazo—. Ve a buscar a tu mujer. Los niños y yo nos conocemos de toda la vida. Estaremos perfectamente.

No necesito que me lo diga dos veces.

Vuelvo a la cocina, donde Emma y Ethan están esperándonos.

—Chicos —digo—, tengo que salir un momento. Ellie se va a quedar con vosotros, ¿vale?

—¿A dónde vas? —pregunta Ethan, con esa ansiedad automática que aparece cuando sucede algo que no esperaba.

—A buscar a Sage —digo honestamente—. Creo que ha habido un malentendido y necesito hablar con ella.

Los niños asienten, casi como si fuesen capaces de percibir la importancia de la situación.

Salgo de casa como si me fuese la vida en ello, conduzco hacia la cabaña de Sage con el corazón latiendo tan rápido que creo que voy a tener un infarto. Todo mi cuerpo está tenso, cada músculo contraído por la urgencia de llegar hasta ella, de explicarle la verdad antes de que sea demasiado tarde.

Cuando llego, llamo a la puerta con nudillos que tiemblan ligeramente.

—¿Sage? Soy Dominic. ¿Puedes abrir? Necesito explicarte...

—Vete —su voz llega desde dentro, amortiguada pero claramente alterada—. Por favor, vete.

—No me voy a ningún sitio hasta que hablemos.

—No hay nada de qué hablar, Dominic. Ya lo he entendido todo.

Puedo oír que ha estado llorando. Puedo oír el dolor en su voz, y eso me destroza algo fundamental en el pecho.

—Sage, por favor. Sea lo que sea que hayas pensado, estás equivocada.

Silencio.

—Abre la puerta —digo, apoyando la frente contra la madera—. Por favor.

—No puedo —dice, y su voz se quiebra—. No puedo verte ahora mismo.

Es entonces cuando me doy cuenta de que esto va a requerir algo más que explicaciones lógicas. Va a requerir la verdad completa.

—Sage —digo, alzando la voz para asegurarme de que me oye—. Estoy enamorado de ti.

El silencio que sigue es tan absoluto que por un momento pienso que no me ha oído.

—He dicho que estoy enamorado de ti —repito, más fuerte—. Completamente, irremediablemente enamorado de ti.

Oigo movimiento dentro de la cabaña, pasos acercándose a la puerta.

—No tienes por qué quererme tú a mí —continúo, las palabras me salen en un torrente que no puedo detener—. No tienes que sentir nada por mí. Pero no puedo dejar que pienses que he estado jugando contigo. No puedo dejar que pienses que lo que hemos compartido no ha significado nada para mí.

La puerta se abre tan abruptamente que casi me caigo hacia delante.

Sage está ahí, con los ojos rojos e hinchados por haber llorado, el cabello desordenado, llevando un pijama de algodón que tiene dibujos de gatos. Parece rota. Parece como si le hubieran arrancado el corazón del pecho.

Y es por mi culpa.

—¿Qué has dicho? —pregunta, su voz apenas sale en un susurro.

Es el momento de ser completamente sincero.

—He dicho que estoy enamorado de ti —repito, mi corazón late tan rápido que creo que va a explotar—. Sage, estoy completamente

enamorado de ti.

Veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas otra vez, pero esta vez son diferentes. No son lágrimas de dolor, sino de shock, de esperanza, de algo que parece demasiado bueno para ser verdad.

—¿Puedo entrar? —pregunto suavemente—. ¿Puedo explicarte todo?

Asiente sin palabras, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Su cabaña está exactamente como la recordaba: acogedora, cálida, llena de plantas y libros y esa esencia que es únicamente suya. Pero ahora hay pañuelos arrugados en el sofá, una manta tirada en el suelo, señales evidentes de que se ha derrumbado aquí mismo.

—Sage... —empiezo, pero ella me interrumpe.

—¿Quién es ella? —pregunta, y puedo oír el dolor residual en su voz—. La mujer que estaba en tu habitación.

—Se llama Ellie Cameron. Era la mejor amiga de Isabelle.

—¿Y por qué estaba...?

—Porque me pidió refugio —la interrumpo, acercándome un paso —. Es actriz. Su agencia la ha estado estafando y va a salir en todos los medios. Necesitaba un sitio donde esconderse hasta que sus abogados limpien el lío.

Veo cómo procesa la información, pero la desconfianza sigue ahí.

—Ha salido de tu habitación. Solo con una toalla.

—Se estaba duchando en el baño del pasillo, pero había olvidado el secador de pelo. Fue a mi habitación a ver si había uno.

La comprensión empieza a filtrarse en sus ojos verdes.

—Sage, no ha pasado nada entre Ellie y yo. Nunca ha pasado nada. Es como una hermana para mí, ha sido así desde siempre. Es parte de mi pasado, de mi conexión con Isabelle, pero no es parte de mi futuro.

—¿Entonces...?

—Mi futuro eres tú —la interrumpo, acercándome otro paso—. Tú y Emma y Ethan y esta vida perfecta que hemos construido juntos sin darnos cuenta.

Puedo ver cómo se le corta la respiración, cómo sus manos tiemblan ligeramente.

—Sage, llevo días intentando encontrar el valor para decirte lo que siento. Para admitírmelo a mí mismo. Esta mañana, cuando Ellie me preguntó si estaba enamorado de ti, fue la primera vez que lo admití en voz alta. Y tenía planeado contártelo esta noche.

—¿Ibas a decírmelo?

—Iba a pedirte que te quedases conmigo —digo, mi voz volviéndose más ronca—. Iba a pedirte que fueses mía. Completamente.

Las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas otra vez, pero puedo ver que son lágrimas de alivio, no de dolor.

—Cuando la he visto salir de tu habitación he pensado que solo era conveniente para ti —susurra—. He pensado que me habías usado porque estaba disponible.

—¿Conveniente? —repito, incrédulo—. Sage, eres lo más importante que me ha pasado en la vida. Eres la razón por la que me despierto cada mañana con ganas de ser mejor hombre. Te quiero.

No puedo seguir hablando porque ella se lanza hacia mí, aplastando sus labios contra los míos con una desesperación que reconozco porque es exactamente la que siento yo.

Le devuelvo el beso con toda la intensidad que llevo conteniendo durante semanas, mis brazos rodeándola como si fuese lo más precioso del mundo. Porque lo es. Es exactamente eso.

—Yo también te amo —dice contra mis labios, las palabras salen entre sollozos—. Estoy completamente enamorada de ti, Dominic. He pensado que me iba a morir cuando he visto a esa mujer...

—Nunca —la interrumpo, apretándola más contra mí—. Nunca va a haber nadie más que tú. Solo tú, Sage. Para siempre.

La beso hasta que estamos sin respiración, hasta que el dolor de la última hora se disuelve completamente en la certeza de que estamos exactamente donde pertenecemos: en los brazos el uno del otro.

—Te amo tanto —susurro contra su cabello—. Tanto que me duele físicamente cuando no estás cerca.

—¿En serio? —pregunta, separándose lo suficiente para mirarme con esos ojos verdes que son mi nueva religión—. ¿De verdad me

amas?

—De verdad te amo —confirmo, ahuecando su rostro entre mis manos—. Te amo y quiero estar contigo. Quiero despertarme cada mañana contigo entre mis brazos.

Me calla con otro beso, este más suave pero igual de devastador.

—Yo también quiero todo eso —dice—. Lo quiero tanto que me asusta.

—No tienes que asustarte —le prometo—. No voy a ir a ningún sitio. No voy a dejarte nunca.

Nos quedamos abrazados en medio de su salón, simplemente respirando juntos, sintiendo cómo este día terrible se convierte en el comienzo de algo hermoso.

—¿Sabes lo que más me duele de todo esto? —dice finalmente.

—¿Qué?

—Que por un momento pensé que nunca podría volver a estar en tu cocina. Que nunca podría volver a acostar a Emma y Ethan. Que había perdido la única familia que he querido jamás.

Sus palabras me golpean directamente en el corazón.

—Sage —digo, mirándola directamente a los ojos—. Esa familia es tuya. Somos tuyos. Yo soy tuyo. Si me quieres.

—Te quiero —dice sin dudarlo—. Te quiero tanto que me da miedo la intensidad.

No puedo resistirme más. La levanto en brazos y la llevo hacia su habitación, necesitando demostrarle físicamente lo que siento por ella. Necesitando reclamarla de la forma más primitiva y completa posible.

—Voy a hacerte el amor hasta que se te olvide que existe alguien más en el mundo —le prometo mientras la deposito en su cama—. Hasta que lo único que puedas pensar sea en lo mucho que te amo.

—Dominic... —suspira mi nombre como una oración.

La desnudo con una reverencia que contrasta con la urgencia que siento. Cada botón que desabrocho, cada centímetro de piel que descubro es una promesa silenciosa de que es mía para siempre.

—Eres preciosa —murmuro, trazando la línea de su clavícula con labios temblorosos—. Tan jodidamente preciosa que me duele mirarte.

Cuando estamos piel contra piel, cuando siento su cuerpo suave y cálido contra el mío, algo en mi mundo se recoloca de forma fundamental.

—Te amo —le susurro mientras me hundo en su calor—. Te amo, Sage. Te amo.

—Y yo te amo a ti —jadea, arqueándose contra mí—. Tanto que no sé cómo he vivido sin ti.

Nos movemos juntos con una desesperación que viene de haber estado a punto de perdernos. Es posesivo, intenso, como si estuviésemos reclamándonos mutuamente después de una separación que podría haberse vuelto permanente.

—Eres mía —gruño, mis embestidas volviéndose más demandantes—. Dilo. Di que eres mía.

—Soy tuya —gime, sus piernas rodeándome—. Completamente tuya, Dominic. Para siempre.

Cuando llegamos al clímax juntos, cuando siento cómo se contrae alrededor de mí mientras grita mi nombre, es como si toda la tensión y el miedo de las últimas horas se liberasen de golpe.

Después, mientras yacemos entrelazados en su cama, con mi corazón latiendo contra el suyo, una necesidad se instala en mi pecho.

—Ven conmigo —digo, acariciando su cabello sedoso—. Vuelve a casa conmigo. Quiero que conozcas oficialmente a Ellie. Quiero tenerte en mi cama, en mi casa, donde perteneces.

—¿Estás seguro? —pregunta, sus dedos trazando círculos sobre mi pecho—. No quiero que sea incómodo...

—Lo único que sería incómodo es no tenerte a mi lado —la interrumpo—. Sage, quiero que Emma y Ethan vean que eres parte de nuestra familia. Que eres... que eres la mujer que amo.

Sus ojos se llenan de lágrimas otra vez, pero esta vez son lágrimas de felicidad pura.

—Sí —dice, besándome suavemente—. Volvamos a casa.

A casa.

Las palabras resuenan en mi pecho como una promesa.

CAPÍTULO 29

DOMINIC

Estoy en mi despacho de la consulta, terminando de revisar las historias clínicas del día, cuando Sarah golpea suavemente la puerta.

—Doctor Kane, tiene una llamada. El doctor Harrison quiere hablar con usted.

Cojo el auricular con una ligera preocupación. ¿Se habrá complicado su recuperación?

—¿Doctor Harrison? ¿Cómo se encuentra?

—¡Dominic! Mucho mejor, gracias. Los huesos están sanando perfectamente. Podré volver a trabajar en dos semanas como estaba previsto.

—Me alegro mucho de oír eso —digo, y me sorprende darme cuenta de que es verdad, pero también siento algo parecido a... ¿decepción?

—Escuche, por eso le llamo. Mi mujer y yo hemos estado hablando mucho durante mi recuperación. Llevamos treinta años en Sunset Valley, y hemos decidido que es hora de hacer un cambio.

—¿Qué tipo de cambio?

—Nos vamos a mudar a Bozeman. Queremos estar más cerca de nuestros hijos, tener mejor acceso a atención médica especializada. Ya sabe, cosas de la edad.

La información me pilla desprevenido.

—Entiendo. ¿Y qué va a pasar con la consulta?

—Bueno, ahí es donde entra usted —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Dominic, en estos dos meses ha hecho un trabajo extraordinario. Los pacientes le adoran, se ha ganado el respeto de todo el pueblo. Nunca había visto a la gente tan contenta con la atención médica.

Frunzo el ceño. No entiendo hacia dónde va esta conversación.

—¿Me está pidiendo que continue como sustituto más tiempo?

—Le estoy pidiendo que se quede permanentemente. Como médico titular de Sunset Valley. Le traspaso toda la consulta, los pacientes, todo. Usted ya conoce el funcionamiento, ya tiene la confianza de la gente. Sería perfecto.

El silencio que sigue es denso mientras proceso lo que me está diciendo.

—¿Permanentemente? —repito.

—Solo si le interesa, por supuesto. Sé que este no era su plan original, que vino aquí para centrarse en criar a sus sobrinos, no para ejercer la medicina rural. Pero Dom, tiene un don natural para esto. Y este pueblo le ha cogido mucho cariño. Además —añade con una risa—, el alcalde Liam Wellington me mataría si me voy y dejo el pueblo sin médico. Me ha dejado muy claro que encontrar a alguien como usted ha sido un milagro que no se va a repetir.

Miro por la ventana hacia Main Street, donde la señora Peterson pasea con su cochecito, donde Jerry Morrison saluda desde su camioneta, donde Martha Collins está entrando en la floristería.

Esta gente que me saca de quicio con sus visitas por dolencias imaginarias, pero que también me ha hecho sentir más útil en unas pocas semanas que en años de cirugías estéticas.

—¿Puedo pensármelo? —pregunto.

—Por supuesto. Tómese todo el tiempo que necesite.

Cuando cuelgo, me paso las manos por el pelo, intentando ordenar mis pensamientos.

¿Quedarme de médico en Sunset Valley para siempre? La idea debería asustarme. Debería hacerme pensar en todo lo que he dejado atrás en Beverly Hills.

Pero lo único que siento es... como si fuese lo correcto.

Porque la verdad es que en estas semanas no he echado de menos mi vida anterior ni una sola vez. No he echado de menos las cirugías de celebrities, ni los ingresos astronómicos, ni el reconocimiento profesional.

He encontrado algo aquí que vale mucho más que todo eso.

He encontrado una vida real. Un propósito que va más allá del dinero. Una comunidad que me ha adoptado como familia.

Y, sobre todo, he encontrado a Sage.

Pero quedarme significaría seguir necesitando su ayuda con Emma y Ethan. Y no estoy seguro de si eso es justo para ella. Después de todo, empezó cuidándolos como un favor temporal para ayudar al pueblo. ¿Querrá hacerlo para siempre? ¿Querrá atarse a mi vida de esa forma?

¿Querrá construir un futuro conmigo?

Solo hay una forma de averiguarlo.

SAGE

Estoy removiendo la salsa boloñesa cuando oigo el sonido familiar del coche de Dominic en el camino de entrada, y mi corazón hace esa cosa estúpida de acelerarse que hace cada vez que sé que está a punto de llegar.

Han pasado un par de semanas desde que nos confesamos nuestro amor, y todo se siente diferente ahora. Más real. Más sólido.

Como si fuésemos realmente una familia.

—¡Tío Dom! —grita Emma desde el salón—. ¡Has llegado!

—Hola, renacuajo—responde su voz desde el vestíbulo—. ¿Qué es ese olor tan increíble?

Aparece en la puerta de la cocina un momento después, todavía con la camisa del trabajo, pero ya sin chaqueta ni corbata.

—Hola, preciosa —dice, acercándose directamente a mí para rodearme con sus brazos desde atrás.

Me relajo contra él inmediatamente, sintiendo cómo la tensión que no sabía que tenía en los hombros se libera con su contacto.

—¿Qué tal el día? —pregunto, inclinándome hacia atrás para poder mirarlo.

—Interesante —dice, besándome suavemente en la sien—. Muy interesante. Te lo cuento después de la cena.

Durante la cena, noto que Dominic está más callado que de costumbre. No nervioso, exactamente, pero sí como si estuviese procesando algo importante. Emma charla animadamente sobre su día, Ethan me cuenta datos fascinantes sobre geología, Ellie nos

relata historias divertidas de Hollywood, pero puedo ver que Dominic está ligeramente distraído.

Como si tuviese algo importante en la cabeza.

Después de acostar a Emma y Ethan con nuestra rutina ya perfectamente sincronizada —él revisando que las ventanas estén cerradas mientras yo les leo un cuento, los dos dándoles besos de buenas noches—, y después de que Ellie se retire a su habitación con un guiño cómplice, nos instalamos en el sofá del salón.

—Muy bien —digo, acurrucándome contra él—. Ahora puedes contarme qué te tiene tan pensativo.

Dominic respira hondo, como si se estuviese preparando para algo importante.

—Harrison me ha llamado hoy.

—¿Está bien? ¿Ha tenido complicaciones en su recuperación?

—No. Está perfectamente. Puede volver al trabajo en dos semanas, como estaba previsto.

Un nudo se forma en mi estómago. Dos semanas. En dos semanas, su trabajo habrá terminado. Ya no tendrá razones para seguir necesitando mi ayuda con Emma y Ethan.

—Pero hay más —continúa—. Quiere jubilarse e irse a vivir a Bozeman con su familia. Me ha preguntado si estaría dispuesto a quedarme como médico permanente de Sunset Valley.

Mi respiración se detiene completamente.

—¿Permanente?

—Si, para siempre. Si acepto —dice, su brazo se tensa alrededor de mí—. La consulta sería mía. Todos los pacientes. Todo el lío.

—¿Y qué... qué le has respondido?

—Le he dicho que le daré una respuesta lo más pronto posible —dice, girándose para mirarme directamente—. Porque antes necesito saber algo.

—¿Qué necesitas saber?

Sus ojos azules me estudian con esa intensidad que ya conozco, pero hay algo vulnerable en su expresión que no había visto antes.

—Si acepto quedarme, voy a seguir necesitando ayuda con Emma y Ethan durante las horas de consulta. Y sé que tú empezaste cuidándolos como un favor temporal para ayudar al pueblo, pero...

Se detiene, pasándose una mano por el pelo.

—Pero si me quedo para siempre, necesitaría que tu ayuda fuese algo permanente también.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—¿Me estás preguntando si quiero seguir cuidándolos?

—Te estoy preguntando si quieres que esto —señala alrededor, hacia la casa, hacia nosotros— sea tu vida también. No solo temporalmente.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos antes de que pueda detenerlas. Porque la pregunta que me está haciendo es exactamente la que llevo queriendo escuchar durante semanas.

—Por supuesto que quiero seguir con ellos —digo, mi voz quebrándose ligeramente—. Los adoro, Dominic. No puedo imaginar mi vida sin Emma y Ethan. Esta familia es... es todo lo que he querido jamás.

Veo cómo algo se recoloca en su expresión, como si mis palabras hubieran eliminado algún miedo que estaba cargando.

—¿Y tú? —pregunto suavemente—. ¿Quieres quedarte? ¿De verdad?

—Sage, en Beverly Hills tenía una carrera exitosa, dinero, reconocimiento profesional. Pero aquí... aquí he encontrado algo que vale mucho más que todo eso.

—¿Qué has encontrado?

—Una vida real —dice, ahuecando mi rostro entre sus manos—. Una comunidad que me ha adoptado como si fuera su familia. Pacientes que me necesitan de verdad, no que me pagan por vanidad.

Sus palabras me están llegando directamente al corazón.

—Y, sobre todo —continúa, sus ojos no se separan de los míos ni un segundo—, te he encontrado a ti. A la mujer que amo más que a mi propia vida. A la mujer con la que quiero formar una familia de verdad.

No puedo contener el sollozo que se escapa de mi garganta.

—Dominic...

—Pero hay algo más que necesito pedirte —dice, y hay algo nuevo en su voz. Algo que hace que mi respiración se acelere.

—¿Qué?

—No quiero que solo cuides de los niños durante mis horas de trabajo —dice, mirándome directamente a los ojos—. Quiero que vengas a vivir aquí. Conmigo. Con nosotros. Como una familia real.

El aire se me atasca en los pulmones.

—¿Me estás pidiendo que me mude contigo?

—Te estoy pidiendo que seas mía oficialmente —dice, su voz volviéndose más profunda, más intensa—. Te estoy pidiendo que seamos los padres que Emma y Ethan necesitan. Te estoy pidiendo que me ayudes a criarlos, a amarlos, a ser la familia que Isabelle habría querido que fuésemos.

Las lágrimas caen libremente por mis mejillas ahora, pero mi sonrisa es tan amplia que me duelen las mejillas.

—Sí —respondo sin dudarlo—. Sí a todo. Quiero vivir contigo. Quiero ser parte de tu familia. Quiero...

No puedo terminar la frase porque me está besando con una intensidad que me roba el aliento. Con la promesa del futuro que vamos a compartir.

—Te amo —susurra contra mis labios—. Te amo tanto que a veces no puedo contenerlo en mi interior.

—Y yo te amo a ti —respondo, sintiendo cómo mi corazón se hincha tanto que podría explotar—. Para siempre, Dominic.

Nos quedamos abrazados en su sofá, ya nuestro sofá, planeando el futuro en susurros. Hablando de mudanzas y habitaciones y de cómo vamos a decírselo a Emma y a Ethan.

De cómo vamos a ser una familia de verdad.

Y cuando me lleva a la cama esa noche, cuando hacemos el amor con la urgencia de quienes han encontrado por fin su lugar en el mundo, sé que éste es solo el comienzo.

El comienzo de todo lo que siempre soñé tener.

CAPÍTULO 30

DOMINIC

Me despierto con la primera luz del amanecer filtrándose por las cortinas, y por un momento simplemente me quedo inmóvil, saboreando esta sensación que aún me resulta nueva: despertar completamente feliz.

Sage está acurrucada contra mi costado, su respiración cálida y regular contra mi pecho desnudo, su cabello castaño extendido sobre la almohada como seda derramada. Han pasado dos semanas desde que se mudó oficialmente a casa, y todavía me sorprende la naturalidad con la que ha llenado cada rincón de nuestro hogar.

Sus plantas están en los alféizares de las ventanas. Sus libros se mezclan con los míos en las estanterías. Su risa resuena por los pasillos cada día cuando ayuda a Emma con los deberes o escucha pacientemente las explicaciones de Ethan sobre geología.

Su presencia ha convertido nuestra casa en un hogar de verdad.

Me incorporo cuidadosamente para no despertarla y me dirijo hacia la ducha. Hoy es sábado, nuestro primer sábado oficial como familia, y tengo planeado hacer algo especial. Quizás llevarlos al lago, o enseñar a Emma a pescar como me había estado pidiendo, o simplemente pasar el día holgazaneando en el jardín mientras Ethan me explica las diferencias entre el cuarzo y el feldespato.

Pero cuando bajo a la cocina ya vestido y me encuentro a Sage preparando el desayuno con esa energía nerviosa que reconozco inmediatamente, sé que tiene otros planes.

—Buenos días, preciosa —digo, acercándome para rodearla con mis brazos desde atrás.

—Buenos días —responde, con amor—. ¿Has dormido bien?

—Perfectamente —murmuro contra su cuello, respirando ese aroma floral que ya se ha convertido en mi aroma favorito del mundo—. ¿Y tú? Pareces un poco... nerviosa.

—¿Nerviosa? —dice, demasiado rápido—. Para nada. Solo estaba pensando que después del desayuno podríamos acercarnos al colegio. Tengo que recoger unos materiales para la semana que viene.

La miro fijamente. Sage nunca va al colegio los sábados. Nunca. Es casi religiosa respecto a mantener los fines de semana libres de trabajo.

—¿Al colegio? ¿Un sábado?

—Sí, solo será un momento —dice, evitando mi mirada mientras remueve los huevos revueltos con mucha energía—. Y después podríamos dar un paseo por la plaza. Los niños llevan días pidiendo ver cómo van las obras del parque nuevo.

Antes de que pueda responder, Emma aparece corriendo en la cocina, ya completamente vestida y peinada. Lo cual es extraordinario, considerando que normalmente tengo que subir tres veces a despertarla los sábados.

—¡Buenos días, tío Dom! —dice, dándome un abrazo que huele a pasta de dientes de fresa—. ¿Podemos ir al colegio con Sage? ¡Por favor!

—Y después a la plaza —añade Ethan, apareciendo detrás de ella con esa expectación mal contenida que intenta ocultar—. Quiero ver si ya han instalado los columpios nuevos.

Los observo a los tres, notando las miradas cómplices que intercambian cuando creen que no me doy cuenta, la forma en que Sage se sonroja ligeramente cada vez que nuestros ojos se encuentran, la energía extraña que flota en el aire como electricidad antes de una tormenta.

Definitivamente están tramando algo.

—Por supuesto que podemos ir —digo, decidiendo seguirles el juego porque, sinceramente, me da igual a dónde vayamos mientras estemos los cuatro juntos—. Pero primero desayunamos como es debido.

Durante el desayuno, noto cómo Sage apenas toca su comida. Juguetea con los huevos revueltos, da pequeños sorbos al café, y sigue mirando el reloj como si tuviera una cita importante. Emma charla sin parar sobre cosas sin importancia, y Ethan asiente a todo lo que dice su hermana con una solemnidad inusual.

Cuando terminamos y salimos hacia el coche, hay algo en el aire matutino que me resulta diferente.

El trayecto hasta el centro dura quince minutos llenos de la charla incesante de Emma sobre todo y nada, mientras Sage tamborilea nerviosamente con los dedos sobre su muslo y Ethan mira por la ventana con una pequeña sonrisa dibujada en la boca.

Cuando aparco frente al colegio, lo primero que noto es el número inusual de vehículos. La camioneta de Liam junto a la panadería. El todoterreno de Cole al otro lado de la calle. La Ford de Jerry Morrison. Hay demasiados coches juntos para un sábado tranquilo en un pueblo pequeño.

—Qué extraño —murmuro—. Parece que hay mucha actividad.

—¡Vamos! —dice Emma, prácticamente saltando del asiento trasero—. ¡Tenemos que enseñarte una cosa súper importante!

Sage sale del coche con movimientos que parecen ensayados, y cuando me acerco a ella, sus mejillas están sonrojadas y sus ojos verdes brillan con algo que no sé identificar.

Antes de que pueda preguntarle qué le pasa, Emma y Ethan me toman de las manos y empiezan a tirar de mí hacia la entrada del colegio.

—¡Vamos, tío Dom! —grita Emma—. ¡Es súper importante!

Abrimos la puerta del colegio, y el mundo explota.

—¡SORPRESA!

El vestíbulo está lleno de gente, pero no es eso lo que me deja sin respiración. Son las pancartas colgadas por todas partes, ondeando suavemente con la brisa que entra por las puertas abiertas: «GRACIAS DR. KANE», «BIENVENIDO A LA FAMILIA DE SUNSET VALLEY», «NUESTRO MÉDICO, NUESTRO AMIGO».

Todo el pueblo está aquí. Cada paciente que he atendido, cada familia que he conocido, cada persona que se ha cruzado en mi vida durante estos meses está esperándome con sonrisas radiantes y

aplausos que resuenan contra las paredes como truenos de celebración.

Dorothy y Daniel Wellington están al frente, con los ojos húmedos de emoción y esas sonrisas que solo pueden dar los padres orgullosos. Liam con una expresión de satisfacción absoluta, Iris aplaudiendo con entusiasmo. Cole, Henry y Aiden formando una línea de hermanos protectores que ahora me incluye a mí también.

Jerry Morrison se quita su sombrero de domingo en un gesto de respeto que me llega al alma. Martha Collins sostiene un ramo de flores silvestres con manos temblorosas. Los Peterson están ahí con su bebé, que balbucea feliz en brazos de su madre. Bill se apoya en sus muletas, pero sonríe de oreja a oreja.

El aire huele a tartas caseras y café recién hecho, a flores del campo y a ese aroma indefinible que es la esencia de Sunset Valley: comunidad, hogar, familia elegida.

—¿Qué es esto? —consigo susurrar, mi voz suena emocionada incluso para mis propios oídos.

—Esto —dice Dorothy, acercándose con esa sonrisa maternal que hace que algo se contraiga en mi pecho— es nuestra forma de darte las gracias. Por elegir quedarte con nosotros. Por ser exactamente el médico y el hombre que necesitábamos.

—El médico que salvó a mi Bessie —grita Jerry desde atrás, provocando risas cálidas que rebotan por todo el espacio.

—Al doctor que me escucha hablar de mi espalda todas las semanas sin perder la paciencia —añade Martha, y puedo oír el cariño genuino en su voz.

Las palabras me llegan como oleadas de calor que se extienden desde mi estómago hasta las puntas de mis dedos. Puedo sentir cómo mis ojos se humedecen, cómo algo fundamental se recoloca en mi pecho.

—Dominic Kane —la voz de Liam se alza sobre el murmullo cariñoso—, llegaste como médico a la consulta de Sunset Valley como un favor temporal. Ahora te quedas como familia permanente.

Los aplausos que estallan son ensordecedores, y esta vez no puedo contener la emoción. Puedo sentir la mano de Sage apretando la mía, puedo ver cómo Emma y Ethan brillan de felicidad

mientras toda esta gente los abraza y los celebra como parte integral de la comunidad.

Cuando me piden que diga algo, cuando todas estas caras expectantes se vuelven hacia mí esperando palabras, tengo que aclararme la garganta varias veces antes de poder hablar.

—Cuando llegué a Sunset Valley hace unos meses —empiezo, mi voz ganando fuerza con cada palabra—, pensaba que sabía lo que era un hogar. Pensaba que sabía lo que significaba tener una familia.

Miro hacia Emma y Ethan, que me observan con esos ojos azules llenos de amor incondicional, y tengo que parpadear rápidamente para mantener la compostura.

—Pero vosotros me habéis enseñado que un hogar no es solo un lugar donde vives. Es un lugar donde perteneces. Donde tus éxitos se celebran y tus problemas se comparten. Donde los niños crecen rodeados no solo de padres que los aman, sino de toda una comunidad que los considera propios.

Los murmullos de aprobación me dan valor para continuar.

—Martha, escuchar todas las semanas sobre tu espalda me recuerda por qué me hice médico: para cuidar de la gente que importa. Jerry, aquella tarde en tu granero con Bessie me enseñó que la medicina no siempre ocurre en quirófanos estériles, sino dondequiera que se necesite ayuda. Bill, verte recuperarte después del accidente me ha dado más satisfacción que cualquier cirugía de mi carrera anterior.

Puedo ver lágrimas en los ojos de la gente, puedo sentir cómo Sage tiembla de emoción a mi lado, puedo notar el calor de esta comunidad envolviéndome como el abrazo más grande del mundo.

—Sunset Valley no es solo donde vivo —digo, mi voz volviéndose más firme—. Es el mejor hogar que Emma, Ethan y yo podríamos haber encontrado. Vosotros sois la familia que elegimos, y esperamos ser dignos de la familia que habéis elegido ser para nosotros.

Los aplausos que siguen son ensordecedores, llenos de cariño y aceptación. Pero por encima de todo, puedo sentir la mano pequeña de Emma en la mía, el brazo de Ethan rodeándome la cintura, la presencia cálida y sólida de Sage a mi lado.

Esta es mi gente. Este es mi hogar.

Y por primera vez en mi vida adulta, sé exactamente a dónde pertenezco.

SAGE

Tres horas después estamos de vuelta en casa, los cuatro flotando en esa felicidad cálida que viene después de haber estado rodeados de tanto amor. Emma y Ethan han salido al jardín trasero con algunos de los juguetes nuevos que la gente del pueblo les ha regalado, y desde la ventana de la cocina puedo verlos construyendo algo elaborado con palos y hojas que probablemente tiene que ver con los castillos de hadas que Emma adora.

La casa huele a las tartas que hemos traído de la celebración, a café recién hecho, y a esa esencia de hogar verdadero que se ha instalado en cada rincón desde que me mudé aquí. Dominic está recogiendo los platos del almuerzo, y hay algo diferente en él desde la sorpresa. Una tranquilidad profunda que no había visto antes, como si una parte de él que había estado tensa durante años finalmente se hubiera relajado por completo.

—Ha sido increíble, ¿verdad? —digo, secándome las manos con el paño de cocina mientras lo observo moverse por nuestra cocina.

—Increíble se queda corto —responde, apoyándose contra la encimera para mirarme—. No sabía que era posible sentirse tan... aceptado. Tan parte de algo.

Sus palabras me llegan directamente al corazón. Puedo ver la emoción residual en sus ojos azules, esa vulnerabilidad que raramente deja ver pero que ha estado a flor de piel toda la mañana.

—Te quieren de verdad —le digo—. Como familia.

—Lo sé —dice, acercándose para tomar mis manos entre las suyas—. Y es gracias a ti. Por organizarlo todo, por ayudarme a ver lo que ya tenía...

—No tienes que darme las gracias por eso —lo interrumpo—. Esa gente te adoraba desde mucho antes de que yo hiciera nada. Solo necesitabas verlo.

Nos quedamos así durante un momento, simplemente mirándonos en el silencio cálido de nuestra cocina. Sus pulgares trazan círculos suaves sobre mis nudillos, y puedo sentir ese familiar cosquilleo que siempre aparece cuando me toca, incluso en gestos tan simples como este.

—Sage —dice de repente, y hay algo diferente en su voz. Algo que hace que mi corazón se acelere—. Hay algo que quiero preguntarte.

Antes de que pueda responder, oigo el sonido de pies descalzos corriendo por la casa, y Emma aparece en la puerta de la cocina con las mejillas sonrojadas por haber estado jugando al sol.

—¿Ya, tío Dom? —pregunta, rebotando literalmente de emoción —. ¿Ya es el momento?

Mi corazón se detiene completamente.

—¿El momento de qué? —pregunto, mirando entre Emma, que prácticamente vibra de expectación, y Dominic, cuyas mejillas se han sonrojado ligeramente.

—Ethan, ven —grita Emma hacia el jardín—. ¡Ya es la hora!

Ethan aparece un momento después, con hierba en el pelo y una sonrisa que me dice que también está en el ajo de lo que sea que está pasando.

—¿Alguien me va a explicar de qué va todo esto? —pregunto, aunque una parte de mí empieza a sospechar, a tener una esperanza tan intensa que me da miedo alimentarla.

—Los niños tienen razón —dice Dominic, pasándose una mano por el pelo—. Es el momento.

Y entonces, ante mis ojos completamente incrédulos, se pone de rodillas en el suelo de nuestra cocina.

El aire se me atasca por completo en los pulmones.

Saca una cajita de terciopelo azul del bolsillo de su pantalón, y cuando la abre, el anillo más bonito que he visto en mi vida atrapa la luz dorada del sol que se filtra por la ventana. Es perfecto: elegante pero sin ostentaciones, con un diamante solitario que brilla como una estrella atrapada en oro blanco.

Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos antes de que pueda detenerlas.

—Sage Elizabeth Wellington —dice, y su voz tiembla ligeramente, convirtiendo mi nombre en algo sagrado—. Apareciste en mi vida como un huracán de color y luz, y lo cambiaste absolutamente todo.

Emma se acerca sigilosamente y se sienta en el suelo junto a su tío, mientras Ethan se coloca al otro lado, los dos nos observan con esa solemnidad que solo tienen los niños cuando entienden que algo muy importante está pasando.

—Durante años pensé que sabía lo que quería —continúa Dominic, sus ojos azules no abandonan los míos—. Control, perfección, una vida ordenada donde cada variable estuviese bajo mi dominio. Pero tú me enseñaste que la perfección no está en controlar cada momento, sino en encontrar a la persona con la que quieres vivir cada momento imprevisto.

Un sollozo se escapa de mi garganta antes de que pueda detenerlo.

—Me enseñaste que Emma y Ethan no necesitaban un tutor perfecto —dice, su voz se vuelve más profunda—. Necesitaban una familia que los amase, que los viese como los tesoros que son, que les diese libertad para ser exactamente quienes están destinados a ser.

—Dominic... —susurro, pero mi voz se quiebra completamente.

—Y tú nos diste eso —continúa, sacando el anillo de la cajita con manos que tiemblan ligeramente—. Nos convertiste en una familia de verdad. Me enseñaste a reír otra vez, a relajarme, a ver que el amor no se controla, se vive.

Se incorpora ligeramente, pero sigue de rodillas, y puedo ver la vulnerabilidad absoluta en sus ojos azules.

—Quiero despertarme contigo cada mañana durante el resto de mi vida —dice, tomando mi mano izquierda con una delicadeza que contrasta con la intensidad de su mirada—. Quiero envejecer a tu lado. Quiero seguir viendo cómo conviertes cada día ordinario en algo extraordinario simplemente por estar en él.

Las lágrimas caen libremente por mis mejillas ahora, pero no puedo apartar los ojos de él, de este hombre increíble que está entregándome su corazón en el suelo de nuestra cocina.

—Quiero que seamos una familia oficial —continúa—. Marido y mujer. Quiero darte mi apellido, mi futuro, todo lo que soy y todo lo que aspiro a ser.

Emma no puede contenerse más y se lanza hacia mí, pero se detiene justo antes de tocarme, como si entendiera instintivamente que este momento es sagrado.

—¡Sage! —susurra con voz emocionada—. ¡El tío Dom te va a pedir que te cases con él!

—Y nosotros queremos que digas que sí —añade Ethan, acercándose también—. Te queremos muchísimo. Queremos que seas parte de nuestra familia para siempre.

Miro hacia estos dos niños increíbles que se han convertido en el centro de mi mundo, hacia Dominic que me mira como si fuese la respuesta a todas sus oraciones, y siento cómo mi corazón se hincha tanto que podría explotar.

—Sage Elizabeth Wellington —dice Dominic, su voz ahora sale firme y clara—. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Quieres ser mi esposa, mi compañera, mi para siempre?

No puedo hablar. No puedo formar palabras cuando todo lo que siempre soñé está sucediendo aquí, en esta cocina llena de luz dorada, con los niños que amo mirándome con expectación radiante, con el hombre de mi vida entregándome su corazón como el regalo más precioso del mundo.

—Sí —consigo susurrar, encontrando mi voz—. Sí, quiero casarme contigo. Quiero ser vuestra familia para siempre.

Cuando Dominic me desliza el anillo en el dedo, cuando siento el peso perfecto de esa promesa en mi mano, algo en mi mundo se recoloca de forma definitiva. Es como si todas las piezas de mi vida hubieran estado flotando sueltas, buscando su lugar, y finalmente hubieran encajado en el sitio exacto donde pertenecen.

Emma y Ethan se lanzan hacia nosotros al mismo tiempo, creando un abrazo grupal que nos envuelve en risas y lágrimas felices y promesas susurradas. Puedo oír la risa musical de Emma, puedo sentir cómo Ethan se relaja completamente contra nosotros.

—Os quiero tanto —digo, rodeándolos a todos con mis brazos—. A los tres. Sois todo lo que he querido siempre.

—Y nosotros te queremos a ti —responde Dominic, besándome suavemente mientras Emma aplaude y Ethan sonríe con esa felicidad pura que hace que todo valga la pena.

Nos quedamos así, en el suelo de nuestra cocina, en un montón de brazos y piernas y amor puro, y siento cómo cada sueño que he tenido sobre tener una familia se hace realidad.

Mi cuento de hadas no ha empezado con un príncipe en un castillo lejano. Ha empezado aquí, en Sunset Valley, con un médico que necesitaba aprender a amar sin controlar, dos niños que necesitaban una familia que los amase incondicionalmente, y una profesora de pueblo que estaba dispuesta a luchar por su final feliz.

Y es perfecto.

EPÍLOGO

HENRY

Por más que lo intento, no puedo sacármela de la cabeza.

La primera vez que vi a Ellie Cameron tuve el estúpido pensamiento de que era un ángel.

Jamás había conocido a alguien tan hermosa como ella, a alguien que emanase esa energía cálida y dulce que hace que el aire se vuelva más denso solo con su presencia. A alguien que tuviera una sonrisa capaz de hacer que el aliento se me atascase en la garganta con solo esbozarla cerca de mí.

Ahora, tras más de un mes teniendo que soportar su belleza tortuosa, tras sentir cómo me hace pedazos con solo existir cerca de mi órbita, sé que es un demonio subido directamente del infierno para destrozarme la vida.

Tenerla cerca ha hecho que no me reconozca a mí mismo.

Me he vuelto un acosador patético —he visto cada una de las películas en las que ha actuado, he visto cada anuncio, he leído cada artículo de la prensa rosa que habla de ella—, y nada ha calmado esta sed que se ha apoderado de todo mi ser como un cáncer.

Me he vuelto un hombre todavía más gruñón y amargado de lo que ya era.

Porque si hay algo que sé con absoluta certeza, aparte de que el sol sale cada jodida mañana, es que no merezco a una mujer tan maravillosa y preciosa como Ellie Cameron.

Lo nuestro fue solo un encuentro de una vez. Algo aislado en el tiempo que la vida decidió regalarme para que sepa todo lo que me estoy perdiendo y siga agonizando durante el resto de mi existencia miserable. Por todos mis pecados. Por el daño que he causado. Por Dylan.

Un suceso que no habría permitido que pasase de haber sabido quién era, qué hacía en el pueblo, y que estaba decidida a quedarse aquí.

El hacha se clava en la madera con un sonido seco que resuena entre los pinos que rodean mi cabaña. El sudor me gotea por la frente a pesar de que el frío de octubre me muerde la piel expuesta, pero sigo partiendo leña con movimientos mecánicos que no requieren pensar. Solo quiero sentir el impacto, el dolor sordo que se extiende desde mi prótesis hasta la cadera, el cansancio que me mantiene demasiado ocupado para pensar en pelo rubio y ojos que brillan como estrellas.

Suena el timbre de casa, pero no me molesto en dejar de cortar la leña. Sea quien sea puede irse a la mierda. No quiero visitas. Es algo que siempre dejo claro. Si me acerco a abrir la puerta pensarán que son bienvenidos, que mi aislamiento autoimpuesto tiene grietas por las que pueden filtrarse.

No las tiene.

El timbre vuelve a sonar, insistente, seguido del golpeteo de nudillos contra la madera. Después, silencio.

Perfecto. Se han ido. Quienquiera que fuese ha captado el mensaje.

Levanto el hacha otra vez, preparándome para el siguiente golpe, cuando una voz me detiene en seco.

—Sé que estás ahí, Henry Wellington.

Mi corazón se para. Literalmente se para durante un segundo entero antes de empezar a latir como si acabase de correr un maratón.

Esa voz. Esa maldita voz que se ha apoderado de mis sueños y los ha convertido en una tortura nocturna. Suave como miel caliente, con ese ligero matiz ronco que hace que algo primitivo en mi estómago gruña de reconocimiento.

Ellie Cameron está en mi jardín.

Me giro lentamente, y ahí está. De pie junto a la valla de madera que separa mi propiedad del sendero, con un vestido azul que se pega a su cuerpo de una forma que me vuelve loco y ese cabello rubio platino cayendo en ondas perfectas sobre sus hombros.

Es tan hermosa que me duele el pecho solo con mirarla.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunto, mi voz sale más áspera de lo que pretendía.

—Necesito hablar contigo —dice, y hay un temblor en su voz que no había oído antes.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Oh, créeme. Tenemos mucho de qué hablar —replica, acercándose un paso hacia mí.

Puedo oler su perfume desde aquí: algo caro y sofisticado que huele a la vida que debería estar viviendo en lugar de estar perdida en este pueblo olvidado de Montana. A su mundo real. Al mundo donde pertenece.

Lejos de mí.

—He sido muy claro sobre lo que pienso de tu presencia en este pueblo —digo, clavando el hacha en el tronco con más fuerza de la necesaria—. No ha cambiado nada.

—¿En serio? —se acerca otro paso, y puedo ver esa determinación que reconozco porque me vuelve completamente loco —. Porque tengo la sensación de que has estado evitándome de forma muy deliberada este último mes.

Evitándola. Esa es una forma muy suave de describir la tortura autoinfligida a la que me he sometido. Cambiar mis rutas para no cruzármela en el pueblo, rechazar todas las invitaciones familiares donde pudiera estar presente, encerrarme en esta cabaña como un ermitaño para no hacer algo estúpido como buscar excusas para verla otra vez.

—No te evito —miento—. Simplemente no tengo tiempo para el drama de Hollywood en mi vida.

Veo el momento exacto en que mis palabras la golpean. Sus ojos se endurecen ligeramente, esa vulnerabilidad que había visto un segundo antes desaparece detrás de la máscara de actriz profesional que lleva como armadura.

—Perfecto —dice con voz controlada—. Porque lo que tengo que decirte no va a requerir mucho tiempo.

Se coloca bien el vestido, endereza los hombros que parecen demasiado delicados para cargar con todo el peso que veo en sus

ojos, y me mira directamente.

—Estoy embarazada —me dice, y durante un segundo puedo ver que está completamente aterrorizada.

El mundo se detiene.

El hacha se me resbala de las manos y cae al suelo con un golpe sordo que resuena entre los árboles como un disparo. Mi corazón, que hace un segundo latía como un tambor de guerra, simplemente se para. De hecho, si algún médico me revisase en este instante se daría cuenta de que ni siquiera está latiendo.

Embarazada.

Ellie Cameron está embarazada.

—De ti —añade, como si pensase que soy más gilipollas de lo que ya cree y no hubiese llegado yo solo a esa conclusión.

—Joder —es lo único que consigo que salga de mi boca, porque aparentemente el shock ha reducido mi vocabulario a monosílabos.

—Qué elocuente —comenta, y puedo ver cómo la tensión se acumula en sus hombros como cristal a punto de romperse.

—Esto no debería estar pasando —digo, porque parece que mi coeficiente intelectual ha disminuido hasta casi rozar el suelo por el pánico que me está destrozando desde dentro.

Pero no es pánico porque la odie o porque no la quiera. Es pánico porque alguien como yo no debería de tener este regalo del cielo. Mi jodido corazón, en contra del sentido común, en contra de toda lógica, se despierta y decide que es el momento perfecto para regresar a la vida.

Pero yo sé mejor que ese estúpido órgano lo que merezco.

Y no es esto. Definitivamente no es esto.

—Desde luego que no —responde, cruzándose de brazos y colocándose en esa actitud defensiva que reconozco porque la he visto dirigida hacia periodistas agresivos en las entrevistas que he visto obsesivamente—. No debería de haber sido tan estúpida como para quedarme embarazada del hombre más idiota de Sunset Valley, pero aquí estamos. Súmalo a la lista invisible esa que tienes de agravios que he cometido desde que me conoces.

Sus palabras me atraviesan como puñaladas, pero hay algo debajo de la rabia que me desarma completamente: dolor. Dolor

real, profundo, del tipo que reconozco porque vivo con él cada segundo de cada día.

—No es una buena idea —digo, y las palabras salen como si me las arrancasen con tenazas.

Veo cómo se le abren mucho los ojos, cómo se lleva la mano al abdomen de forma protectora mientras me mira como si acabase de golpearla físicamente.

Es en ese instante cuando comprendo lo que acaba de pensar.

—No quiero decir que abortes —me apresuro a aclarar, sintiendo cómo el pánico me sube por la garganta como bilis—. Joder, Ellie. Esto se me está yendo de las manos.

Piensa que soy todavía más cabrón de lo que en realidad soy. Y considerando lo cabrón que ya soy, eso es decir mucho.

Puede que no merezca este jodido regalo. El privilegio de haber estado con esta mujer, de haber dejado algún rastro mío en su cuerpo perfecto. Pero no soy tan hijo de puta como para rechazarlo ahora que esta oportunidad imposible se ha presentado en mi vida.

—Tampoco iba a hacerlo —dice, y ahora su voz es más baja. Más vulnerable.

Puedo ver el miedo en sus ojos, esa fragilidad que intenta ocultar detrás de toda esa belleza. Y no por primera vez desde que la conozco siento el deseo desesperado de ser el hombre que pudiese acercarse a ella y consolarla.

Pero no soy ese hombre. Ese hombre murió el mismo día en que Dylan perdió la vida y yo perdí la mitad de mi pierna derecha.

—¿Y qué quieres de mí? —pregunto, porque soy un cobarde que no sabe cómo manejar algo tan monumental como esto.

Veo el momento exacto en que mis palabras la destrozan. Como si hubiera estado esperando, quizás incluso rogando, que dijese algo diferente. Algo mejor.

—No debería haber venido a contártelo —dice, y puedo ver cómo sus ojos se llenan de lágrimas que se niega a dejar caer—. Está claro que soy más tonta de lo que ya pensaba.

Mi corazón se acelera, se me instala una piedra de terror puro en el estómago cuando la veo darse media vuelta y alejarse de mí con

esos pasos decididos que reconozco de las alfombras rojas que he visto en internet.

—Espera, Ellie.

Pero ella no me hace caso. En su lugar me enseña el dedo corazón sin molestarse en darse la vuelta mientras me dice con una voz que podría cortar cristal:

—Vete a la mierda, Henry Wellington.

Y entonces se aleja, caminando hacia el sendero con la cabeza alta y esos hombros cuadrados que me dicen que está usando cada gramo de fuerza que tiene para no derrumbarse.

Me quedo ahí de pie, rodeado del olor a madera recién cortada y resina de pino, viendo cómo la mujer de la que estoy enamorado sin remedio se lleva a nuestro hijo lejos de mí.

Porque eso es lo que es, aunque sea demasiado cobarde para admitirlo: mi hijo. Nuestro hijo.

Y acabo de joder la única oportunidad que voy a tener de ser parte de algo bueno, algo puro, algo que podría hacer que valiese la pena seguir despertándome cada mañana.

Pero quizás sea mejor así. Quizás sea exactamente lo que me merezco.

Al fin y al cabo, los hombres como yo no consiguen finales felices.

Los hombres como yo solo conseguimos vivir con las consecuencias de nuestras decisiones de mierda.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI



¿QUIERES MÁS DE SUNSET VALLEY?

DESCUBRE LA HISTORIA DE ELLIE Y HENRY EN «ENCUENTRO SALVAJE»

GRUMPY X SUNSHINE + EMBARAZO INESPERADO + HÉROE ROTO

Él es el guardabosques herido que se esconde en las montañas
Ella es la actriz que huye de Hollywood
Y una noche juntos va a cambiarlo todo

ELLIE

Llegué a Sunset Valley huyendo de Hollywood. De un escándalo. De una vida que nunca fue realmente mía.

Lo que no esperaba era encontrarme con Henry Wellington.

Guapo como el pecado. Amargo como el café solo. Con una cojera que intenta ocultar y una rabia que irradia desde cada poro de su piel.

Me odia desde el primer momento. Piensa que soy una princesita jugando a la vida real.

Tiene razón. No pertenezco a este lugar.

Pero eso no explica por qué una noche perdemos el control completamente. Por qué me toca como si fuese algo sagrado. Por qué me hace sentir más real de lo que me he sentido nunca.

Fue solo una noche. Un error que no se repetirá.

Hasta que descubro que estoy embarazada.

HENRY

Vine a estas montañas a esconderme del mundo.

Desde el accidente que me quitó media pierna y la vida a mi compañero, solo quiero que me dejen en paz.

No quiero lástima. No quiero ayuda.

Y desde luego no quiero que ninguna actriz de Hollywood aparezca en mi refugio para recordarme todo lo que perdí.

Pero Ellie Cameron es una plaga preciosa. Por mucho que la ignore, sigue apareciendo. En el pueblo. En mi cabeza. En mis sueños.

Y esa noche... esa noche fue perfecto. Hasta que amaneció y recordé por qué no merezco una segunda oportunidad.

Por eso cuando aparece en mi jardín con lágrimas en los ojos y me dice que está embarazada, sé que tengo que elegir.

Entre mi autocompasión y lo único bueno que he tenido en la vida.

Cuando el odio se convierte en algo mucho más peligroso... Algunas batallas solo se pueden ganar rindiéndose.

SERIE SUNSET VALLEY - LIBRO 4

CONSÍGUELO AQUÍ



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/